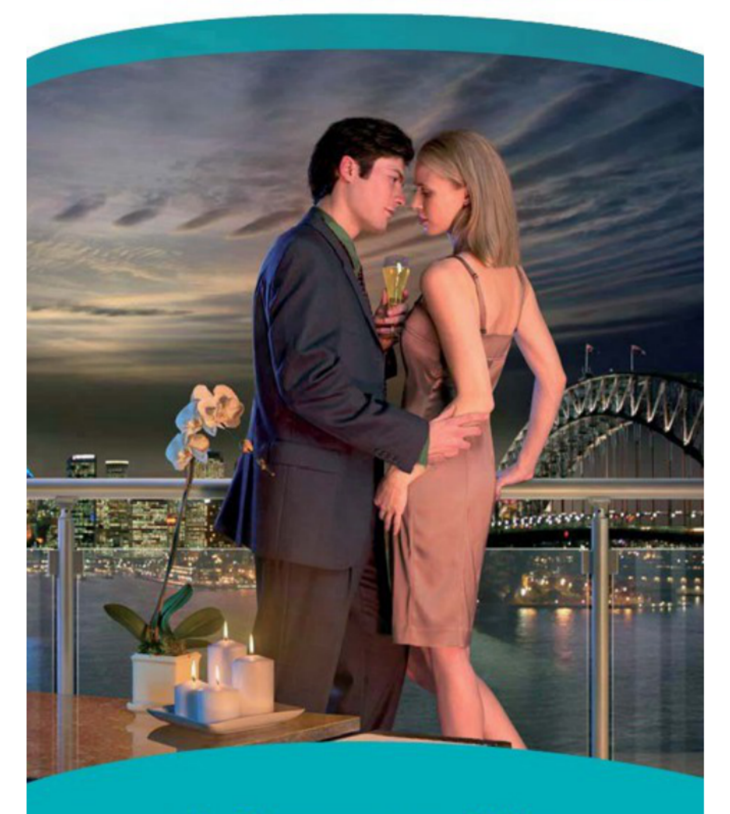


Bianca™



Belleza escondida

Lindsay Armstrong

Belleza escondida

Lindsay Armstrong

Belleza escondida (2011)

Título Original: The girl he never noticed (2011) **Editorial:** Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Bianca 2125

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Cam Hillier y Liz Montrose *Argumento:*

Su jefe nunca se había fijado en ella antes... ¡pero eso iba a cambiar!

Cam Hillier, magnate de las finanzas, necesitaba que una joven atractiva y educada lo acompañara a una fiesta, pues su pareja acababa de dejarle plantado. Por eso, Cam se fijó en la mujer que tenía más a mano: su discreta secretaria, Liz Montrose.

El empleo de Liz no incluía tareas de acompañamiento.

Sin embargo, como sólo estaba ella para mantener a su hijita y llevar dinero a casa, no pudo negarse a la petición de su jefe. ¡Aunque ya no se escondería detrás de vestidos anodinos ni gafas de pasta!

Capítulo 1

SEÑORITA Montrose, ¿dónde diablos está mi acompañante? –preguntó Cameron Hillier.

–No tengo ni idea, señor Hillier –repuso Liz Montrose, arqueando las cejas–. ¿Cómo voy a saberlo?

–Porque es su trabajo. Es usted mi secretaria, ¿no es así?

Liz se quedó mirando a Cam Hillier, sintiéndose un poco soliviantada. Ella no lo conocía bien. Sólo llevaba en ese puesto una semana y media, pues una agencia la había llamado para sustituir al secretario habitual, que tenía una baja por enfermedad. Pero ese poco tiempo había bastado para darse cuenta de que podía ser un jefe difícil, exigente y arrogante.

¿Cómo iba a saber ella lo que había pasado con la mujer que, en apariencia, acababa de darle plantón?

Liz miró a su alrededor sin saber qué responder. Estaban en la entrada del despacho, en el territorio de otra secretaria, Molly Swanson. Y Molly, colocada a espaldas del señor Hillier, le señaló al teléfono, haciéndole señas.

–Eh… Llamaré para comprobarlo –le dijo Liz a su jefe.

Cam se encogió de hombros y se metió en su despacho.

–¿Cómo se llama? –le susurró Liz a Molly, tomando el teléfono.

–Portia Pengelly.

–¿No será la modelo y estrella de televisión?

Molly asintió al mismo tiempo que respondían al otro lado de la línea.

–Esto… ¿señorita Pengelly? –dijo Liz y, cuando recibió la confirmación, continuó– : Señorita Pengelly, llamo de parte del señor Hillier, Cameron Hillier…

Dos minutos después, Liz le devolvió el teléfono a Molly, sin saber si echarse a reír o a llorar.

–¿Qué? –preguntó Molly.

–¡Dice que prefiere salir con una serpiente de dos cabezas!

¿Cómo voy a decirle eso?

El despacho de Cam Hillier era bastante austero. Tenía una alfombra verde, persianas color marfil en las ventanas, una gran mesa de roble con una silla de cuero verde y dos sillas delante. A Liz le parecía una habitación cómoda y tranquila. Los cuadros de las paredes representaban dos de los negocios que le habían hecho multimillonario: los caballos y una flota pesquera.

Había fotos enmarcadas de caballos, yeguas y potrillos. Había paisajes marinos con barcos sacando redes llenas, con bandadas de gaviotas sobrevolándolas.

Liz había contemplado esas imágenes en ausencia de su jefe y había descubierto un curioso hilo conductor: Shakespeare.

Los tres caballos retratados se llamaban *Hamlet*, *Próspero* y *Otelo*. Las barcazas tenían los nombre de *Miranda*, *Julieta*, *Como gustéis* y *Cordelia*.

Lo cierto era que le producía curiosidad saber de dónde provenía ese interés por Shakespeare. Aunque Cam Hillier no era la clase de hombre con quien una podía embarcarse en una conversación trivial.

La agencia de empleo que la había contratado le había advertido de que era un hombre de negocios del más alto nivel y que no sería fácil de manejar.

Pero Liz había tratado con hombres de negocios importantes y, de hecho, creía tener un don para ello. Sin embargo, nunca había tenido que decirles que su novia prefería salir con una serpiente…

Y había algo más que hacía a Cam Hillier diferente.

Era joven, tenía poco más de treinta años, estaba en buena forma y, como decía su contable femenina… era sexy hasta reventar.

Además, tenía un aire indefinible que Liz no había logrado descifrar. Era alto, fuerte y de anchas espaldas. Su pelo era moreno, denso, con ojos enormes y azules, en un rostro no perfecto, era cierto, pero esos ojos por sí mismos bastaban para hacer que cualquiera se derritiera.

Aunque no se enorgullecía de ello, Liz tenía que admitir que ella tampoco era inmune a los encantos masculinos de su jefe. Entonces, sin poder evitarlo, le asaltó el recuerdo de un incidente no muy lejano con él…

Había sido un día caluroso en Sídney mientras caminaban juntos por la calle, hacia una reunión. Habían ido a pie porque su destino había estado sólo a dos manzanas de la oficina. La calle había estado llena de tráfico y la calzada, de peatones. Entonces, a ella se le había trabado el tacón en un adoquín mal puesto. Se había tambaleado y se habría caído si él no la hubiera sujetado, agarrándola de los hombros.

–G-gracias –había balbuceado ella.

–¿Está bien? –había preguntado él, mirándola con una ceja levantada.

–Sí –había mentido ella. Porque no había estado bien. Se había sentido demasiado afectada por el contacto de sus manos, por su cercanía, por lo alto que era, por lo ancho de sus hombros, por lo espeso de su pelo.

Y, sobre todo, se había quedo perpleja por la excitante sensación que le había invadido al estar tan cerca de Cam Hillier.

En ese momento, por suerte, Liz había tenido la suficiente

claridad mental para bajar la mirada e impedir que él pudiera leerlo en sus ojos.

Su jefe la había soltado y habían seguido caminando.

Desde ese día, Liz había tenido mucho cuidado en presencia de Cam

para no tropezarse ni hacer nada que pudiera despertar esas sensaciones de nuevo. Si Cam Hillier había notado algo, no había dado muestras de ello… lo que era de agradecer. Aunque, si era sincera, tenía que reconocer que, en cierta forma, le gustaría ser algo más que un robot para él…

Al principio, ese pensamiento la había sorprendido.

Se había intentando convencer de que le parecería odioso que la tratara de forma distinta a lo que se espera de una relación jefe empleada. Y había decidido censurar su deseo como una locura transitoria, aunque no conseguía quitárselo de la cabeza del todo.

Sobre todo, porque Cam Hillier, un jefe exigente y arrogante donde los hubiera, tenía una sonrisa capaz de hacer perder los papeles a cualquiera.

Sin embargo, en ese momento, Cam no estaba sonriendo.

Levantó la vista del informe que estaba leyendo y arqueó una ceja.

–La señorita Pengelly… –comenzó a decir Liz y tragó saliva. Podía decirle que la señorita Pengelly lamentaba… Sería una mentira demasiado grande. Tal vez, que la señorita Pengelly se disculpaba…

¡Portia no había hecho nada de eso!–. La señorita Pengelly… no va a venir.

–¿Así, sin más? –replicó él y maldijo para sus adentros.

–Bueno… más o menos –contestó Liz y notó cómo se ruborizaba.

Cam la miró con atención, esbozó una de sus seductoras sonrisas por una milésima de segundo y volvió a ponerse serio.

–Entiendo –respondió él con tono grave–. Lo siento si le ha resultado una situación embarazosa. Ahora… tendrá usted que venir en su lugar.

–¡Claro que no! –exclamó Liz, sin pensarlo.

–¿Por qué no? Es sólo un cóctel.

–Por eso. ¿No puede usted ir solo?

–No me gusta ir solo a las fiestas. Tiendo a ser acosado. A Portia – explicó él, suspirando con exasperación al pronunciar su nombre–, se le daba muy bien defenderme de ataques de otras mujeres. Con sólo una mirada, las hacía desistir.

–¿Era eso todo lo que era…? –comenzó a preguntar ella, parpadeando–. Mire, señor Hillier, si su secretario habitual, al que yo estoy reemplazando, estuviera aquí, no podría llevarlo con usted para que le protegiera de… los ataques.

–Es verdad –admitió él–. Pero Roger habría podido encontrarme a alguien.

Liz apretó los labios, pensando que se refería a una compañía de alquiler.

–Bueno, yo tampoco puedo hacer eso –aseguró ella y se le ocurrió otra buena razón para no acceder–. Además, no tengo los… encantos

ni… la habilidad defensiva de Portia Pengelly.

Cam Hillier se puso en pie y salió de detrás del escritorio.

–Oh, yo de eso no entiendo –señaló él y se sentó en la mesa. La contempló un momento, fijándose en sus gafas de pasta y su pelo liso negro–. No se anda usted con rodeos, ¿verdad? –murmuró.

–¿Y eso que tiene que ver? –replicó ella con tono cortante y se miró al vestido color crema que llevaba, elegante pero muy sencillo–.

Además, no estoy vestida para la ocasión.

–Pues lo estará. De hecho, sus grandes ojos azules, ese pelo liso y el atuendo austero le dan un aire de mujer de hielo. Será tan efectivo como las tácticas defensivas de Portia.

Liz se encendió de furia y respiró hondo para calmarse. Pero, casi de inmediato, su deseo de darle una bofetada y salir de allí cedió al pensar que le iban a pagar muy bien por trabajar para él. Y, también, porque sabía que, si se iba y, sobre todo, si lo abofeteaba, aquello supondría una mancha negra en su historial profesional…

Cam Hillier la observó, esperando.

–Iré. Pero sólo como empleada. Y necesito unos minutos para refrescarme.

Lo que Liz vio en sus ojos entonces, un brillo malicioso y divertido, le hizo estar de peor humor todavía.

–Muchas gracias, señorita Montrose. Aprecio su ayuda. Nos veremos en el vestíbulo dentro de quince minutos –se limitó a decir él, poniéndose en pie.

Liz se lavó la cara y las manos en el baño de empleados, una sinfonía de mármol negro moteado y espejos grandes y bien iluminados. Todavía estaba molesta. Más aún, se sentía seriamente ofendida… y estaba deseando vengarse.

Observó su reflejo en el espejo. Para ir a trabajar, elegía atuendos formales y sencillos, pero no siempre vestía así. Resultaba que su madre era una excelente modista. Y el vestido color marfil que llevaba puesto tenía una chaqueta de seda a juego. Además, daba la casualidad de que había recogido la chaqueta de la tintorería esa misma mañana, a la hora del almuerzo. La tenía dentro de su cubierta de plástico, colgada detrás de la puerta del baño.

Liz la miró, la tomó en sus manos, le quitó el plástico y se la puso. Tenía hombreras, cuello redondo y se ajustaba a la cintura, con un poco de vuelo sobre las caderas. Era una chaqueta a la última moda, de un tejido estupendo y estiloso, con estampado de piel de leopardo en tonos azul, negro y plateado. Era original y llamativa.

Sonrió ante su imagen, pues ya no parecía tanto una secretaria, sino una mujer habituada a ir a cócteles. Bueno, más o menos, se dijo y titubeó un momento, antes de quitarse la chaqueta y colgarla otra vez.

Entonces, tomó una decisión. Se quitó los pasadores del pelo,

dejándolo caer. Se quitó las gafas y buscó en el bolso las lentillas. Se las colocó con cuidado. Luego, sacó su neceser de maquillaje y examinó lo que contenía. Tendría que arreglárselas sólo con la sombra de ojos, la máscara de pestañas y el pintalabios que llevaba.

Después de pintarse los ojos, dio un paso atrás para observarse y la diferencia le pareció bastante sorprendente. Se roció con perfume, se cepilló el pelo y movió la cabeza hacia delante, para darle un aspecto un poco desarreglado. A continuación, volvió a ponerse la chaqueta y se la abrochó. Por suerte, los zapatos que llevaba eran de un tono plateado que combinaba a la perfección.

Se echó un último vistazo ante el espejo y quedó satisfecha con lo que vio. Pero, de pronto, le surgió una duda.

¿Parecería una dama de hielo?, se preguntó, frunciendo el ceño.

Si él supiera…

Cam Hillier estaba en el vestíbulo hablando con Molly cuando Liz llegó. Él le estaba dando la espalda, pero se volvió al ver la mirada de estupefacción de Molly.

Durante un instante, Cam no la reconoció. Tuvo que mirar dos veces para darse cuenta de que era Liz. Entonces, soltó un suave silbido, algo que a ella le hubiera resultado muy satisfactorio si no hubiera sido por un detalle. Su jefe la recorrió con la mirada, deteniéndose en sus piernas y, luego, volvió a posarla en sus ojos, de esa manera en que los hombres le hacían saber a una mujer que la estaban considerando como pareja de cama.

Para su desgracia, aquella mirada provocó en Liz las mismas sensaciones involuntarias que la habían poseído cuando se había tropezado en la calle: respiración acelerada, palpitaciones y la desagradable conciencia de lo alto y guapo que era su jefe. Sólo gracias al resentimiento que todavía tenía hacia él consiguió no sonrojarse. Incluso levantó la barbilla con gesto desafiante.

–Entiendo –comentó él y se metió las manos en los bolsillos, fingiendo seriedad–. Lo siento si la he ofendido, señorita Montrose. No sabía que podía tener ese aspecto… tan impresionante. Ni sabía que era capaz de sacarse de la manga un atuendo de alta costura –señaló, observando su chaqueta un momento, antes de mirarla a los ojos–. De acuerdo. Vámonos.

Llegaron a la fiesta en un momento. En parte, porque el Aston Martin de Cam Hillier era un coche rápido y manejable. Y, en parte, porque él era un excelente conductor y conocía bien las calles traseras de Sídney, para evitar el tráfico de la ciudad en hora punta.

Liz intentó disimular sus nervios, hasta que llegaron.

–Creo que equivocó su vocación, señor Hillier. Debió ser usted piloto de Fórmula Uno –comentó ella cuando él aparcó.

–Lo fui. En mi juventud –replicó él–. Hasta que comencé a

aburrirme.

–Bueno, yo no diría que el trayecto ha sido aburrido –comentó ella–. Pero no se puede aparcar aquí, ¿o sí?

Cam había parado delante del garaje de una casa, la que había al lado de una enorme mansión que estaba encendida como una tarta de cumpleaños y, sin duda, debía de ser el lugar de la fiesta.

–Eso no es problema.

–¿Y si el dueño quiere entrar o salir? –preguntó ella.

–El dueño está fuera.

Liz se encogió de hombros y miró a su alrededor.

Estaban en Bellevue Hill, uno de los barrios más lujosos de Sídney. Seguro que la fiesta reunía a personajes de la clase más alta de la ciudad. A ella no le apetecía asistir a un evento así ni lo más mínimo.

–De acuerdo –dijo Liz y agarró el manillar–. ¿Terminamos de una vez con esto?

–Un momento –pidió él con tono seco–. Me he dado cuenta de que la he ofendido. Y me he disculpado. Y usted, con su increíble metamorfosis, ha ganado la última baza. Por lo tanto, me pregunto si hay alguna razón para que siga mostrándose tan rígida y descontenta.

Se comporta como si fuera una institutriz.

Liz se sonrojó y se quedó sin palabras.

–¿Qué es lo que desaprueba exactamente? –quiso saber él.

–Si de veras quiere saberlo…

–Sí quiero –le interrumpió él.

Liz abrió la boca y se mordió el labio.

–No es nada. No soy quién para darle mi aprobación o no – contestó ella. Se colocó el pelo, enderezó los hombros y se giró hacia él–. ¿De acuerdo?

Cam Hillier se quedó mirándola con gesto inexpresivo durante un largo instante. Entonces, sucedió algo muy curioso. En los reducidos confines del coche, no fue desaprobación lo que latió entre ellos, sino atracción.

Liz volvió fijarse en lo anchos que eran sus hombros bajo la chaqueta negra que llevaba con una camisa verde claro y una corbata más oscura. Se fijó en su sonrisa y en sus ojos inteligentes, azules e inmensos.

Y se dio cuenta del modo en que él la estaba mirando… Un temblor la recorrió y se le puso la piel de gallina, pues estaban tan

cerca que le resultó imposible no imaginarse los brazos de él rodeándola, sus manos en el pelo, su boca besándola.

Ella se giró de forma abrupta.

Él no dijo nada, sólo se limitó a abrir la puerta y salir. Liz lo imitó.

Aunque Liz había sido consciente de que iba a asistir a una fiesta de la clase alta, lo que vio cuando entró por la puerta de aquel hogar de

Bellevue Hill la dejó sin aliento. Un ancho pasillo de piedra conducía a la primera de tres terrazas y a unas maravillosas vistas de la bahía de Sídney bajo los últimos rayos de sol. Antorchas encendidas iluminaban las terrazas, había jarrones de cerámica con exóticas flores y, en el nivel inferior, una piscina de color aguamarina parecía derramarse en una cascada hacia el final de la tercera terraza.

Había ya muchos invitados allí. Las mujeres formaban un ramo de colores, igual que las flores. En una esquina de la terraza de en medio, había una banda tocando música africana con un ritmo sensual, acompañado por el suave e hipnótico sonar de los tambores.

Un camarero con guantes blancos apareció a su lado de inmediato para ofrecerles champán.

Liz estuvo a punto de declinar el ofrecimiento, pero Cam le puso una copa en la mano sin más. En ese momento, la anfitriona se acercó a ellos.

Era una mujer alta e impresionante, con una túnica rosa y una buena cantidad de joyas de oro y diamantes. Tenía el pelo gris pintado con mechas rosas.

–Mi querido Cam –saludó la anfitriona–. ¡Creí que no ibas a venir! –exclamó y arqueó las cejas al mirar a Liz–. ¿Pero quién es ésta?

–Se llama Liz Montrose, Narelle. Liz, ésta es Narelle Hastings.

–¿Cómo está? –murmuró Liz, tendiéndole la mano.

–Muy bien, querida, muy bien –replicó Narelle, analizando a Liz de arriba abajo con rapidez y experiencia–. ¿Así que has suplantado a Portia?

–Nada de eso –respondió Cam Hillier–. Portia ya no quiere salir conmigo y, como Liz está sustituyendo a Roger en la oficina, la he presionado para que me acompañara. Eso es todo.

–Querido, llámalo como quieras, pero no esperes que me crea que eres un angelito –le dijo Narelle con tono cariñoso. Luego, se giró hacia Liz–. Eres demasiado bonita para ser sólo una secretaria, querida.

Y Cam tampoco está mal. Son las cosas que hacen que el mundo siga dando vueltas –señaló y volvió a mirar a Cam–: ¿Cómo está Archie?

–Echo un manojo de nervios. Wenonah está a punto de tener los cachorros en cualquier momento.

–Dale recuerdos –repuso Narelle, riendo–. ¡Oh! Disculparme. Han llegado más invitados –añadió, dirigiéndose a Liz–. Y no te olvides, la vida no es sólo trabajo, ¡así que disfruta de Cam mientras puedas!

Dicho aquello, Narelle se esfumó y Liz se quedó mirándola, estupefacta.

–No diga nada al respecto –le advirtió Liz a Cam.

–No pensaba hacerlo. Reconozco que Narelle puede ser un poco… excéntrica.

–De todas maneras, no ha sido buena idea venir.

Cam la observó un momento y se encogió de hombros.

–A mí no me ha parecido de importancia.

Liz lo miró, dispuesta a seguir protestando, cuando, de pronto, volvió a caer en la cuenta de lo peligrosamente atractivo que era. Alto y moreno, con ese físico tan armonioso. Era lógico que todas las mujeres a su alrededor estuvieran pendientes de él. Y era comprensible que se sintiera acosado…

–No es su reputación lo que está en juego –le espetó ella al fin–. Seguramente, ya está…

–¿Por los suelos? –adivinó él.

Liz hizo una mueca y apartó la vista. Pensó que debía tener cuidado, pues no quería tener ninguna mancha en su historial ni que la carta de recomendación para su siguiente trabajo rezara que había insultado a su jefe diciéndole que tenía mala reputación.

–Este lugar es muy hermoso –comentó ella, cambiando de tema, y le dio un trago a su champán–. ¿Es una fiesta benéfica o por algún motivo en especial?

Cam arqueó las cejas, sorprendido por el giro de la conversación, y sonrió.

–Creo que no. Narelle no necesita excusas para celebrar una fiesta. Es la reina de la alta sociedad.

–Qué… interesante.

–¿No le parece bien que alguien haga una fiesta que no sea benéfica?

–¿He dicho yo eso?

–No lo ha dicho, pero me ha dado la sensación de que lo estaba pensando. Por cierto, Narelle es mi tía abuela.

Liz le dio otro trago a su copa.

–Gracias –dijo ella.

Cam le lanzó una mirada interrogativa.

–Gracias por habérmelo dicho –explicó ella–. A veces, me cuesta… no decir lo que pienso. Pero nunca diría nada malo de la tía abuela de nadie.

En esa ocasión, Cam no sólo sonrió, sino que comenzó a reírse.

–¿Qué es tan gracioso?

–No estoy seguro –contestó él, sonriendo–. No sé si es que me confirma lo que sospechaba, que es usted una mujer correcta hasta la

médula. O si es porque considera a las tías abuelas como una especie de seres sagrados.

Liz hizo una mueca.

–Supongo que ha sonado un poco raro, pero ya sabe a lo que me refería. Por lo general, no me gusta meterme en temas personales.

Cam esbozó una expresión escéptica, pero no explicó por qué.

–Narelle puede cuidarse sola mejor que nadie. Lo que me llama la atención es que usted haya elegido una profesión que requiere gran diplomacia, si es que tiene tanta dificultad para no decir lo que piensa.

–Sí, bueno, también es un misterio para mí –admitió ella–. La verdad es que estoy aprendiendo a guardarme mis opiniones para mis adentros.

–Conmigo, no, ¿eh?

Liz bajó la vista y bebió un poco más de champán.

–Con toda honestidad, señor Hillier, nunca antes me habían dado el recado de decirle a mi jefe que… preferirían salir con una serpiente de dos cabezas.

Cam Hillier soltó un silbido.

–¡Debía de estar muy enfadada por algo!

–Sí… por usted. Además de eso, me ha molestado un poco lo que ha dicho sobre que ir a la fiesta le dejaría expuesto a que lo acosaran…

–Es por el dinero –le interrumpió él.

–Ya. Como su tía, no pienso creerme que es usted ningún angelito –comentó ella con ironía. De pronto, se encogió ante el inesperado flash de una cámara–. Si le suma a eso la posibilidad de que nos tomen por pareja y lo peligrosa que es su conducción por las callejuelas de Sídney, ¿le sorprende todavía que me cueste no decir lo que pienso?

–La verdad es que no –admitió él–. ¿Le gustaría abandonar el trabajo?

–Ah –dijo Liz y bajó la vista a su copa, dándose cuenta de que casi se lo había bebido todo–. En realidad, no. Necesito el dinero. Así que, si pudiéramos limitarnos al horario del trabajo y a las tareas habituales de una secretaria, se lo agradecería.

Cam lo pensó un momento.

–¿Cuántos años tiene? ¿Y cómo consiguió el trabajo?

–Tengo veinticuatro y soy diplomada en secretaría de dirección.

Era la mejor de mi clase, aunque le cueste creerlo.

–No me cuesta. Me di cuenta de que era muy inteligente por la forma en que tomó las riendas de la situación desde los primeros días.

–Bueno, gracias –repuso ella y le dio otro trago a su champán.

–Y Molly dice que es usted una especie de genio de las nuevas tecnologías.

–No tanto. Pero me gustan los ordenadores.

–Eso me hace preguntarme por qué hace trabajos temporales en vez de dedicarse en serio a su carrera –comentó él con aire meditativo.

Liz miró a su alrededor. Unas cuantas parejas había empezado a bailar y ella sintió la irresistible llamada de los tambores africanos.

Deseó ser libre, tener una pareja con quien bailar, hablar, compartir los problemas… Alguien que le ayudara a sobrellevar su carga.

Necesitaba a alguien que le ayudara a vivir la vida.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había bailado, desde que se había soltado el pelo… que había olvidado lo que se sentía.

Como impulsada por un resorte, levantó la vista hacia su acompañante, que la estaba mirando con gesto interrogativo. Por un instante, Liz creyó que iba a pedirle que bailara con él. Y se imaginó en la pista de baile, meciéndose entre sus brazos.

¿Habría él adivinado la dirección de sus pensamientos? Y si así era, ¿cómo?, se preguntó Liz. Al parecer, su jefe estaba empezando a darse cuenta de que era un ser humano y no sólo un robot…

Ella apartó la vista, alarmada. No quería tener vínculos con ningún hombre. No quería pasar por eso de nuevo. Estaba furiosa por haberle tenido que demostrar a Cam Hillier que era algo más que un mueble de oficina…

–¿Quién es Archie? –preguntó Liz, soltando lo primero que se le pasó por la cabeza para romper el flujo de sus pensamientos.

–Mi sobrino.

–¿Es amante de los animales?

–Mucho.

Liz esperó un momento, pero fue evidente que Cam Hillier no parecía dispuesto a seguir hablando de su primo.

Entonces, ella miró hacia la multitud y, de repente, una alta figura llamó su atención. Era un hombre… alguien que en el pasado lo había sido todo para ella. Al verlo, se giró de forma abrupta y le tendió la copa a su jefe.

–Disculpe, pero tengo que ir al baño –explicó ella y desapareció dentro.

Sin saber cómo, Liz se había perdido dentro de la mansión de Narelle Hastings. Había encontrado el baño y había pasado diez minutos intentando calmarse. Sin embargo, su turbación había sido tanta que no había podido pensar con claridad. Había salido, decidida a irse de la fiesta y se había topado con Narelle despidiéndose de algunos invitados. Entonces, había dado media vuelta y había atravesado varios pasillos, hasta llegar a la cocina. Por suerte, había estado vacía, pero ella sabía que en cualquier momento podían llegar los camareros.

Bueno, se iría por la puerta trasera, se dijo.

Al principio, le pareció una solución prometedora. La cocina daba a un patio de servicio, con la puerta al final del muro. ¡Excelente! Lo malo fue que se encontró la salida cerrada con llave.

Liz tomó aliento, temblorosa, dándose cuenta de que podía meterse en una situación muy embarazosa si la encontraban allí.

¿Cómo diablos iba a explicarles a Cam Hillier y, sobre todo, a su tía abuela que estaba dando vueltas por la casa a su merced?

De pronto, escuchó voces provenientes de la cocina. Dudó tener el valor necesario para volver a entrar y sopesó sus opciones. No era buena idea intentar saltar el muro que daba a la calle, pues podía caerle a alguien encima. Pero la casa de al lado, en cuya entrada de vehículos había aparcado Cam Hillier, se suponía que estaba vacía. Su jefe le había dicho que el dueño no estaba. Eso hacía que el muro que lindaba con ella fuera mejor opción. Lo único que tenía que hacer era trepar por el muro y, una vez en el jardín contiguo, salir por la cancela que había visto desde la calle. Pero… ¿cómo iba a hacer eso?

La puerta de la cocina se abrió y ella se ocultó en unas sombras, tensa. Un criado sacó una bolsa de basura y la dejó en un cubo verde, cerrando la puerta tras él.

El cubo le dio una idea a Liz. Podía pegarlo al muro, subirse encima de él y, así, saltar a la casa de al lado.

Igual que todo lo demás que le había sucedido en aquel día interminable, no era muy buena idea. Para empezar, justo cuando iba a ponerse en acción, salieron más criados de la cocina llevando más bolsas de basura. Eso le hizo reconsiderar el plan.

¿Y si conseguía saltar al otro lado y alguien se daba cuenta de que el cubo había sido movido de sitio?

Sin embargo, no podía seguir escondida en el patio trasero mucho tiempo más. Mirándose el reloj, se dio cuenta de que ya llevaba allí veinte minutos.

Liz se mordió el labio y apretó los puños, esforzándose por mantener la calma, casi segura de que iba a tener que entrar en la cocina de nuevo. Pero algo decidió la suerte por ella. Una voz dentro de la cocina avisó a los demás de que iba a cerrar con llave la puerta. Y ella oyó la cerradura.

Liz cerró los ojos un instante, antes de salir corriendo a por el cubo, ponerlo contra el muro y quitarse los zapatos. Se puso el bolso al hombro, tiró los zapatos al otro lado, se levantó la falta y subió al cubo.

Trepar desde casa de Narelle era fácil, gracias a su invento, pero lo difícil iba a ser bajar a la casa adyacente. Descolgándose por la pared, intentó adivinar qué altura tenía.

Cuando sólo le quedaba un palmo para llegar al suelo, saltó. Pero perdió el equilibrio y se cayó. Justo cuando estaba incorporándose y examinándose las medias rotas y el rasguño en la rodilla, las puertas del paso de carruajes comenzaron a abrirse, acompañadas por el sonido del motor de un coche.

Liz se puso en pie y se quedó mirando las luces de los faros del lujoso coche que atravesaba las puertas y se paraba delante de ella.

La ventanilla del conductor, que quedaba a su lado, se abrió. Ella

inclinó la cabeza y, al ver al hombre que había detrás del volante, comprendió…

–Ah. Ya entiendo. Ésta es su casa –señaló ella–. ¡Por eso, sabía que no habría problema con que aparcara en el camino de entrada!

–Elemental, Liz –repuso él, llamándola por su nombre de pila por primera vez–. Lo que es un misterio para mí es qué diablos estás haciendo aquí.

Capítulo 2

¿QUIÉN es él?

La pregunta quedó en el aire, mientras Liz miraba a su alrededor, sentada en un cómodo sofá de terciopelo color canela. Delante, tenía una mesita baja de madera, con un bonsái. Más allá, sobre la chimenea, un hermoso cuadro original de la escuela Heidelberg.

Había dos sillones a juego y otros muebles preciosos sobre los suelos de madera. Las ventanas daban a una elegante piscina con una fuente, altos cipreses y, a lo lejos, a las luces de la bahía de Sídney.

No era tan espectacular como la residencia de su tía abuela, pensó ella, pero era lujosa y elegante hasta decir basta.

Su propietario estaba sentado en un sillón delante de ella.

Se había quitado la chaqueta y la corbata, se había abierto los primeros botones de la camisa. Y había servido dos copas de coñac.

Liz se había limpiado como había podido en el baño de invitados.

Se había quitado las medias rotas, se había lavado la herida de la rodilla y se había puesto una tirita.

No había podido encontrar uno de los zapatos… hasta que lo habían hallado en un cubo de agua que, al parecer, el jardinero había dejado allí.

Hasta el momento, la única explicación que Liz había dado había sido que había visto a alguien en la fiesta con quien no quería encontrarse, que había intentado escapar y que le había salido el tiro por la culata.

–¿Él? –replicó ella pasados unos minutos–. ¿Qué le hace pensar que es un hombre?

–Vamos, Liz. ¡Si tu historia es verdadera, no puedo imaginarme que una mujer te provocara una reacción así! De todas maneras, te vi posar los ojos en un hombre y ponerte pálida antes de que…

desaparecieras. Y, por cierto, con ello me pusiste en una situación un tanto embarazosa –añadió con tono seco.

–¿Le acosaron? –preguntó ella, abriendo mucho los ojos.

–No –negó él, mirándola con rencor–. Pero hice que Narelle te buscara en los baños. Se preocupó mucho.

–¿Y luego?

–No encontramos rastro de ti –explicó él, encogiéndose de hombros–. Así que imaginamos que habías pedido un taxi y te habías ido.

–Mientras, yo estaba escondida en el patio de servicio –comentó Liz con un suspiro–. De acuerdo, era un hombre. Nosotros… fuimos pareja, pero no salió bien y yo… no quería encontrármelo –balbuceó.

–Lo entiendo –repuso él, frunciendo el ceño–. ¿Pero por qué no me dijiste eso sin más? Podías haber salido por la puerta principal.

–Me sentía un poco confusa –confesó ella.

–¿Un poco? Yo diría más bien histérica… y eso no tiene sentido.

Te expusiste a que Narelle pensara que querías llevarte algo de su casa. Yo también podía haberlo pensado, si te digo la verdad. Podíamos haber llamado a la policía –señaló él–. Y me extraña que te comportes como una histérica, no pensé que fueras de esa manera…

Eso era porque él no conocía las circunstancias, pensó Liz, dándole otro trago al coñac.

–Los asuntos del corazón pueden ser… diferentes –explicó ella en voz baja–. Puedo ser un ejemplo de calma en unas ocasiones, pero en otras…

–¿Así que no eres una dama de hielo, después de todo? –observó él y, cuando Liz no dijo nada, añadió–: Acabo de recordar algo. Eres madre soltera, ¿no?

Liz lo miró de pronto con ojos fríos como el hielo.

–No lo digo para criticarte –se explicó él–. Sólo lo comento porque ahora entiendo por qué trabajas en empleos temporales nada más.

–Sí –afirmó ella y se relajó un poco.

–Háblame de ello.

Sujetando el vaso entre las manos, Liz se sintió inundada de calidez, como siempre le ocurría cuando pensaba en el milagro de su vida.

–Tiene casi cuatro años, se llama Scout… y es preciosa –señaló ella, sonriendo.

–¿Quién la cuida cuando estás trabajando?

–Mi madre. Vivimos juntas. Mi padre murió.

–¿Y lo lleváis bien así?

–Sí. Scout adora a mi madre y mi madre… bueno, a veces, también necesita que la cuiden –admitió Liz, pensativa–. En ocasiones, discutimos, pero nos llevamos bien.

–¿Y el padre de Scout?

Liz se sobresaltó ante la pregunta. Se puso tensa y tragó saliva.

–Señor Hillier, eso no es asunto suyo.

Cam la observó con atención, percatándose del cambio. Era obvio que el padre de Scout era un tema peliagudo para ella.

–Señorita Montrose, la forma en que escaló mi muro y cómo se recorrió entera la casa de mi tía abuela sí es asunto mío. Hay muchas cosas valiosas en ambas casas –le espetó él y la miró a los ojos–. Y

todavía no he quedado satisfecho con la explicación.

–No… no entiendo a qué se refiere. No tenía ni idea de que ésta fuera su casa. Ni sabía que íbamos a ir a casa de su tía abuela esta noche –repuso ella con furor–. ¡Sólo una idiota decidiría dejarse llevar por el calor del momento para robar en ambas!

–O una madre soltera con dificultades económicas –puntualizó él y, cuando ella no fue capaz de articular una respuesta, añadió–: Una madre soltera con un gusto muy caro para la ropa, por cierto.

Liz cerró los ojos, furiosa consigo misma por haber sido tan tonta.

–No son caras. Mi madre las hace. ¡De acuerdo! –exclamó ella y echó la cabeza hacia atrás con decisión–. El hombre de la fiesta era el padre de Scout. Por eso me puse así. Llevaba años sin verlo y sin hablar con él.

–¿Lo has intentado?

–Sabía que lo nuestro había terminado –contestó Liz, meneando la cabeza–. Descubrí que yo sólo había sido una aventura para él. No me quedó otra elección que retirarme. Aunque, entonces, yo no…

–¿No sabías que estabas embarazada? –le interrumpió él con un toque cínico.

–Oh, sí lo sabía –replicó ella, ignorando su tono de voz. Tomó un sorbo más de coñac para tragarse las lágrimas.

–¿No se lo dijiste a él? –inquirió Cam, frunciendo el ceño.

–Sí se lo dije. Me contestó que debía abortar. Me ofreció… ayuda para hacerlo y, también… me dijo que iba a empezar una nueva vida con otra mujer y que se iba a mudar a otro estado. Yo le dije que no se preocupara, que podría arreglármelas. Y me fui. Fue la última vez que lo vi.

–¿No sabe que tuviste a la niña?

–No.

–¿No piensas decírselo?

–¡No! –exclamó ella, nerviosa, y dejó el vaso sobre la mesa–.

Cuando Scout nació lo único que pensé fue que era mía. Él ni siquiera había querido que naciera, así que ¿por qué iba a compartirla? Sigo pensando lo mismo, pero… Un día, voy a tener que verlo desde el punto de vista de Scout –admitió–. Cuando sea mayor, puede que quiera saber quién es su padre.

–¿Pero no quieres que él lo sepa mientras tanto? Por eso, has tomado unas medidas evasivas tan extremas esta noche –comentó él–.

¿Crees que puede haber cambiado de opinión respecto a tener una hija?

–No lo sé –respondió ella con un pesado suspiro–. Pero Scout es tan encantadora, que nadie puede resistirse a ella. Se parece a su padre algunas veces. Hace poco leí un artículo sobre él en la prensa económica. Se está abriendo camino en los negocios y lleva cuatro años casado. No tienen hijos. Puede que sea una paranoica, pero temo que quieran quitarme a Scout.

–Liz –dijo él, incorporándose en su asiento–. Tú eres su madre. No pueden… a menos que no seas capaz de mantenerla.

–Tal vez, legalmente, no. Pero hay otras maneras. Cuando crezca, es posible que Scout prefiera lo que ellos pueden ofrecerle. Ellos son ricos. Yo sólo… sobrevivo –admitió ella, con lágrimas en los ojos.

–¿Has superado vuestro fracaso, Liz?

Un completo silencio cayó sobre ellos, interrumpido sólo por la bocina de un barco en la bahía.

–No lo he olvidado ni lo he perdonado –reconoció ella, con los ojos perdidos en la lejanía–. Ni me he perdonado a mí misma por haber sido tan ingenua.

–Deberías hacerlo. Son cosas que pasan. Son lecciones de la vida.

Entonces, Liz observó con sorpresa un brillo de comprensión en los ojos de él.

Ella se humedeció los labios y tomó aliento para recuperar la calma. El que Cam Hillier no la estuviera juzgando la hizo emocionarse.

Bajó la vista, luchando por contener las lágrimas.

De pronto, se dio cuenta, sin embargo, de que acababa de contarle todos sus problemas a un extraño, con la complicación añadida de que era su jefe.

Con una respiración temblorosa, Liz se enderezó.

–Lo siento –admitió ella–. Si quiere despedirme, lo comprendo. Al menos, ¿me cree ahora?

–Sí –afirmó Cam Hillier sin titubear–. Eh… no, no quiero despedirte. Te llevaré a tu casa –señaló, apuró el vaso de coñac y se puso en pie.

–No hace falta, tomaré un taxi –replicó ella, levantándose.

–¿Con un solo zapato? –preguntó él arqueando una ceja–. El otro está echado a perder.

–Yo…

–No discutas –sugirió él y se puso la chaqueta.

Después de ti –señaló, indicándole que lo precedería para salir.

Liz se esforzó por caminar con toda la dignidad posible, a pesar de no llevar zapatos.

Cam la dejó en su casa y esperó a que ella entrara antes de irse.

Observándola desde el coche, reparó en que sus piernas eran tan largas y bonitas como las de Portia. De hecho, aunque no fuera tan voluptuosa como Portia, era alta, de hombros rectos y de estrecha cintura. En conjunto, tenía una figura esbelta y elegante… ¿cómo no se había dado cuenta antes?

Tal vez, porque ella se había ocultado tras esas gafas de pasta, atuendos austeros y con cierto toque militar y el pelo siempre recogido en un moño apretado…

Con una mueca, Cam tuvo que admitir para sus adentros que, tras su apariencia distante de dama de hielo había una verdadera rompecorazones. Otra cosa de la que se había percatado era que Liz parecía sentir algo hacia él, le gustara a ella o no.

En cualquier caso, en poco menos de dos semanas dejaría el trabajo, pensó él. A menos…

A la mañana siguiente, Liz le sirvió a su hija un huevo pasado por

agua con una cara dibujada. Scout aplaudió encantada.

–Debiste de llegar tarde anoche, Liz. No te oí llegar –comentó Mary Montrose.

Había sido una suerte que su madre no la hubiera visto, pensó Liz, sin muchas ganas de compartir con ella lo que le había pasado la noche anterior. Sobre todo, lo relacionado con su aspecto desarreglado, con el vestido rasgado, la herida en la rodilla y un zapato empapado.

En ese momento, le ofreció a su madre una versión abreviada de la noche.

Mary se incorporó en la silla con excitación.

–Una vez diseñé un vestido para Narelle Hastings. ¿Dices que es la tía abuela de Cameron Hillier?

–Eso me dijo él –respondió Liz sonriendo, mientras le quitaba la cáscara al huevo de su hija.

Su madre era una ferviente seguidora de la escena social.

–Veamos… –meditó Mary un momento–. Creo que Narelle era tía de su madre… es decir, su tía abuela. ¡Eso es! Me alegro de que esté bien. La verdad es que el clan Hastings Hillier ha sufrido un par de tragedias.

Liz le limpió la carita a su hija y le dio un beso en la nariz.

–Buena chica. ¡Te lo has comido muy bien! ¿Qué tragedias? –le preguntó a su madre.

–Los padres de Cameron murieron en un accidente de avión y su hermana en una avalancha en la nieve. ¿Cómo es él?

Liz titubeó, sin estar segura de cómo describirlo.

–Es normal –dijo Liz, despacio, y se miró el reloj–. Tengo que irme enseguida. Bueno, ¿qué vais a hacer hoy, chicas?

–Koalas –respondió Scout.

La niña tenía la piel clara, como su madre, y grandes ojos azules.

Y era la viva imagen de la salud.

–¿Vais a comprar un koala? –preguntó Liz, fingiendo sorpresa.

–No, mami –le explicó la niña con cariño–. ¡Vamos a verlos en el zoo? ¿A que sí, abuela!

–Y a otros muchos animales, tesoro –confirmó su abuela–. ¡Lo estoy deseando!

Liz respiró hondo, pensando en lo mucho que le gustaría acompañarlas.

–A veces, no sé cómo darte las gracias –le murmuró Liz a su madre.

–No es necesario –aseguró Mary–. Ya lo sabes. Liz parpadeó y se puso en pie, lista para irse a arreglar para el trabajo.

El piso en el que vivía con Scout y con Mary estaba en un barrio del centro de Sídney. Era cómodo y estaba cerca de todas partes, del centro histórico, de los parques y de la zona comercial y de ocio.

La casa tenía tres dormitorios y un pequeño estudio. Habían

convertido el estudio en una habitación para Scout y el tercer dormitorio en un taller para Mary. Se parecía a la cueva de Aladino, pensaba Liz en ocasiones. Había pilas de ropas y telas de colores y tejidos maravillosos, además de una selección de botones, cuentas, lentejuelas, lazos y plumas de todos los colores.

Mary tenía una clientela fija para quienes creaba sus diseños.

Pero las dos personas para las que más le gustaba coser eran su hija y su nieta. Por eso, aunque Liz apenas se gastaba dinero en comprar cosas para ella, nadie lo hubiera dicho a juzgar por su forma de vestir.

Ese día, Liz decidió que sería una tontería seguir escondiendo la originalidad y belleza de su vestuario. Para ir a trabajar, se puso unos pantalones negros ajustados y una blusa blanca y negra con medias mangas, con un cinturón en la cintura. Los zapatos eran negros, con plataformas de corcho. Escogió, también, un brazalete negro y plateado.

Cuando iba a recogerse el pelo delante del espejo, se lo pensó mejor. No tenía sentido hacerlo, después de que él la hubiera visto con el pelo suelto. Además, se puso las lentillas.

En el autobús de camino a la oficina, sin embargo, Liz no estaba pensando en su propio aspecto. Sólo podía pensar en Cam Hillier.

La noche anterior, no había podido dormir bien, reviviendo continuamente lo que había pasado.

Tenía que reconocer que él había sido… No había sido nada crítico, ¿no era así? Ella había metido la pata hasta el fondo, eso no podía negarse. No sólo en la fiesta, sino en su vida, con lo de Scout. Y

eso podía invitar fácilmente al criticismo…

¿Qué pensaría él en realidad?, se preguntó Liz y, de inmediato, se dijo que a ella qué le importaba. Después de su fracaso estrepitoso con el padre de Scout, lo único que le había preocupado había sido su hija y había dejado de estar interesada en los hombres.

Sin haberse dado cuenta, incluso había perfeccionado una técnica para espantarlos. Se había convertido en una dama de hielo, pensó con ironía.

El precio que había tenido que pagar había sido muy alto. No sólo

por la batalla para mantenerse a flote económicamente, sino porque se sentía culpable por tener que recurrir a su madre. Además, tenía la sensación de estar haciéndose vieja antes de tiempo y había creído que no volvería a tener la oportunidad de soltarse el pelo y disfrutar de la compañía masculina a causa de la amargura que impregnaba su alma.

Pero ¿por qué estaba pensando en un hombre por primera vez en años?

En ese momento, Liz revivió la imagen de Cam Hillier y tuvo que reconocer que le resultaba fascinante, pues sentía por él una mezcla de amor odio… Aunque, por supuesto, no podía ser amor. Sin embargo,

justo cuando tenía deseos de tirarle un ladrillo a la cabeza por su arrogancia y su egoísmo, él hacía algo que le obligaba a cambiar de opinión. Como había sucedido la noche anterior. Cam Hillier no la había juzgado. La había escuchado con atención.

Había algo más que su aspecto imponente, sin duda. Ese hombre tenía un intelecto que funcionaba a la velocidad del rayo. Y tenía algo que la hacía sentir viva, aunque estuviera enfadada.

¿Pero qué importaba?, se dijo Liz, mirando por la ventana con aire ausente. En breve, dejarían de verse. Y, aunque siguiera trabajando para él, siempre estaría el obstáculo de Portia Pengelly. O, si no era Portia, de quienquiera que fuera su última conquista.

Diez minutos después, Liz llamó al ascensor para subir a las oficinas de Hillier Corporation. Cuando se abrieron las puertas y subió, se encontró de pronto sola con su jefe, mientras las puertas se cerraban sin hacer ruido.

–Señorita Montrose –saludó él.

–Señor Hillier.

Él la miró de arriba abajo, fijándose en su moderno atuendo, su pelo suelto y los labios pintados.

–No pareces la ladrona de casas de anoche –comentó él con una sonrisa.

Liz le lanzó una mirada asesina, bajó las pestañas y no dijo nada.

–Parece que ya estás recuperada, ¿no es así?

–Sí –contestó ella y se lo pensó un momento antes de añadir–: Gracias. Fue usted… –dijo y se interrumpió, sin saber qué palabra podría aplicársele–. Gracias.

–De nada.

El ascensor llegó a su destino y las puertas se abrieron. Sin embargo, por alguna extraña razón, ninguno de los dos se movió.

Aunque no era tan raro, caviló Liz. Se parecía mucho a la sensación que había tenido en el coche la noche anterior, cuando se había visto atrapada en una burbuja de atracción hacia Cam Hillier.

Ese día, llevaba un traje diferente, gris, con una camisa azul pálido y una corbata plateada y azul marino. Pero estaba tan bien cortado y le quedaba tan bien como el otro. Los zapatos negros que llevaba relucían.

Pero no era cuestión de las ropas, reconoció Liz. Era el revés.

Eso, añadido al aura de frescura que lo envolvía, recién duchado y afeitado, con el pelo recién peinado y sus ojos intensos…

Todo en él despertaba los sentidos de Liz, haciéndola desear tener contacto físico con él: una caricia, la mezcla de sus alientos mientras se besaban…

Entonces, ambos se miraron a los ojos y ella se dio cuenta de que Cam Hillier tenía la mandíbula tensa… Adivinó que él estaba luchando

contra un impulso similar al suyo… Por la forma en que la había mirado la noche anterior, sabía que su jefe ya no la consideraba un mueble de oficina. Pero pensar que él pudiera sentir la misma atracción… era una sensación emocionante.

Las puertas del ascensor comenzaron a cerrarse, sacándolos de su ensimismamiento. Cam Hillier apretó un botón para que volvieran a abrirse e hizo un gesto para que ella saliera primero.

Eso hizo Liz, murmurándole las gracias. Ambos saludaron a Molly Swanson al llegar.

–Dame diez minutos, Liz. Luego, tráeme la agenda. Y café, Molly –ordenó Cam Hillier antes de meterse en su despacho.

–¿Cómo te fue anoche? –inquirió Molly a Liz–. Por cierto, ¡la señorita Pengelly ha llamado ya tres veces!

–Oh, cielos –repuso Liz con una mueca.

–El jefe necesita una esposa de verdad, no una de esas estrellas de cine. Además, es tan mala actriz que no sé cómo se ha hecho famosa.

Liz parpadeó pero, por suerte, el sonido del teléfono hizo que Molly se interrumpiera.

Ocho minutos después, Liz se mentalizó para presentarse ante su jefe con la agenda del día.

Se había servido un vaso de agua fría pero, en vez de bebérselo, había mojado el pañuelo para refrescarse las muñecas y la frente.

«Debo de estar loca», se dijo Liz. «Y él debe de estar loco sólo por considerar tener algo conmigo». O, tal vez, lo que pasaba era que Cam Hillier estaba buscando una sustituta para Portia…

Con tono estrictamente profesional, repasaron los compromisos del día uno por uno.

–De acuerdo. ¿Tienes preparados los informes para repartirlos en la reunión?

Ella asintió.

–Quiero que asistas. Habrá mucho papeleo que repartir y

recoger. Y necesito que me lleves y me recojas de la comida con los Browich. No hay aparcamiento por allí.

–Bien –murmuró ella y titubeó un momento.

–¿Algún problema?

–¿Quiere que conduzca su coche?

–¿Por qué no?

–Si le soy sincera, señor, me sentiría fatal si le hiciera algún arañazo.

Cam Hillier se apoyó en el respaldo de su sillón.

–No lo había pensado. A mí me pasaría lo mismo, si te soy sincero

–replicó él con una sonrisa–. Pues pide un coche del parque móvil que tenemos abajo.

–Creo que será mejor así.

Cam Hillier esbozó una sonrisa y Liz pensó que iba a decir algo gracioso pero, al instante, su expresión se tornó seria y la miró con gesto indiferente. Como si, de pronto, su empleada le sobrara.

Sin poder evitar sentirse incómoda, Liz se dio cuenta de algo.

Aunque ella misma había pensado que sería una locura pensar en tener nada parecido a una relación con su jefe, lo cierto era que ansiaba sentirse tratada como… ¿Como qué? ¿Como una amiga?

Ella se aclaró la garganta.

–¿A qué hora quiere que salgamos?

–A las doce y media –respondió él y le dio la espalda.

La reunión era a las nueve y media. Liz y Molly prepararon juntas la sala de conferencias.

Todo salió según lo previsto. Liz hizo su papel, repartiendo y recogiendo documentos, sirviendo agua y café y recibiendo las efusivas gracias del vicepresidente de Mariscos Fortune. Ella se limitó a sonreír como respuesta, pero algo la incitó a mirar a su jefe, al que sorprendió observándola con un intenso gesto de desaprobación. Entonces, ella se sonrojó y él apartó la mirada.

No era posible que Cam Hillier creyera que estaba coqueteando ni nada parecido, ¿o sí?

Por otra parte, ser madre soltera conllevaba que muchos hombres albergaran la estúpida creencia de que, por ello, tenía que ser una mujer promiscua…

Cuando Liz llevó a su jefe a la comida en un Mercedes de la compañía, le pareció obvio que él no estaba de buen humor. Las razones eran confusas.

–Hmm… Conduces con mucha cautela, Liz.

Ella miró a la izquierda y a la derecha un par de veces antes de cruzar una intersección.

–No es mi coche, su vida está en mis manos, señor Hillier, y además respeto mi propia vida.

–La cautela excesiva también puede ser peligrosa –comentó él–. Roger conduce mejor.

Liz se empezó a enfurecer, pero no dijo nada.

–Si lo pienso bien, otra buena cualidad de Roger es que no debo preocuparme porque reciba proposiciones indecentes de uno de nuestros mayores clientes que, por cierto, tiene edad suficiente para ser tu padre. Ay, ve un poco más deprisa, Liz.

Fue la gota que colmó el vaso. Liz aparcó con cuidado en la acera, paró el motor y le tendió las llaves a su jefe. No gritó ni dio ningún portazo.

–Si quiere llegar a la comida con los Bromwich de una pieza, es mejor que conducta usted. Y no vuelta a pedirme que lo lleve a ningún sitio más. Además, puedo manejarme con las propuestas indecentes yo

sola, así que no es necesario que se preocupe por eso. En cuanto a sus comentarios sobre mi forma de conducir, resulta que yo pienso que es usted una amenaza en la carretera.

–Liz…

Ella lo ignoró, abrió la puerta y salió del coche.

Capítulo 3

DOS MINUTOS después, Cam estaba en el asiento del conductor.

Liz no estaba segura de si estaba intentando contener su enfado o sus ganas de reírse de ella. Aunque sospechaba que era lo segundo.

–Bien –dijo él, incorporándose al tráfico de nuevo–. Llama a los Bromwich y diles que no voy.

–¿Por qué no? ¡No puede…!

–Sí puedo. De todas maneras, no me apetecía ir a esa maldita comida.

–¡Pero aceptó la invitación!

–Es igual. Estarán bien sin mí. Habrá doscientos comensales. De todos modos, habría pasado inadvertido entre la multitud –señaló él.

Eso era muy improbable, pensó Liz con ironía.

–¿Y qué les digo?

–Diles… –comenzó a responder él e hizo una pausa–. Diles que he tenido una pelea con mi secretaria, que me ha dicho que soy una amenaza. Y que, a consecuencia de ello, me siento dolido e incapaz de socializarme a gran escala.

–¡Entre otras cosas, eso es falso! –replicó ella con indignación.

–También puedes decirles que, como hace un día tan bonito, prefiero comer en la playa –continuó él con una sonrisa–. Iremos a comer pescado fresco. ¿Te gusta el pescado?

Liz levantó las manos con gesto de desesperación.

–Supongo que no puedo convencerle de que no es buena idea.

–Aciertas –replicó él y le dedicó una pícara sonrisa–. Tal vez, deberías haberlo tenido en cuenta antes de comportarte como una leona y entregarme las llaves del coche.

–¡Estaba usted… pasándose de la raya!

–Mmm… La verdad es que me siento un poco fuera de mí hoy –

comentó él, frunciendo ceño–. ¿No te pasa lo mismo? Después de lo que pasó en el ascensor –añadió en voz baja.

Liz posó los ojos en la carretera y se preguntó qué pasaría si admitía que no tenía ni idea de cómo lidiar con la atracción que sentía.

Sí, hacía mucho que no le sucedía algo así. Pero eso no significaba que no estuviera asustada. Lo estaba y mucho, pensó, cerrando los puños sobre el regazo.

Además, ¿qué podía conseguir si reconocía lo que sentía?

Que tuvieran una aventura, poco más. Cameron Hillier no iba a casarse con una madre soltera. ¡Casarse! Diablos, ¿en qué estaba pensando?, se reprendió a sí misma.

Por otra parte, al pensar en sus necesidades económicas, recordó que no tenía ningún empleo esperándola para cuando terminara su sustitución.

Debía salvar la situación como pudiera, sin perder el trabajo, se advirtió a sí misma.

–Me disculpo por haber perdido los nervios –dijo ella–. Es posible que no sea buena conductora. No he practicado mucho. Pero estaba haciéndolo lo mejor que podía –añadió y miró al cielo con resignación.

Cam Hillier la miró con atención y un gesto un tanto burlón.

–¿Eso es todo?

Liz tragó saliva, comprendiendo su indirecta. Ella estaba evitando hablar de lo que había pasado en el ascensor y él lo sabía.

–Eso me temo –insistió ella.

–Lo dices como si no quisieras hablar más del tema –observó él tras un momento de silencio–. En otras palabras, ¿no es posible que lleguemos a tener una relación, señorita Montrose?

–No –negó ella con voz apenas audible–. Oh –señaló y agarró el bolso… cualquier cosa con tal de romper la tensión–. Llamaré a los Bromwich… aunque tal vez sea demasiado tarde para encontrarlos.

–Así sea –afirmó él.

Liz sabía que no se estaba refiriendo a la comida que iba a perderse.

Tras un momento de titubeo, ella decidió que era mejor dejar clara su postura.

–En cuanto a lo de llevarme a comer, señor Hillier, si ha cambiado de idea lo comprendo.

–De eso nada. Para empezar, estoy hambriento. Y, como Roger y yo solemos comer a menudo cuando estamos en algún viaje de trabajo, no tienes por qué pensar que la oferta esconde segundas intenciones.

–¿Segundas intenciones?

Cam Hillier la miró con un brillo de humor en los ojos.

–No tienes por qué pensar que te invito para intentar seducirte…

o romper tu escudo de hielo.

Liz se dio cuenta de que estaba sonrojándose sin remedio. Buscó refugio en la tarea de contactar con los Bromwich.

El restaurante al que la llevó su jefe tenía una terraza sobre la playa. Encontraron una mesa bajo una sombrilla, pidieron y se quedaron contemplando las aguas de la bahía.

Y Cam Hillier cumplió su palabra. No intentó seducirla con su conversación y, de alguna manera, consiguió que la comida fuera amena y amistosa.

Parecía un hombre muy distinto a como era otras veces, pensó Liz. No sólo había dejado atrás su pose arrogante de millonario, tampoco se comportaba con el mal humor que había mostrado en el coche.

–Bueno… –dijo él y se miró el reloj–. Volvamos a la oficina.

–Gracias por la comida –dijo ella, poniéndose en pie.

Cam Hillier también se levantó y, durante un breve instante, los dos se miraron a los ojos antes de apartar la vista y dirigirse hacia el coche.

Liz sabía que iba a tener que sufrir las consecuencias de aquella comida tan agradable, cuando no pudiera dormir esa noche.

Sin embargo, Scout, emocionada por todo lo que había visto en el zoo, cayó dormida apenas tocar la almohada. Liz le dio un beso en la frente y salió de su dormitorio sin hacer ruido. Pero, cuando se acostó, estuvo dando vueltas en la cama, sin poder dejar de revivir el día tan extraordinario que había compartido con su jefe.

Recordó cómo la brisa le había despeinado y cómo, al verlo, a ella se le había puesto la piel de gallina. Y recordó cómo había fantaseado con que él la tocara el cuerpo desnudo al verlo juguetear con el salero con sus dedos fuertes y largos.

Debía superar aquellos sentimientos, se dijo Liz. Sobre todo, porque si dejaba el trabajo, la agencia no la llamaría tanto y eso afectaría a sus ingresos. Tenía que pensar en Scout y en lo mejor para ella. Una aventura fugaz con un hombre que no parecía capaz de comprometerse no sería buena idea. Al menos, él no había ido en serio con Portia Pengelly… la había estado usando y, más o menos, lo admitía.

Liz no había olvidado cómo se había sentido cuando se había dado cuenta de que la habían utilizado y le habían dicho que el aborto era la única salida en aquellas circunstancias…

Con la mirada fija en la oscuridad, cerró los ojos para no llorar.

No. No podía dejar que ningún otro hombre la hiciera daño.

Fue de gran ayuda que Cam Hillier estuviera fuera durante los dos días siguientes, pero cuando regresó, aún le quedaban a Liz dos semanas de trabajar allí.

Sin embargo, él parecía estar de mejor humor. Menos abrasivo con ella… y sin nada que delatara que, en una ocasión, se habían quedado paralizados en el ascensor, hipnotizados el uno con el otro.

¿Habría hecho las paces con Portia?, se preguntó Liz. ¿O habría encontrado una sustituta?

En cualquier caso, Liz estaba un poco más relajada. Incluso cuando se quedaron atrapados en un atasco de camino a una reunión de trabajo. Era un día nublado y había llovido toda la noche. Había habido un accidente en el camino y el tráfico estaba bloqueado por completo. Un helicóptero sobrevolaba la escena.

–Debe de haber sido un accidente grave –comentó ella–. Igual llegamos tarde.

Cam Hillier apagó el motor y se encogió de hombros.

–No podemos hacer nada –repuso su jefe con una paciencia poco común en él–. Cuéntame, ¿cómo fue tu infancia?

–Bueno… veamos –señaló ella con tono pensativo, diciéndose que no tenía nada de malo responder–. Mi padre era maestro, muy intelectual, mientras que mi madre… –explicó e hizo una pausa, porque solía resultarle difícil describir a su madre–. Mi madre es una persona

muy creativa. Se le da muy bien hacer cosas con las manos… pero no es demasiado práctica –añadió y sonrió–. Podrían haberse llevado muy mal pero, sin embargo, hacían una pareja excelente. Ella lo animaba con sus ideas y él la hacía poner los pies en la tierra. Como maestro, le entusiasmaba la educación y me ayudaba mucho. Por eso, conseguí ir a una escuela privada, con una beca. También estudié en la universidad gracias a varias becas. Él…

–Continúa –la animó él.

Liz le lanzó una rápida mirada, preguntándose por qué estaría interesado en su vida… y por qué ella se la estaba contando.

–Yo pensaba que me parecía más a mi padre. Pasaba mucho tiempo con él, estudiando o leyendo. Pero ahora me doy cuenta de que también tengo muchas cosas de mi madre. Es muy buena cocinera y yo estoy aprendiendo, aunque no creo que nunca llegue a ser tan buena como ella.

–¿Y cómo pudiste licenciarte siendo madre soltera? –preguntó él.

Liz volvió a mirarlo. ¿Lo preguntaría sólo por curiosidad o…? De todos modos, ¿qué razón tenía para no responderle?

–Fue muy difícil, pero Scout me ayudó a mantenerme centrada.

Me puse a trabajar a media jornada mientras estudiaba –explicó ella e hizo una pausa–. Tomaba varios empleos al mismo tiempo, toda clase de empleos.

–¿Como por ejemplo?

–Fui recepcionista en un taller de tatuajes –repuso ella con cierto aire nostálgico–. Mis compañeros me regalaron un ramo de flores cuando nació Scout. Y trabajé en una tienda de botellas. Y en un supermercado. Hice de niñera y de limpiadora –enumeró y se detuvo un momento–. Mi padre acababa de morir. No conoció a Scout… pero yo estaba decidida a licenciarme, porque sabía que mi padre se habría sentido muy decepcionado si no.

–¿Cómo conseguiste este trabajo?

–Cuestión de suerte. Uno de mis profesores tenía contactos en la agencia y sabía el tipo de sustitutas que necesitaban. Me enseñó todo sobre las secretarias personales de dirección, mi madre se ocupó de coserme un vestuario apropiado y… *voilá!*

–Seguro que te ayudó mucho ser tan inteligente –observó él, casi

hablando solo–. Supongo que te tomas días libres entre una sustitución y otra, ¿no?

Ella asintió.

–Siempre intentó reservar un par de semanas de vez en cuando, no sólo para darle un respiro a mi madre, sino para pasar más tiempo con mi hija.

–¿Y tu madre sigue haciéndote la ropa?

–Sí. Ella me había hecho la chaqueta que llevé a la fiesta –explicó

Liz–. La verdad es que la diseñó para un empleo de fin de semana que tuve como cajera en un restaurante de primera categoría.

–¿Y el padre de Scout? ¿Has vuelto a verlo?

Liz meneó la cabeza, sintiéndose incómoda.

–Me pregunto si se ha mudado a Sídney. Tal vez, por eso estaba en la fiesta de tu tía abuela.

–Puedo enterarme, si lo deseas. Pero, aunque esté aquí, Sídney es una ciudad muy grande –comentó él y le lanzó una mirada interrogativa.

–No, gracias. Prefiero dejar las cosas como están.

Oh, mira. Están desviando el tráfico. Todavía puede que lleguemos a tiempo.

Cam Hillier parecía a punto de decir algo, pero se limitó a encogerse de hombros y encendió el motor del coche.

Esa misma noche, Liz escuchó una entrevista en la radio con el padre de Scout en la que él hablaba sobre la economía, pues era economista, pero también comentaba que había vuelto a vivir a Sídney, después de haber pasado unos años en Perth. Y afirmaba que todavía no tenía hijos, pero que su esposa y él querían tenerlos.

Liz apagó la radio y se forzó a no pensar en el miedo que la atenazaba por dentro.

A la mañana siguiente, su jefe le hizo una petición poco habitual.

Antes de su cita con el director de recursos humanos de la compañía, Cam Hillier recibió una llamada de teléfono que no parecía tener nada que ver con el trabajo.

–¿Rompió la ventana? –dijo Cam al teléfono, arqueando las cejas–. No creía que fuera tan fuerte como para… Bueno, no importa.

Dile que no lo vuelva a intentar hasta que yo llegue –añadió, colgó y se quedó mirando a Liz con aire ausente durante unos minutos, pensativo.

Liz bajó la vista hacia su vestido, buscando si tenía algo raro para que él la mirara así. Era un traje de chaqueta veraniego, con falda recta. Pero no tenía nada raro, ni botones desabrochados, ni se le veía el sujetador, ni nada parecido. Así que volvió los ojos hacia su jefe con gesto interrogativo.

Cam Hillier tamborileó los dedos sobre la mesa.

–¿Recuerdas una canción sobre un boomerang que no volvía?

–No –negó ella, después de pensarlo un momento.

–Yo, casi. Intenta encontrármela, por favor.

Antes de que Liz pudiera responder, apareció el jefe de recursos humanos.

Más tarde, Liz le informó de que había encontrado la canción del boomerang y le gustaba bastante.

–Es una vieja canción. Fue escrita por Charlie Drake –señaló ella–.

El boomerang no sólo no volvía, sino que golpeaba al doctor Volador.

–Excelente –contestó Cam Hillier.

Pero no explicó nada más, dejando a Liz intrigadísima.

Algunos días después, él volvió a sorprenderla.

Liz estaba un poco preocupada porque, justo antes de irse a trabajar, había leído por error una nota que iba dirigida a su madre. Era de una vieja amiga de su madre que tenía una escuela de baile e iba a celebrar un festival. Le preguntaba a Mary si estaba interesada en hacer el vestuario. Eso significaría unos tres meses de trabajo, rezaba la nota.

Pero Mary Montrose había escrito su respuesta en el dorso del papel.

Lo siento mucho. Me habría encantado, pero no tengo tiempo. Un saludo afectuoso…

Mary no la había enviado todavía.

Al pensar que su madre no había aceptado el trabajo a causa de Scout, Liz se encogió. ¿Pero qué podía hacer? Scout se pasaba dos mañanas a la semana en la guardería privada, era lo más que ella se podía permitir, pues no había centros infantiles públicos. Y aquellas dos mañanas libres no bastarían para que Mary pudiera aceptar aquel encargo tan apetecible.

Liz había dejado la nota sobre la mesa, sintiéndose culpable y desgraciada, y se había ido a trabajar.

Al llegar, había repasado la agenda del día con su jefe y, a continuación, él le había pedido que le enseñara la agenda para el día siguiente.

Liz le había entregado la libreta.

Cam Hillier la había estudiado en silencio durante un minuto o dos.

–Anúlalo todo –pidió él y le devolvió al libreta.

Liz se puso pálida.

–¿Todo?

–Eso he dicho –repuso él y se recostó en su silla.

–Pero… –balbuceó Liz y se mordió el labio. Había al menos diez

citas que cambiar. Había tres reuniones importantes entre ellas, que implicaban a otras personas, así que la cancelación produciría un efecto dominó de caos y llamadas. Tragó saliva–. De acuerdo. Eh… ¿y qué va a hacer mañana? Quiero decir… ¿qué excusa quiere que ponga?

El señor Hillier ha tenido que atender un asunto urgente o…

Liz se quedó callada y lo miró.

Él tenía esa sonrisa maliciosa tan característica.

–Sí. Y dilo así, con ese tono tan aristocrático y bien educado.

Convencerás a cualquiera.

–Yo no hablo… ¿Está diciendo que soy una estirada?

–Sí, así es –respondió él, arqueando una ceja–. Seguro que es por la escuela privada.

Liz hizo una mueca y, tras un instante, cambió de tema.

–¿Quiere decirme qué va a hacer mañana, señor Hillier, o prefiere mantenerme en la ignorancia?

–Lo segundo sería difícil, pues vas a acompañarme. Voy a ir a Yewarra y necesitaré tu ayuda.

–¿Yewarra?

–Es una finca que tengo en las Blue Montains.

–Las Blue… –comenzó a decir Liz y, al darse cuenta de que lo estaba repitiendo todo como un loro, cerró la boca–. ¿Cuánto tiempo nos llevará?

–Sólo un día… sólo una jornada de trabajo –replicó él y se encogió de hombros–. Saldremos de aquí a las ocho de la mañana y volveremos por la tarde. No hace falta que te arregles.

–¿Planea conducir hasta allí?

–Sí. ¿Por qué no?

Liz se retorció inquieta.

–Preferiría no sentirme como si estuviera volando a ras del suelo cuando voy en su coche.

–Prometo obedecer los límites de velocidad –señaló él con una sonrisa–. De todas maneras, tengo un buen coche y soy un buen conductor.

Liz abrió la boca para hacer algún comentario sobre su modestia, pero cambió de idea. Había aprendido que no era posible anticiparse a las posibles reacciones de Cam Hillier ante una confrontación…

–Bueno –dijo él y se recostó en el asiento, con las manos detrás de la cabeza–. Sólo faltan tres días para que vuelva Roger…

completamente recuperado de su enfermedad, según me ha dicho.

–Sí.

–Y tú te irás, Liz.

–Así es.

–Pero hemos trabajado bien juntos –afirmó él, se incorporó e hizo un gesto con la mano–. Bueno, menos ese par de veces en que te tuviste que contener para no abofetearme –puntualizó, con un brillo malicioso en los ojos.

–Me parece que nunca va a dejar de echármelo en cara… así que igual es mejor que vuelva Roger cuanto antes.

Entonces, antes de que él pudiera sorprenderla con su respuesta, la puerta se abrió de golpe y Portia Pengelly irrumpió en el despacho.

–Cam, he venido a hablar contigo… ¡Oh! –dijo Portia y se quedó paralizada al ver a Liz. Entonces, comenzó a caminar despacio, como si estuviera en una pasarela, vestida con un elegante traje de seda negro y una rebeca de color melón a juego con el bolso–. ¿Quién es ésta?

Liz se puso en pie y agarró la agenda.

–Trabajo aquí. Bueno, si eso es todo, señor Hillier, volveré a mi puesto. Disculpen –dijo Liz y salió del despacho, pero no lo bastante rápido como para no escuchar a Portia suplicarle a Cam con tono apasionado.

Salieron a las ocho en punto de la mañana el día siguiente.

Liz llevaba una camiseta de manga corta con un estampado blanco y negro y vaqueros, conjuntados con una rebeca, un bolso de cuero y zapatos bajos de cuero.

Cam Hillier también se había puesto vaqueros, con una camiseta de punto, y llevaba una chaqueta de cuero en el asiento trasero del coche.

No hablaron mucho mientras salían de la ciudad, conduciendo con más prudencia que en la ocasión anterior, observó Liz y se relajó un poco. Cuando dejaron atrás Penrith, la carretera empezó a subir hacia las hermosas Blue Montains.

Liz había leído en alguna parte que su color azul era resultado de los aceites que impregnaban el aire provenientes de los bosques de eucaliptos.

Mientras se iban acercando, el paisaje era cada vez más idílico y seductor, con cierto aire de paraíso escondido.

Y, en cierta forma, lo había sido. Hasta 1994, sus valles remotos y aislados habían escondido el secreto del pino Wollemi, un fósil viviente que se decía que provenía de la era de los dinosaurios.

–¿Cuál será tu próximo trabajo, Liz? –preguntó Cam Hillier de pronto, en medio del silencio.

–No tengo ninguna sustitución prevista todavía. Pero estoy segura de que saldrá algo –afirmó ella–. A veces, es difícil predecirlo.

–¿Y cómo te las arreglas si no te sale nada durante un tiempo?

–Me las arreglaré –contestó ella, sintiéndose incómoda–. Le agradezco mucho su interés, pero creo que es mejor que dejemos el tema, por favor. Me iré dentro de un par de días y va a resultarme difícil mantener la relación en el terreno estrictamente profesional si seguimos adentrándonos en temas personales.

–¿Profesional? –repitió él y condujo un kilómetro más en silencio–. Desde hace tiempo, creo que ha dejado de ser sólo eso.

–¿Qué quiere decir?

Cam Hillier la observó un momento.

–Creo que Narelle tenía razón. No estamos hechos para ser jefe y empleada. Hay, por llamarlo de alguna manera, cierta clase de electricidad entre nosotros. Comencé a sentirlo hace unas dos semanas, cuando te soltaste el pelo y te pusiste aquella chaqueta mágica para ir a la fiesta.

Capítulo 4

LIZ SE quedó boquiabierta.

–Y continuó a la mañana siguiente en el ascensor –prosiguió él y tomó un desvío–. De hecho, nunca ha desaparecido. A pesar de tus esfuerzos por enfriar las cosas.

Liz se dio cuenta de que habían atravesado el hermoso pueblo de Leura sin que ella se percatara y habían tomado una carretera comarcal. También, reconoció que era imposible negar lo que él afirmaba.

–Mire –comenzó a decir ella, bajando la vista–. Sería una locura que quisiéramos tener una relación.

Cam esbozó una sonrisa, fugaz y llena de picardía.

–Las cosas no funcionan así.

–Somos dos adultos en nuestros cabales.

–Pero podemos elegir, ¿no es así?

Cam aminoró la marcha, giró y se detuvo delante de unas puertas de hierro forjado.

–¿Es aquí? –preguntó ella.

–Aquí es –repuso él y apretó un mando a distancia para abrir las puertas–. Bienvenida a Yewarra, Liz.

Durante un momento, Liz tuvo la urgencia de escapar… escapar de su coche, de su finca y del mismo Cam Hillier. Se sintió abrumada, como si estuviera perdiendo el control de la situación por completo.

Momentos después, sin embargo, se dejó seducir por el paisaje mientras él conducía despacio por el camino de grava.

Había flores blancas y azules bajo unos árboles majestuosos.

Había jazmín y madreselva trepando por jacarandas en flor. Y

gardenias y rosas. Era una mezcla arrebatadora de colores y aromas.

–Esto es… precioso –señaló ella, mirándolo.

–Gracias –replicó él y sonrió–. Es una especie de tributo a mi madre. Lo hice en honor a su amor por los jardines y su innato sentido del refinamiento, gracias a lo cual pudo sobrellevar la dura vida que compartió con mi padre.

Cam aparcó junto a una fuente. Detrás, había una casa de dos pisos, de piedra, con ventanas enmarcadas en madera y barrotes de hierro forjado. La puerta principal lucía la bonita talla de un delfín y los manillares eran de bronce.

–La casa tampoco está mal –comentó ella con una sonrisa–. ¿La construiste tú?

–No. Y apenas la he cambiado nada. Bueno, sólo eso –añadió él y señaló a la fuente–. Antes, era un coro nauseabundo de damas desnudas persiguiendo querubines.

Liz se quedó mirando la fuente, en la que un delfín de bronce dejaba salir el agua con total sencillez.

–¿Tienen algún significado especial para usted los delfines?

Cam pensó un momento antes de responder.

–Supongo que no es tan raro para alguien cuyas raíces proviene de gente del mar.

Liz recordó los cuadros que él tenía en su despacho de Sídney.

–Ha llegado usted muy lejos desde entonces –observó ella.

En ese instante, la puerta principal se abrió de golpe y un niño de unos cinco años salió, saludando con la mano muy excitado mientras una niñera lo sujetaba.

Liz abrió los ojos como platos.

–¿Quién…? –comenzó a preguntar y se mordió la lengua, pues no quería ser indiscreta.

–Ése es Archie –indicó Cam–. Es el hijo de mi difunta hermana. Lo he adoptado.

Cam Hillier abrió la puerta del coche y salió, justo cuando Archie escapaba a las manos de la niñera y salía corriendo hacia él.

–¡Cam! ¡Cam! ¡Me alegro de verte! ¡Wenonah ha tenido seis cachorros, pero sólo me dejan quedarme uno!

Cam tomó en brazos a su sobrino y lo abrazó.

–Pero piensa en los otros cinco niños que están deseando tener un cachorro. No puedes quedártelos todos.

Liz parpadeó. Había asumido que su sobrino Archie sería mayor.

No había esperado que Cam Hillier se sintiera tan cómodo con un niño de cinco años…

–Supongo que sí –repuso el pequeño en voz baja–. Bueno, igual no me importa –añadió y abrazó a su tío–. ¿Te vas a quedar?

–Esta noche, no –contestó Cam y, para animarlo, añadió– : Pero volveré el fin de semana. Archie, te presento a Liz. Trabaja para mí – indicó, poniendo al niño en el suelo.

–¿Cómo estás, Liz? –saludó el pequeño con impecables modales–. ¿Quieres ver mi casita de los animales?

Tanto Cam como la niñera abrieron la boca para intervenir, pero Liz se les adelantó.

–¿Cómo estás, Archie? Me gustaría mucho.

Archie le dio la mano.

–Está por aquí. Te lo enseñaré.

–No tardes mucho, Archie –le dijo Cam–. Liz y yo tenemos que trabajar.

La casita de los animales era una parcelita vallada, no muy lejos de la casa. El tejado era de red y estaba sombreado por varios arbustos. Dentro, tenía varios troncos huecos y caminitos hechos de grava. Había allí conejos y una familia de cobayas en una jaula que imitaba a un castillo, con toboganes, campanitas y ruedas. También, había una cacatúa con la cresta azul y un vocabulario muy limitado, aunque sabía

saludar. Y un estanque con una pequeña cascada, piedras, plantas acuáticas y seis ranas. En otro estanque, nadaba una carpa.

–¿Lo has hecho todo tú? –preguntó Liz, fascinada, pensando en lo mucho que le gustaría a Scout.

–No, tonta. Sólo tengo cinco años –contestó Archie–. Cam lo hizo casi todo. Pero yo lo ayudé. Toma –añadió y le entregó una cobaya–.

Éste es Golly y ésta… –indicó y sacó otro del castillo– es Ginny. Es su esposa y ésos son todos sus hijos.

–Muy bien –repuso Liz, acariciando a Golly–. ¿Y dónde está Wenonah? ¿Y sus cachorros?

–En los establos. Wenonah se porta un poco mal con los conejos y eso. Le gusta perseguirlos. Pero yo voy a enseñarle al cachorrito que me quede a no hacerlo. Lo que pasa es que… –comenzó a decir Archie y frunció el ceño–. No sé si quedarme con un chico o con una chica.

–Tal vez, Cam pueda aconsejarte.

La carita del niño se iluminó.

–Sí, él siempre tiene buenas ideas. ¡Mira, esto sí que es especial, mi lagarto de lengua azul!

–¡Oh, vaya! –exclamó Liz y dejó a Golly en su sitio, poniéndose en cuclillas–. ¡Es precioso!

Poco después, Cam los encontró de rodillas, riendo juntos mientras intentaban convencer a Wally, el lagarto de lengua azul, de que saliera de su jaula.

Liz levantó la vista y se puso en pie, sacudiéndose las rodillas.

–Lo siento, pero esto es fascinante. Estaba pensando en lo mucho que le gustaría a Scout.

–¿Quién es Scout? –preguntó Archie–. ¿Le gustan los animales?

–Es mi hija y le encantan los animales.

–Deberías traerla para que juegue conmigo –sugirió el pequeño.

–Oh…

Cam intervino.

–Ya veremos, Archie. ¿Puedo llevarme ya a Liz?

Archie aceptó, a regañadientes.

–Has triunfado con él –comentó Cam mientras caminaba con Liz hacia la casa.

–Es muy fácil contagiarse del entusiasmo de los niños –afirmó Liz de buen humor.

Cuando atravesaron las puertas de la casa, Liz contuvo un grito de sorpresa.

La entrada conducía a un gran salón con una chimenea y varias

alfombras de aspecto valiosísimo sobre un suelo de piedra. También los adornos y los cuadros parecían de un valor incalculable. Los tonos de la habitación eran cálidos y acogedores: crema y terracota, con pinceladas de verde menta.

Pero fueron los grandes ventanales, que llegaban desde el suelo al techo y sus vistas lo que más maravilló a Liz.

El valle se extendía ante sus ojos, bajo la luz de la mañana en todo su esplendor.

–Es… impresionante –comentó ella–. ¿Has conseguido acostumbrarte a algo tan increíble?

–La verdad es que no. Cambia con la luz, la hora del día, la estación del año. Esto… el estudio está por esas escaleras.

El estudio resultó ser otra sorpresa para Liz. Las vistas eran bastante distintas: daban a un jardín y a un cercado de madera con caballos pastando y moviendo las colas. Más allá del cercado, había un edificio alargado que parecía ser el establo.

Girándose desde la ventana, Liz miró a su alrededor. Había estanterías con libros en dos de las paredes. En las otras paredes, había cuadros muy similares a los del despacho de Cam Hillier en Sídney, con caballos y barcos pesqueros.

La alfombra era azul y las sillas que había a ambos lados del escritorio eran de cuero color azul. Liz y Cam se sentaron allí.

–No sé cómo consigue dejar esto para ir a Sídney –señaló ella, mientras él le servía una taza de café de un termo–. ¿La casita de los animales fue idea suya?

–Más o menos –repuso él y se sirvió su taza–. A Archie siempre le han gustado los animales, así que se me ocurrió hacerle un sitio adecuado para ellos –explicó y bajó la vista–. Creo que también le ha ayudado a superar la pérdida de su madre.

Liz titubeó y, al fin, decidió no comentar el tema.

–Bueno, he venido a trabajar, así que… –comenzó a decir ella y se interrumpió al darse cuenta de cómo la estaba mirando su jefe: de brazos cruzados y con un brillo de picardía en los ojos…

Entonces, la conversación del coche volvió a su mente. De golpe, recordó lo que habían estado hablando antes de que ella se sintiera cautivada por el entorno y antes de que Archie llamara su atención con la casita de los animales.

Liz cerró los ojos y notó cómo se sonrojaba.

–Dejemos el tema, señor Hillier. Me niego a hablar de esto.

–¿Por qué? No podemos negar lo que sucedió.

–Fue una aberración –repuso ella con tono frío, tomando de nuevo el papel de dama de hielo.

Él sonrió… con una mezcla letal de seducción y picardía.

–¿Crees que sólo fue una casualidad pasajera?

–Bueno… –contestó Liz, pensando rápido–. Acababan de dejarle sin previo aviso. ¿Tal vez fuera por eso?

–En esos momentos, no era Portia lo que yo tenía en la cabeza –

aseguró él, tamborileando los dedos sobre el escritorio. Se encogió

de hombros–. Puede que suene…

–Suena como si ella no le hubiera importado nada –le interrumpió Liz.

–Portia pensaba que, a cambio de sus… encantos, podría convencerme para que invirtiera en una línea de ropa. De bañadores, para ser exactos. Tenía pensado diseñarlos y, sin duda, posar con ellos

–explicó él con tono seco–. Cuando estudié el mercado, descubrí que estaba saturado y que no sería un buen negocio. A pesar de que yo nunca le había prometido nada, a ella le pareció que yo… me había aprovechado.

Liz parpadeó.

–Pareces sorprendida –comentó él, arqueando las cejas.

–Lo estoy –confesó ella.

–¿Creías que Portia estaba furiosa conmigo a causa de otra mujer? –preguntó él, con cierto tono burlón.

Liz se mordió el labio, sintiéndose molesta por su tono.

–Bueno… sí. ¿Pero de veras esperaba que ella siguiera saliendo con usted?

Cam Hillier se pasó la mano por el pelo con gesto compungido.

–Sí… me equivoqué –admitió él–. Creí que, al menos, Portia confiaría en mis razones para no invertir –añadió y se encogió de hombros.

–Entiendo –replicó ella, incómoda por no saber qué otra cosa podía decir.

Cam se apoyó en el respaldo y esbozó una débil sonrisa.

–Todo ha terminado entre nosotros.

–¡Pues ayer no lo parecía! –puntualizó ella.

–Pero así es. Créeme –afirmó él con gesto serio.

Liz se estremeció al ver cómo él apretaba la mandíbula y supo que no tenía razón para dudarlo.

–Aunque estoy seguro de que Portia no tendrá dificultades para encontrar a otra persona –adivinó él e hizo una pausa, clavando su penetrante mirada en Liz–. Y es probable que tarde menos que yo, ya que tú te obcecas en comportante como la dama de hielo.

Liz abrió la boca sorprendida.

–¿Cómo…?

Cam se encogió de hombros.

–Nos conocemos desde hace casi un mes. Sé muy bien cuándo representas el papel de mujer inaccesible.

Liz parpadeó varias veces sin saber qué decir y abrió la boca, sin conseguir articular palabra.

–No te preocupes, lo dejaremos por ahora. ¿Qué tal se te dan los caballos?

Liz tardó un momento en responder, por lo inesperado de la

pregunta.

–No sé por qué lo pregunta, pero me gustan los caballos.

Montaba de niña. Sin embargo, si va a preguntarme por los barcos pesqueros, nunca he ido en uno ni tengo intención de hacerlo.

–¿Por qué iba a preguntarte eso? –replicó él, arqueando las cejas.

Liz señaló a los cuadros de las paredes.

–Parece que siempre van de la mano en su trabajo. Caballos y barcos. Y, tal vez, como no sé de qué va esta conversación, creí que me lo preguntaría a continuación.

–No. Pero supongo que tienes razón. Las dos cosas son importantes para mí. Heredé una flota pesquera de mi padre y eso hizo posible que pudiera invertir en caballos.

Liz lo miró.

–¿Y lo de Shakespeare?

–¿Te has dado cuenta? –inquirió él, impresionado.

Ella asintió.

–Es por mi madre –respondió él–. A ella le encantaba Shakespeare.

–Ah –dijo Liz y se quedó un rato en silencio–. ¿Va a decirme por qué me ha preguntado si me gustan los caballos? ¿Y por qué tengo la sensación de que me ha traído aquí bajo falsas pretensiones? –quiso saber, pensando que nada era lo que parecía.

–La verdad es que necesito contratar a alguien. ¿Te gustaría encargarte de dirigir este lugar, Liz?

Eso sí que no se lo esperaba ella, que se quedó sin palabras.

–No es un empleo de ama de llaves, sino logístico –continuó él–.

Uso mucho la casa para hacer fiestas. Tengo un buen equipo de criados, pero necesito que alguien se encargue de coordinar las cosas aquí y en los establos.

–¿Y… eso? –balbuceó ella, perpleja–. Yo no soy experta en caballos.

–No se trata de lo que hagas con los caballos en sí. Tenemos tres sementales y veinte yeguas. Además, vienen yeguas de fuera para ser montadas y tienen aquí a sus potros. Todo el papeleo necesario para llevar registro de ello es muy trabajoso. Así como comprobar el pedigrí de las posibles yeguas para nuestros sementales. Necesito a alguien que pueda organizarlo todo en un programa informático.

Liz respiró hondo, sin decir nada.

–Tengo que liberar al encargado de los establos y a los criadores de caballos del papeleo y, de paso, librarles de toda la gente que entra y sale a todas horas de aquí.

–Ah –fue lo único que consiguió decir Liz.

Cam le lanzó una breve mirada irónica y continuó:

–Hay una cómoda casita para empleados que iría con el empleo, lo bastante grande para ti, para Scout y para tu madre. Incluso tienes aquí

un amigo para Scout, Archie –señaló él, mirándola con intensidad.

–Pero… –comenzó a decir ella y se aclaró la garganta–. ¿Por qué yo?

–Me has impresionado –afirmó él y se encogió de hombros–. Eres tan buena como Roger o, incluso mejor. Creo que es una pena que derroches tu talento como secretaria. Tu capacidad organizativa y tu don de gentes son muy adecuados para el puesto que te ofrezco.

–Yo… –balbuceó ella y respiró hondo–. No sé qué decir. No me lo esperaba.

–Hablemos del sueldo, entonces –continuó él y le hizo una oferta más que generosa.

Y difícil de rechazar…

–Tendremos un periodo de prueba de tres meses –prosiguió él y sonrió–. Así podrás comprobar si echas de menos demasiado la ciudad o lo que sea.

–Si no traigo a mi madre… –comenzó a decir ella, deteniéndose a mitad de frase.

–¿Por qué no ibas a traerla?

Liz le contó lo de la nota que había encontrado en casa.

–Ha sido muy buena conmigo, pero yo sé que a ella le encantaría ocuparse de ese encargo. Me gustaría que pudiera hacerlo… pero no sé cómo –confesó Liz y meneó la cabeza–. Si se viene aquí, tampoco va a poder dedicarse a lo que le gusta.

–Podrías compartir la niñera de Archie para que cuide a Scout.

Liz se quedó mirándole, llena de incertidumbre.

–¿Por qué lo hace… en realidad? ¿Qué es lo que espera de mí a cambio?

–¿A qué te refieres? –preguntó él en tono apenas audible.

–¿Incluiría el empleo acostarme con mi jefe?

Sus miradas se entrelazaron y Liz percibió cómo la expresión de él se endurecía.

–Querida Liz, si crees que tengo que llegar tan lejos para conseguir eso, te equivocas.

–¿Qué quiere decir?

–Sabes tan bien como yo que, si nos diéramos la mínima oportunidad, ninguno de los dos podría resistirse. Pero, si prefieres continuar caminando por la vida sola, adelante –añadió él con tono duro.

Liz apretó los dientes.

–Es usted quien lo ha dicho –replicó ella, acalorada.

–Al menos, soy honesto.

–Yo no soy deshonesta.

–Es verdad –repuso él y se quedó esperando su respuesta.

Ella apretó los dientes.

–Lo que quiero decir es que algunas personas creen que ser madre soltera significa ser… una mujer fácil.

Liz pensó que Cam Hillier no podría sorprenderla de nuevo con su respuesta. Pero se equivocó.

–Sé bastante sobre madres solteras. Mi hermana lo era y, por eso, comprendo por lo que estás pasando, Liz Montrose.

Ella abrió la boca. Y la volvió a cerrar. ¡Así que aquello explicaba la acogida comprensiva que él le había mostrado cuando le había contado su historia!

–Y, para ser completamente honesto, también creo que serías una buena influencia para Archie –señaló él–. Yo no puedo estar con él todo lo que debería. Empieza el colegio el año que viene, así que nos distanciaremos todavía más. Quiero que este último año antes de ir al colegio sea memorable para él. Quiero que sea feliz.

–Usted no sabe… ¿Cómo sabe que yo sería buena para él?

Cam se apoyó en la silla.

–Te he visto con él hace un momento. Desde el primer momento en que hablaste de tu hija, sé lo mucho que significa para ti. Se te ilumina la cara sólo con decir su nombre.

–De todas maneras… ¡Es todo demasiado rápido!

–La habilidad de darme cuenta de las cosas y tomar decisiones rápidas es, en parte, el secreto de mi éxito.

–Qué modesto –se burló ella.

–Lo sé –replicó él con un brillo de humor en los ojos.

–Bueno…

–Con permiso… –dijo una mujer en la puerta, interrumpiéndolos–.

La comida está lista, señor Hillier. La he servido en la cocina, si le parece bien.

Cam Hillier se levantó.

–Muy bien, señora Preston. Gracias.

Era una cocina enorme, con paredes de ladrillo y el suelo de madera. Había plantas en vasos con agua junto a la ventana y un gran armario antiguo albergaba una colección de porcelana china. Todos los electrodomésticos eran modernos, de acero inoxidable.

Había una mesa en un lado de la habitación, con seis sillas.

La señora Preston, con aspecto saludable, cabello gris y mejillas sonrosadas, comenzó a servir filetes con patatas asadas con crema amarga y cebollinos. También, había una ensaladera repleta de lechuga, tomate y pepino, junto a una cestita con pan caliente.

Los filetes, marinados y asados con champiñones, desprendían un aroma muy tentador.

Y había una botella de vino tinto abierta sobre la mesa.

–¿Tienes hambre? –preguntó él mientras se sentaban.

–Acabo de darme cuenta de que tengo mucha –confesó ella y miró a

su alrededor–. ¿Dónde está Archie?

–En el dentista. Ha ido a una revisión –contestó Cam–. Señora Preston, ¿puedo contarle a la señorita Montrose lo que me dijo usted por teléfono hace un par de días?

La señora Preston parpadeó, mirando a Liz.

–Claro.

Cam tomó la botella de vino y sirvió dos vasos.

–La señora Preston trabaja desde hace años como ama de llaves y cocinera, todo en uno –explicó él y levantó el vaso en un gesto de brindis antes de continuar–: Tal vez quiera usted contárselo en persona, señora Preston.

El ama de llaves entrelazó las manos y miró a Liz.

–Llamé al señor Hillier hace un par de días porque sabía que lo comprendería –indicó la señora Preston y le lanzó una mirada llena de afecto a su jefe–. Me estoy haciendo mayor y me gustaría concentrarme en la cocina. Siempre me ha gustado elegir yo misma los ingredientes que necesito, pero comprar provisiones para una casa tan grande, con tantas fiestas como celebramos, es demasiado trabajo para mí. Preferiría hacer una lista y pasársela a alguien –confesó e hizo una pausa–. No quiero tener que preocuparme más por el estado del armario de los manteles o por si necesitamos más servilletas. No quiero tener que ocuparme de contratar y despedir gente, ni de contar la cubertería de plata para comprobar que no se hayan llevado nada, ni dudar si les di a los mismos invitados el mismo menú la última vez que estuvieron aquí, porque me olvidé de escribirlo. Me gustaría que hubiera alguien que pudiera coordinarlo todo –añadió con tono esperanzado.

Cam miró a Liz con gesto interrogativo. Y ella se dio cuenta de que la oferta de trabajo no había sido algo que él se hubiera sacado de la manga. La necesidad de cubrir el puesto era real. Por otra parte, estaba claro que Cam Hillier era un jefe querido por sus empleados. No sólo la señora Preston, sino también Molly Swanson y unos cuantos más que había conocido…

–Creo que, al margen de la decisión que yo tome, sería criminal sobrecargarla con esas tareas por más tiempo, señora Preston –

comentó Liz tras tragarse un delicioso pedazo de carne–. Esta comida

es una de las más exquisitas que he comido.

–Gracias, señorita Montrose –repuso el ama de llaves y, antes de retirarse, añadió–: Archie está muy emocionado con usted. Dice que tiene una hija pequeña, ¿es cierto?

–Sí –confirmó Liz–. Tiene casi cuatro años.

–Éste es un lugar estupendo para los niños.

–Por ahora, ¿qué opinas? –preguntó Cam Hillier mientras

caminaban juntos a los establos después de comer.

Una ligera brisa atemperaba el calor del sol y removía el aroma a hierba y a caballos.

–N-no sé qué decir –confesó ella.

–Por si te preocupa que sea un puesto de ama de llaves disfrazado, puedo asegurarte que no sólo estarás a cargo del funcionamiento interno de la casa, sino también de los jardines… de todo –afirmó él.

–¿No cree que el puesto sería más adecuado para un hombre? – sugirió ella–. Me refiero a un hombre que pueda… –balbuceó y miró a su alrededor, sin saber cómo explicarse–. Bueno, arreglar vallas rotas y esas cosas.

–Un hombre que pueda arreglar vallas no podría llevar la casa.

Sin embargo, una mujer con ojo crítico y la habilidad de contratar a los empleados que necesite podría llevar a cabo ambas cosas –señaló él e hizo una pausa–. Además, es importante que sea una mujer que no se deje engañar.

–Me hace usted sentir como si fuera un sargento. Siento haberle tratado así en alguna ocasión, pero se lo merecía.

–Acepto tus disculpas –repuso él con tono grave–. ¿Por dónde íbamos? Sí. La casa necesita algunas reformas. Además, está lo del programa de ordenador para llevar registro de los caballos.

Liz se quedó en silencio.

–Quedaría bien en tu currículum –continuó él–. Encargada de la finca Yewarra.

–En el caso de que aceptara, ¿cuándo querría que comenzara?

Él la miró con expresión socarrona.

–No antes de que Roger regrese y te tome el testigo. Y puede ser que necesites algunos días libres para organizarte. Ya estamos aquí.

Los establos estaban rodeados de petunias y el aire olía a estiércol y paja fresca. Tenían una gran actividad y, al ver a tantas personas trabajando allí, Liz comprendió lo que su jefe había querido decir con que entraba y salía mucha gente de la finca.

Dentro, en la oficina, había un tipo muy alto de unos cuarenta años, con cabello rubio, pecas y todo el aspecto de ser un hombre de acción, sentado delante de un ordenador. Parecía a punto de arrancarse los pelos.

Bob Collins, el jefe de los establos, los saludó a ambos con aire distraído.

–Me he perdido de nuevo –informó Bob–. ¡Todo el maldito programa parece haber desaparecido en una especie de agujero negro informático!

Cam miró a Liz. Ella sonrió, tomó una silla y se sentó junto a Bob.

Tras unas cuantas preguntas, empezó a teclear en el ordenador. En cuestión de minutos, restauró el programa.

Bob la miró a la cara por primera vez desde que habían entrado, le dio una palmadita en la espalda y se dirigió a Cam.

–No sé de dónde la has sacado, pero ¿puedo quedármela? Por favor…

Cam sonrió.

–Tal vez. Tiene que tomar una decisión.

Liz y Cam estaban caminando de regreso a la casa, en silencio, perdidos en sus propios pensamientos, cuando el teléfono de él sonó.

–Sí. Ajá… ¿Esta tarde? Bueno, de acuerdo, pero dile a Jim que tendrá que regresar luego directamente a Sídney.

Después de colgar, Cam miró a Liz.

–Cambio de planes. Nuestro consejero legal necesita verme de inmediato. Va a venir en el helicóptero de la compañía y se quedará a pasar la noche. Yo…

–¿Cómo voy a ir a casa? –preguntó Liz, agitada.

–No tengo intención de secuestrarte –repuso él con tono cortante–. Puedes volver en el helicóptero.

–¿Perdón? –murmuró Liz, poniéndose roja.

Cam se detuvo y posó una mano en el hombro de ella.

–Si de veras no confías en mí, Liz, es mejor que disolvamos nuestra relación profesional ahora mismo.

Ella respiró hondo e intentó recuperar la compostura.

–No he tenido tiempo de preguntarme si confío en usted o no…

Estaba pensando en mi madre y en Scout. Nunca he pasado la noche lejos de ellas.

Cam apartó las manos y pareció a punto de decir algo. Sin embargo, siguió caminando hacia la casa en silencio.

Liz titubeó. Y lo siguió.

Más tarde, el helicóptero, azul y blanco, aparcó al otro lado de la casa. El consejero legal bajó, con aspecto de estar bastante agobiado.

Liz también se sentía agobiada mientras esperaba para subir a bordo. Antes, había estado todo el rato en compañía de la señora Preston, que le había mostrado la casa. Era imposible no estar impresionada… sobre todo por el ala infantil del edificio. La sala de juegos era el sueño de cualquier niño, con personajes de cuento adornando las paredes e incontables juguetes. Había, también, tres dormitorios y una pequeña cocina…

En ese momento, Cam Hillier estaba parado junto a ella, con aspecto tranquilo y relajado. Archie estaba con él y era obvio que el pequeño estaba encantado con el cambio de planes.

–¿Puedo tomarme un tiempo para pensarlo? –preguntó Liz.

–Claro –repuso Cam y se acercó a su consejero legal–. Buenos días, Jim. Ésta es Liz, pero ya se va. Sube, Liz.

¿Era eso todo?, se preguntó Liz mientras subía al vehículo. Se sentó

y comenzó a abrocharse el cinturón.

Entonces, se detuvo de golpe.

–Espere un momento –le pidió Liz al piloto–. Olvidé preguntarle…

¿Puede esperar?

–Como desee.

Cuando Liz se desabrochó el cinturón de seguridad y salió, los dos hombres la miraron sorprendidos.

–Señor Hillier… Olvidé preguntarte a qué hora llegará mañana a la oficina.

–Ahora mismo no lo sé, Liz.

–¡Pero he fijado algunas de las citas que tenía hoy para mañana!

–Entonces, puede que tengas que cambiarlas otra vez.

–¿Y qué les digo esta vez?

–Lo que quieras –contestó su jefe, encogiéndose de hombros.

Liz respiró, furiosa, pero intentó mantener la calma.

–De acuerdo. ¡Les diré que se ha ido a pescar!

Dicho aquello, ella se dio media vuelta y se subió al helicóptero.

–Podemos irnos ya –informó ella al piloto, roja de furia.

El piloto la miró con una sonrisa en los labios.

–¡Ha estado muy bien lo que le ha dicho!

–¿Crees… crees que es un jefe difícil?

El piloto inclinó la cabeza mientras ponía el motor en marcha.

–A veces, pero a fin de cuentas es el mejor tipo para el que he trabajado. Creo que todos pensamos lo mismo.

Esa noche, Liz le contó a su madre lo que había pasado, incluido el comentario del piloto.

–Parece que todos sienten gran reverencia hacia él, mamá. Por lo menos, es lo que he visto en su ama de llaves, en el encargado de los establos y en Molly Swanson. Puede ser un jefe difícil, pero la gente lo admira y lo respeta. Su sobrino lo adora –explicó Liz y meneó la cabeza, intentando poner en orden sus pensamientos–. No me esperaba que el señor Hillier tuviera ese carisma con los niños, de verdad me ha sorprendido.

–Acéptalo –aconsejó Mary de forma impulsiva–. Acepta el trabajo.

Lo digo porque me parece una buena oportunidad profesional. Si no te gusta, siempre puedes volver a lo de antes. Además, el dinero te va a venir muy bien. ¡Y yo iré contigo!

–Mamá, no –replicó Liz y le explicó lo de la nota que había leído–.

Si acepto, será en parte para que puedas tener una vida propia y hacer lo que más te gusta.

Mary siguió en sus trece con obcecación y continuaron discutiendo un poco más hasta que Liz consiguió convencerla.

Cuando se fue a la cama, no podía dejar de pensar en Archie y en la nueva imagen que había visto de su jefe.

No había duda de que Cam Hillier podía ser muy arrogante… pero cuando estaba con su sobrino era un hombre diferente. Y muy atractivo…

Sin saber que acababa de ser catalogado como multimillonario arrogante, Cam Hillier estaba pensando en Liz poco antes de acostarse.

Se sirvió una copa y se fue al estudio. Su consejero legal acababa de irse a la cama.

Al recordar el berrinche que había tenido ella al subirse en el helicóptero, Cam sonrió.

Era una mujer muy capaz e inteligente. Y atractiva… Recordó su esbelta figura, con los vaqueros y el suéter que había llevado puestos, y su grácil forma de caminar…

Pensó en su fría mirada azul, capaz de atravesar a cualquiera y, al mismo tiempo, en lo cálida que podía mostrarse, como cuando había estado en los jardines con Archie.

Sin embargo, no debía dejarse llevar por aquel tren de pensamientos, se dijo Cam. Ella tenía muchos traumas por resolver.

Sin duda, su condición de madre soltera tenía la culpa, caviló él, recordando con tristeza a su hermana Amelia, la madre de Archie…

Con un suspiro, Cam posó la atención en los cuadros de la pared: caballos, barcos y Shakespeare. Y se fijó en un barco en particular, el *Miss Miranda*, que había sido el primero que sus padres habían comprado.

Encogiéndose de hombros, se sentó detrás del escritorio y sus pensamientos volaron hasta los días en que había vivido con sus padres.

Debían de haber sido una pareja curiosa cuando se habían casado: una chica de una familia noble venida a menos y un alto bosquimano que había crecido en Cooktown, al norte de Queensland, con el mar en las venas y el sueño de poseer una flota pesquera.

De hecho, a la familia de su madre, los Hastings, le había parecido una pareja tan poco convencional que había repudiado a su madre. Todos, excepto su tía Narelle. De todos modos, sus padres habían estado muy enamorados hasta el día en que habían muerto… juntos.

Su amor les había acompañado en todos sus obstáculos y tribulaciones… todos los días que habían pasado en el mar, impregnados de olor a diesel y a pescado, en barcos que se estropeaban a menudo. Y todos los días que habían soportado juntos el calor tropical de Cooktown, cuando los barcos habían estado anclados por ser la estación baja. Y cuando la pesca había sido tan pobre como para dar ganas de llorar…

De forma milagrosa, su madre había sido capaz de convertir cada lugar en su hogar… aunque sólo fuera con su cálida sonrisa y poniendo unas flores silvestres en un vaso, o un pequeño arreglo de conchas. Y lo

había hecho a pesar de no tener una casa en condiciones, ni jardines, como había tenido cuando había sido niña. Y su padre, incluso cuando había estado agotado hasta lo más hondo de su ser, siempre había sido capaz de alejar la sombra de la tristeza de su madre.

Siempre había sabido cómo hacerla feliz… a veces sólo con una simple caricia en el pelo.

Cam apuró su bebida y le dio vueltas al vaso entre los dedos.

¿Por qué, cada vez que pensaba en sus padres, se sentía un poco…? Se sentía un poco como si su propia vida fuera la nota discordante de la melodía.

¿Sería porque, aunque había continuado con su trabajo y había formado un gran imperio a partir de él, no tenía lo que ellos habían tenido?

Por otra parte, le acompañaba siempre el recuerdo de su hermana, Amelia, que había amado con todo su corazón y había sido abandonada. Desde entonces, ella no había vuelto a ser la misma.

Si aquello no era suficiente para hacerle desconfiar del amor y sus desastrosas consecuencias…

Lo habían demostrado todas las mujeres que lo habían perseguido por su dinero, pensó, haciendo una mueca.

Era extraño admitirlo, pero en el fondo de su corazón, Cam desconfiaba tanto del amor como la señorita Liz Montrose.

Colocándose las manos detrás de la cabeza, Cam se preguntó si él tendría la culpa… si sería problema suyo esa sensación de discordancia en su vida. ¿Tenía demasiadas expectativas respecto a las mujeres? ¿Era por eso por lo que había dejado de buscar a su mujer ideal? ¿Estaría su punto de vista empañado por la tragedia que había vivido su hermana?

Y, por otra parte, se sentía un poco frustrado porque no creía estar haciéndolo bien con Archie.

Sí, podía darle todo lo que el dinero podía comprar, podía hacerle una casa para los animales… pero su tiempo era más difícil de prodigar.

De pronto, Cam se incorporó en la silla de un brinco, al darse cuenta de que no era sólo Archie quien necesitaba más de su tiempo.

Él mismo se había encajonado en un hábito de trabajo y la adquisición de más y más poder le parecía, en ocasiones, como estar atrapado en una camisa de fuerza. Sin embargo, no sabía cómo salir de ella.

Sumido en sus pensamientos, se quedó mirando al frente con aire ausente.

¿Sería todo por causa de no tener una mujer a su lado ni una familia?, se preguntó y, de pronto, sintió un nudo en la garganta.

¿Sería por eso por lo que quería asegurarse de no perder de vista a

Liz Montrose? Lo cierto era que había algo más que una atracción física imposible de negar. ¿Acaso, muy en su interior, albergaba el plan de crear una unidad familiar con ella, su hija y Archie?

¿Pero qué sucedería si la dama de hielo resultaba no derretirse?

¿Y si acababa siendo la única mujer que quería, pero no podía tener?

Capítulo 5

LIZ LLEGÓ tarde al trabajo a la mañana siguiente… gracias a una rabieta de Scout, algo muy poco habitual en ella. No había querido vestirse, ni había querido desayunar, no había querido hacer ninguna de las cosas que hacía todos los días.

Como la pequeña no había tenido fiebre ni otros síntomas, Liz había pensado que su hija habría captado su estado de ánimo inquieto después de otra noche de insomnio.

–Vete –había indicado Mary–. Bueno, termina de vestirte primero.

La niña estará bien conmigo. Y recuerda lo que te he dicho –había añadido.

Así que Liz se había terminado de vestir a toda prisa, eligiendo un vestido sencillo negro, con cuello cuadrado, cinturón y falda corta. Se había puesto unos zapatos de tacón, dos pulseras y el bolso para salir corriendo a tomar el autobús.

Sólo llegó quince minutos tarde, y eso después de pasarse por el baño para ponerse el maquillaje y retocarse el pelo. Por eso, se llevó una sorpresa cuando Molly Swanson le dijo, al verla entrar, que su jefe la estaba esperando.

–¿E-esperando? –balbuceó ella–. No creí que él fuera a venir hoy.

Al menos, no por la mañana.

–Lleva aquí una hora. Agarra la agenda –recomendó Molly.

Liz obedeció y, tras respirar hondo varias veces, llamó a la puerta del despacho de Cam Hillier y entró.

Él estaba hablando por teléfono y, al verla, la indicó con la mano que se sentara.

Liz dejó la agenda sobre la mesa y aprovechó que él estaba hablando de espaldas a ella para recomponerse lo mejor que pudo.

Se colocó el pelo detrás de las orejas, se alisó la falda y cruzó los tobillos. Hizo algunos discretos ejercicios faciales, enderezó los hombros y entrelazó las manos sobre el regazo.

–¿Lista?

Ella levantó la vista y, avergonzada, se percató de que, al parecer, Cam Hillier llevaba un tiempo observándola. No se había dado cuenta de cuándo había terminado la llamada.

–Eh… sí. Siento llegar tarde.

–¿No esperabas que me presentara en la oficina?

–No ha sido por eso. Scout se ha portado un poco mal –explicó ella–. Además, no esperaba que usted estuviera aquí –reconoció.

–He decidido que no quiero que me tomen por un tipo que lo deja todo para irse a pescar –dijo él tras un silencio.

Liz se sonrojó un poco.

–Yo… no les habría dicho eso –murmuró ella.

–Ayer por la tarde, sí lo habrías dicho.

Liz se retorció incómoda, sin decir nada.

Él se puso en pie y se acercó a las ventanas.

–¿Has tomado alguna decisión?

–Bueno, lo he hablado con mi madre y ella… –comenzó a decir Liz y se interrumpió, carraspeando–. No. *Yo* quiero aceptar el puesto… si usted no ha cambiado de idea.

–¿Por qué iba a hacerlo?

–Por lo que le dije ayer de irse a pescar –sugirió ella, haciendo una mueca.

Él esbozó una sonrisa fugaz.

–Fui muy poco considerado. Tal vez, me lo merecí. No, no he cambiado de idea. ¿Qué me decías? Parece que quieres que crea que eres tú y no tu madre quien ha tomado la decisión…

–Sí –admitió ella y bajó la vista–. Si le soy honesta, no podría rechazarla. Para empezar, me ayudará mucho en lo económico. Y será como trabajar desde casa y no tendré que trabajar a media jornada durante los fines de semana. Desde el punto de vista profesional, como usted ha señalado, será bueno para mi currículum. Me permitirá estar mucho más tiempo con Scout y… –enumeró e hizo una pausa, tragando saliva–. Sobre todo, me permitirá ser mejor madre a la vista de todos.

–¿En el caso de que el padre de Scout decida reclamarla?

Ella asintió.

–¿Se lo vas a decir a él?

–No, pero… –balbuceó Liz–. Se ha mudado a Sídney –añadió y le explicó cómo lo había averiguado–. Así que ésa es otra razón por la que prefiero vivir en otro sitio.

–No puedes seguir huyendo de él, Liz.

–Lo sé –admitió ella, extendiendo las manos–. Lo que pasa es que es más fácil así. Además, creo que un buen trabajo como el que me ofrece me hará tener mejor autoestima…

–¿Y tu madre? ¿Qué opina?

–Ella me apoya. Aunque me ha costado mucho convencerla de que se quede aquí y retome su trabajo de diseñadora de ropa. Pero tiene sólo cincuenta años y necesita tener una vida propia. Por supuesto, dice que vendrá a visitarnos… si a usted le parece bien.

–Claro –repuso él y apretó los labios–. ¿Tienes ganas, entonces?

Todas las razones lógicas para aceptar el trabajo no te van a servir de nada si, luego, odias el lugar o no te sientes cómoda allí.

–¿Odiar el lugar? –repitió Liz con tono burlón–. Eso iba a ser difícil.

–O si te sientes sola.

Sus miradas se encontraron cuando Cam pronunció esas palabras. Por la forma en que él lo dijo y por cómo la observaba, Liz se sintió atrapada en sus ojos.

Se humedeció los labios.

–Planeo estar demasiado ocupada como para sentirme sola.

Pero, de inmediato, Liz se dio cuenta de que ésa no era la respuesta correcta. No contestaba la pregunta indirecta que él le había hecho… La corriente eléctrica que cargaba el aire entre ellos estaba allí, envolviéndolos otra vez. Sin poder evitarlo, ella se preguntó cómo se sentiría si él la tomara entre sus brazos.

Al pensarlo, Liz notó cómo se le ponía la piel de gallina.

Entonces, las palabras de él resonaron en su mente. Sentirse sola, se dijo, tomando aliento.

Llevaba años sintiéndose sola, ansiando tener un amante y un compañero. Y no tenía ninguna duda de que Cam Hillier podía desempeñar ambos roles de forma brillante. ¿Pero cuánto tiempo pasaría hasta que otra Portia se cruzara por su camino?

–¿Liz? ¿Vas a seguir negándolo?

Ella se estremeció un momento. Al instante, se dijo que nunca había sido deshonesta con Cam Hillier y que no iba a empezar a serlo.

–¿Se refiere a si voy a negar que existe cierta atracción entre nosotros? No. Pero… –comenzó a decir ella e hizo una pausa–. No puedo dejar que me afecte. Ya he cometido un terrible error en nombre del amor, que terminó siendo sólo una atracción pasajera. Todavía no me he recuperado del todo y sigo hecha pedazos, no sólo mi corazón, sino también mi autoestima.

Liz se calló un momento, ignorando la terrible tensión que delataban sus ojos. Intentó quitarle hierro a la conversación.

–Igual cree que cinco años deberían haber bastado para superarlo, pero no es así –admitió ella y esbozó una rápida sonrisa–.

Además, si me disculpa, señor Hillier, usted también tiene lo suyo.

–Sigue –la invitó él con tono seco–. ¿O quieres que lo adivine?

¿Dudas de que mis intenciones sean honestas? –preguntó e hizo una pausa–. Te aseguro que no soy tan despiadado como para dejarte embarazada y abandonarte.

–Fui yo quien… lo dejó –susurró ella.

–Liz, ahora tienes veinticuatro años. Eso significa que sólo tenías diecinueve cuando sucedió, ¿no es así?

–Bueno, sí, pero…

–¿Cuántos años tenía él? –inquirió Cam–. Supongo que era mayor.

–Él… tenía treinta y cinco.

–¿Y quién era? No quiero nombres –puntualizó él con expresión tempestuosa–. ¿Quién era él para ti?

–Uno de mis tutores.

–Es una vieja historia, Liz. Un hombre mayor con autoridad. Una joven impresionable e ingenua. Él no debió desaparecer de tu vida sin mirar atrás cuando encontró a otra mujer.

Liz jugueteó con sus pulseras un momento.

–Mire –dijo ella con voz tensa–. Por la razón que sea, legítima o no, no estoy preparada para pasar por eso de nuevo.

–Entonces, ¿por qué aceptas el trabajo?

–Es la única oportunidad que se me ha presentado hasta el momento de salir del agujero en que Scout y yo nos encontramos. Y…

–¿Y?

–Puede que suene raro, pero al verle con Archie… me resultó más fácil decidirme. Sin embargo, si va a ser… –contestó ella y titubeó, deteniéndose a mitad de la frase.

–¿Va a ser qué? ¿Incómodo para mí? –adivinó él.

–Yo… no quiero… –balbuceó ella y se mordió el labio.

Cam Hillier se dejó caer en su silla.

–Tal vez, si me siento *incómodo*, pueda quemar energías cortando madera –sugirió él.

–En serio, igual es mejor que nos olvidemos de todo esto…

Cam la miró a los ojos con gesto frío y serio.

–No. Tú pareces convencida de poder manejar la situación, así que yo haré lo mismo.

–Sigo sin entender bien por qué me ha ofrecido el puesto si… –

comenzó a decir Liz y se interrumpió, sintiéndose impotente.

–¿Si no es para llevarte a la cama? –dijo él, terminando la frase por ella–. Creo que es por mi hermana. Su historia era parecida a la tuya. Estaba angustiada y sentía que había sido traicionada. Cuando Archie tenía tres años, murió en una avalancha en la nieve, cuando estaba esquiando.

–Oh. Lo siento.

Cam se encogió de hombros.

–Bueno, ¿entonces, aceptas, Liz Montrose?

Ella titubeó.

–No te preocupes. No te obligaré a hacer nada que no quieras.

Aquella promesa le provocó a Liz un escalofrío… aunque decidió ignorarlo.

–De acuerdo.

–Bien. Lo prepararé todo. Ahora, veamos qué tengo en la agenda para hoy.

Despacio, Liz tomó la agenda y repasaron las citas del día una por una. Luego, Cam Hillier le encargó varias cosas para los siguientes días.

Justo cuando iba a llegar a la puerta, Cam Hillier la llamó.

–Puedes hablar conmigo siempre que quieras… o lo necesites –

aseguró él en voz baja.

Liz se quedó mirándolo y, sin poder evitarlo, se le saltaron las lágrimas.

–Gracias –dijo ella con voz ronca–. Gracias.

Entonces, se dio medio vuelta, rezando porque él no se hubiera

dado cuenta de cómo la habían conmovido aquellas simples palabras de amabilidad…

Tumbada en su cama esa noche, Liz se preguntó, sin embargo, si había sido la inesperada amabilidad de su comentario lo que le había llegado al alma. No, debía de ser algo más. Algo que la atraía de manera irresistible.

Capítulo 6

UN MES después de empezar a trabajar en Yewarra, Liz se había acomodado en la casita de empleados, que no estaba lejos de la casa principal. Aunque era pequeña, era muy acogedora y tenía su propio jardín. Además, era bastante pintoresca, con plantas trepadoras verdeando las blancas paredes. Tenía también un balancín para dos personas, muy agradable para descansar bajo la sombra de los árboles.

Después de haber vivido toda la vida en un piso, Scout estaba encantada con el jardín. Y Liz estaba muy contenta porque podía trabajar desde su casa, después de haber convertido en despacho un cuarto. Así, podía vigilar a Scout por la ventana mientras la niña jugaba.

Por otra parte, Liz ganó una nueva sensación de libertad.

Aunque, a veces, aceptaba la invitación de la señora Preston para comer en la casa, también disfrutaba cocinando para Scout y para ella.

–¡Tú me tienes a mí y yo tengo a Jenny Penny! ¡Tenemos mucha suerte! –le había dicho Scout a su madre una mañana.

–Cariño, ¡tengo tanta suerte de tenerte que, en ocasiones, me cuesta creerlo! –le había contestado Liz, dándole un millón de besos.

En cuanto al trabajo, Liz sabía que estaba siendo observada, en una especie de periodo de prueba. La señora Preston y Bob, a pesar de ser muy amables y amistosos con ella, no dejaban de vigilar sus progresos, sobre todo en lo relativo a Archie.

A Liz no le molestaba. Le parecía lógico.

Mary había ido a visitarlas un par de fines de semana y parecía satisfecha con el cambio de vida de su hija y su nieta. Al mismo tiempo, a Liz le había encantado ver a su madre tan animada y llena de ideas para el vestuario que estaba diseñando. Además, sospechaba que había algún hombre en su vida, pues Mary había empezado a hacer comentarios sobre un tal Martin.

Mary también había visto a Cam un par de veces y había quedado impresionada. Era de esperar, pensaba Liz. Además, estaba segura de que su madre intuía algo sobre la atracción que su jefe despertaba en ella.

Mary no había dicho nada, sin embargo, y Liz se alegraba de no tener que hablar del tema.

En cuanto a sus nuevas tareas, había revisado todo lo que necesitaba reparación en la casa, reemplazando y renovando cosas.

Había hecho pavimentar de nuevo una parte del establo y se había encargado de supervisar en persona la reparación de las vallas de Yewarra.

Lo había hecho en una yegua muy tranquila que Bob le había

ofrecido para que montara siempre que quisiera. Y había gozado como una niña subiéndose al caballo y dejándose envolver por el

aroma y el paisaje.

Preparar un programa informático para llevar registro de los movimientos en el establo había sido fácil para ella. Además, Scout y Archie lo habían pasado en grande acompañándola a ver a los potrillos recién nacidos. Los niños les habían puesto nombres, observando sus progresos y cómo ganaban fuerza en cuestión de días.

También había tenido momentos de incomodidad, era cierto. De vez en cuando, las sombras del pasado habían enturbiado sus momentos de alegría y satisfacción…

Una voz en su interior solía decirle que no debía acostumbrarse demasiado a aquella felicidad. Ni debía sentirse demasiado a gusto, pues antes o después tendría que dejar aquello.

Sobre todo, había tenido aquellos pensamientos cuando Cam había estado en la casa, entreteniendo a sus invitados en alguna de sus fiestas. Una cosa era trabajar con la señora Preston para que todo saliera a pedir de boca. Y otra, muy distinta, era observarlo todo tras bambalinas, sintiéndose como una especie de Cenicienta.

Para colmo, no podía dejar de observar a su jefe… Y había desarrollado una especie de sexto sentido para adivinar cada vez que él estaba en casa. La piel se le ponía de gallina cuando que él estaba cerca…

Luego, estaba Archie.

Era un niño serio y sensible, con ojos grises y pelo moreno y rebelde, que se preocupaba por toda clase de cosas: cuando los cinco cachorritos de Wenonah se fueron a su nuevo hogar, se pasó todo el día sin comer y sin dormir. Cuando no podía estar con él, Cam le enviaba cartas, postales y todo tipo de regalos maravillosos desde distintas partes del país y del mundo. El pequeño las guardaba como tesoros en un armario de su dormitorio.

–No son cosas apropiadas para un niño de cinco años –le había comentado la niñera de Archie, revisando los tesoros del pequeño–. Por ejemplo, esto –había añadido, sacando un boomerang–. Archie no sabía que no se podía jugar con él dentro de casa y rompió una ventana. Se puso muy triste y el señor Hillier le encontró una canción de un boomerang que no regresaba. Cuando Archie la escucha, se anima mucho.

–La conozco –había contestado Liz, sonriendo. ¡Eso lo explicaba!, había pensado.

En cuanto a Scout, a pesar de que echaba de menos a su abuela, estaba encantada con Daisy Kerr, la niñera de Archie. Daisy era una joven práctica y responsable, con un toque de romanticismo e ingenuidad que la hacía perfecta para entrar en el mundo mágico de los niños.

Al principio, Scout había tenido un poco de recelo hacia Archie.

Era normal que él se comportara como el niño mayor de Yewarra, además de como propietario y arquitecto de la casita de los animales.

Scout lo había sobrellevado con resignación hasta el día en que Archie le quitó un juguete. La niña se puso a gritar como loca, intentando recuperarlo, y le pegó un empujón a Archie.

–¡Scout! –la reprendió su madre, levantando del suelo a Archie.

–¡Mío! –declaró Scout, agarrando el juguete con fuerza y dándole un puntapié al suelo.

–Bueno… –dijo Liz, sintiéndose impotente.

–De tal palo, tal astilla –comentó Cam, haciendo que Liz se volviera sorprendida.

–¡No sabía que estaba aquí!

–Acabo de llegar –explicó él, apoyado en el quicio de la puerta del cuarto de los juguetes–. Así que la pequeña Scout también tiene su genio, ¿eh?

–Parece ser que sí –contestó su madre, haciendo una mueca–.

Nunca la había visto reaccionar así –añadió y se giró hacia la pequeña–.

Scout, no debes portarte así. Archie, ¿estás bien?

–Seguro que sí, ¿verdad, Archie? –intervino Daisy–. Tenemos que ser todos amigos. Ya sé… vamos a ver a Wenonah y su cachorro.

Liz y Cam vieron cómo los tres se iban a los establos, en paz y armonía.

–Lo siento –dijo Liz–. Suelen llevarse bien, pero…

–No importa. A Archie le vendrá bien aprender cuanto antes que las mujeres pueden ser muy… impredecibles.

Liz abrió la boca, pero no dijo nada. Rió.

–Pero debe admitir que yo no voy por ahí dando empujones a nadie. Ni gritando.

Cam la miró con gesto de escepticismo y los dos se dirigieron juntos a la cocina.

–Bueno, tal vez lo haya amenazado una vez –admitió ella–. Pero usted me provocó. Además, no grité –añadió y no pudo evitar soltar una risita–. Aunque me habría gustado –admitió–. Bueno. Hay algunas cosas de las que quería hablarle. ¿Cuándo tiene tiempo para hacer un tour por la casa?

–Ahora estoy bastante cansado. ¿Qué te parece mañana por la mañana?

–Bien –repuso ella y lo observó con atención.

–¿Qué pasa?

–¿Se siente bien? –inquirió ella–. Le noto un poco bajo de energía y no es normal en usted.

Cam Hillier tamborileó los dedos sobre la mesa, se pasó la mano por el pelo y se frotó la mandíbula con barba incipiente. Se preguntó qué

diría ella si le contara la verdad, si le confesara que no podía dejar de pensar en ella. Y que soñaba con explorar los lugares secretos de su esbelto cuerpo, con llevarla al éxtasis una y otra vez.

Podía imaginarla sin aliento, empapada en sudor, hermosa, respondiendo con placer a sus caricias…

¿Cómo reaccionaría Liz si supiera que le estaba resultando un infierno contenerse?

Por otra parte, había pretendido comprobar si Liz encajaba en Yewarra y, por lo tanto, en su vida. Sí, había mantenido las distancias con ella durante el último mes, para darle tiempo a asentarse y porque le había hecho una promesa. Lo que no había esperado era que el círculo familiar se forjara tan rápido entre Liz, Scout y Archie, ni sentirse como un extraño en su propio hogar.

Tal vez, podía ir directo al grano y preguntarle a Liz si había cambiado de idea respecto a los hombres o respecto a él en particular, se dijo Cam. Sin embargo, debía tener cautela. No podía intentar acercarse a ella como una vaca en una cacharrería. De todos modos, sabía que no podía seguir ocultando lo que le inquietaba durante mucho más tiempo…

–Estoy bien. Gracias por tu interés –repuso él al final, aunque no pudo ocultar un ligero toque de ironía–. Mañana me tengo que ir otra vez –señaló. «Y, cuanto antes, mejor», pensó.

Liz se sentía bastante inquieta después de aquella conversación.

Inquieta e incómoda, aunque no sabía por qué.

A la mañana siguiente, Liz hizo con su jefe un tour por la casa, mostrándole las cosas que había hecho.

Él parecía descansado y tranquilo. Acababa de llegar de una operación de caza de ranas para llenar el estanque de la casa de animales con Scout y Archie, en un arroyo cercano.

–Ésta es la única habitación donde he empezado por rascar la pared –comentó ella, mientras estaban parados en la puerta de una terraza acristalada con vistas al valle. Era el lugar de encuentro para los invitados para desayunar y para tomar el té por la tarde. Por eso, era una zona que se usaba mucho y necesitaba algo de renovación.

Cam había dado el visto bueno a la remodelación de dos de los cuartos de invitados, la reforma de las cañerías de algunos baños y la nueva ropa de cama y de mesa que había encargado.

–Tengo aquí algunas muestras de una compañía de decoración de interiores –señaló ella–. Pero pensé que le gustaría a usted dar la última palabra.

–A ver.

Liz le enseñó los diseños, las fotos de muebles y las muestras de tela.

Cam los estudió un largo instante, sin llegar a decidirse por ninguno.

–Ya que no tengo esposa que lo elija por mí, ¿por qué no elijes tú?

–Porque no soy yo quien va a tener que vivir con la nueva decoración de la casa. Yo no… –balbuceó ella y se detuvo, mirándolo.

–¿No eres mi esposa? Eso ya lo sé, querida Liz –afirmó él, sin ocultar cierto matiz de ironía.

Su tono no le pasó desapercibido a Liz. Cuando iba a abrir la boca, la señora Preston irrumpió en la habitación.

–Liz, disculpe señor Hillier, quería preguntarte si la barbacoa se va a hacer al final esta tarde.

–¡Oh! –exclamó Liz y titubeó un momento. Miró a Cam–. Había pensado hacer una barbacoa para los niños en mi jardín. Lo hemos hecho un par de veces ya y les encanta. Pero igual usted prefiere estar solo con Archie…

–Lo que prefiero es que me invites a la barbacoa.

–Entonces, ¿no será necesario que cocine para usted esta noche, señor Hillier?

Cam arqueó las cejas, mirando a Liz.

–Eh… no. Quiero decir, sí… –balbuceó Liz e hizo una pausa, sintiéndose frustrada–. No, no es necesario que cocine, señora Preston.

Y sí, puede venir a la barbacoa, señor Hillier.

–¿Segura de que no será una molestia, señorita Montrose? –

preguntó él con tono formal.

–En absoluto –repuso Liz, un poco incómoda. Sabía que él se estaba riendo de ella con tanta formalidad–. Nos especializamos en pan con salchichas.

–¡Oh! –exclamó la señora Preston, mirándolos con gesto de consternación–. Mira, Liz, yo puedo echarte una mano… No le puedes dar al señor Hillier comida de niños.

–Sólo estaba bromeando, señora Preston –explicó Liz, rodeando a la cocinera con un brazo–. Déjeme pensar qué tengo –añadió e hizo un repaso mental de su despensa–. Tengo costillas y puedo preparar pasta con beicon y queso, y una ensalada. ¿Qué le parece?

La señora Preston se relajó y le dio una palmadita a Liz en la mejilla.

–Debí haber adivinado que lo decías en broma.

¿Lo decías en broma? –murmuró Cam cuando la señora Preston se hubo ido.

–¿Qué quiere decir? –replicó Liz.

–¿Estabas tomándole el pelo a la señora Preston? A mí me

pareció que tenías toda la intención de castigarme con una salchicha y un pedazo de pan.

Liz recogió los diseños de decoración mientras pensaba una

repuesta.

Por suerte, la salvó el sonido del móvil de él.

Cam se lo sacó del bolsillo con impaciencia.

–Roger, ¿no te he dicho que no me molestaras? ¿Qué? De acuerdo. Espera… no, te llamaré en un momento –dijo Cam al teléfono y colgó–. Señorita Montrose, sé que se alegrará de saber que queda libre para el resto de la tarde –señaló con tono seco–. Me ha surgido algo, como suele decirse.

–¿Malas noticias? –preguntó ella, sin pensarlo.

–No, a no ser que consideres una mala noticia la adquisición de otra compañía mediante delicadas negociaciones que precisan mi intervención.

Liz parpadeó confusa.

–Pero no suena usted muy contento.

Cam se encogió de hombros e hizo una mueca.

–Es más trabajo.

–Igual podría… trabajar menos –sugirió ella y, dejándose llevar, añadió–: ¿Para qué necesita adquirir otra compañía?

–Para nada. Pero se ha convertido en un hábito. Nos vemos a las cinco.

Liz se quedó mirándolo mientras salía de la habitación, presa de emociones conflictivas.

Cameron Hillier no merecía su compasión, pero… ¿Y si no era compasión? Tal vez, sentía por él una mezcla de admiración y…

Entonces, se sentó, frunciendo el ceño y pensando que el ritmo frenético de trabajo de su jefe podía ser una espada de doble filo para él. No le había entusiasmado nada la posibilidad de adquirir otra empresa. Había admitido que era una especie de vicio…

¿Tenía Cam Hillier problemas para relajarse? ¿Era incapaz de desconectar? Y, si así sucedía, ¿cuál era la razón?

Liz parpadeó varias veces, mientras reflexionaba que ella no era la única persona con una gran responsabilidad. De pronto, cayó en la cuenta de que Cam Hillier podía necesitar ayuda y aquella revelación le hizo sentirse más cerca de él. Le hizo querer ayudarlo.

¿Pero qué pasaba con lo que había experimentado… antes de sentir ese ataque de compasión por él? ¿Qué sucedía con la tensión sensual que los había rodeado? ¿Había desaparecido? En el mes que llevaba en Yewarra, él no había dado señales de sentirse atraído por ella durante sus visitas. Y ella se había esforzado en acallar, con éxito, sus propios sentimientos. O eso había pensado…

Si así era, ¿cómo y por qué se había abierto la caja de Pandora esa mañana, hablando de algo tan aséptico como la decoración de la casa?

Había sido cuando había mencionado que no era su esposa, recordó Liz de pronto. El mero pensamiento de ser su mujer había abierto los

diques de la sensualidad para ella.

Allí parada, contempló los diseños y muestras, sin poder sacarse de la cabeza un pensamiento recurrente: ¿por qué se sentía como una adolescente enamorada?

A pesar de que Liz estaba un poco nerviosa, temiendo otro tenso momento con Cam Hillier, la cena se desarrolló con tranquilidad… al principio.

Ella había cargado la barbacoa con papel y madera y se había asegurado de que la parrilla estuviera limpia. Había puesto un colorido mantel en la mesa del porche, con un ramo de flores que había recogido ella misma y había encendido algunas velas dentro de vasos, a pesar de que todavía no se había ido el sol, para añadir una nota festiva a la ocasión.

Se había duchado y se había puesto una camiseta gris de manga corta y vaqueros. Y, como solía hacer en esas ocasiones, había planeado un juego de busca del tesoro en el jardín para Archie y Scout.

A los niños les encantaba.

Como había prometido, había hecho las costillas, pasta y ensalada, además de salchichas. Había también una tarta helada de chocolate esperando en el congelador.

Aunque lo había dispuesto todo para cocinar ella misma en la barbacoa, cuando Cam llegó con Archie la convenció para tomar las riendas. Su jefe le sirvió un vaso de vino de la botella que había llevado y le dijo que se relajara.

Liz se sentó un poco incómoda al principio pero, poco a poco, la encantadora puesta de sol, el perfume del jardín y el canto de los pájaros surtieron su efecto y se fue relajando.

Cam era un buen cocinero y se le daba bien manejar la barbacoa, tuvo que reconocer Liz cuando las salchichas estuvieron listas. Nada estaba quemado ni demasiado crudo. Todo estaba en su punto.

Luego, llegó la tarta de chocolate con una sorpresa más. Liz había metido pequeñas bengalas de Navidad en el pastel y, cuando las encendió, los niños se quedaron embelesados viendo sus chispas.

–¡Vaya! ¡Esto sí que es una fiesta! –exclamó Archie–. No te asustes, Scout –añadió, al ver que la niña se metía el pulgar en la boca–. No queman… te lo prometo. ¡Yupi!

Agarrando a Scout de la mano, Archie bailó con ella por todo el jardín, hasta que la niña olvidó su miedo.

Sin embargo, aquélla no era la última sorpresa… aunque la

siguiente fue para Liz. Cuando los niños se hubieron terminado el postre y empezaron a bostezar, aunque intentaban ocultarlo, aparecieron la señora Preston y Daisy con la sugerencia de que Scout pasara la noche con Archie en la casa grande.

–Sí, por favor, por favor, mami –pidió Scout antes de que Liz tuviera

ocasión de hablar.

Archie se unió a su apasionada plegaria.

Así que Liz aceptó, aunque no muy convencida. Tomó el pijama de su hija y, cuando iba a acompañarla a la casa grande, la señora Preston la detuvo.

–Oh, no. Quédate aquí y disfruta. ¡Todavía no os habéis acabado el vino!

Así fue como Liz se encontró en el silencio de su jardín, a solas con Cam y con un vaso de vino en la mano. La luna estaba saliendo y la barbacoa emitía una pálida nube de humo. Varias luciérnagas sobrevolaban los macizos de flores.

Ella frunció el ceño.

–No tenían por qué llevárselos.

Cam pareció a punto de hacer algún comentario al respecto, aunque no fue así.

–Los niños se llevan bien –señaló él al fin.

–Supongo que tienen cosas en común. Los dos hablan muy bien para su edad, tal vez porque son hijos únicos y reciben mucha atención adulta –opinó ella–. Archie es un niño especialmente inteligente. Y

sensible.

–Creo que le encanta teneros a Scout y a ti por aquí. Parece… –

comenzó a decir él e hizo una pausa–. Sé que suena raro decir esto de un niño de cinco años, pero me da la sensación de que está más relajado.

–Menos cuando lo empujan –repuso ella–. Aunque ya no ha vuelto a pasar. Le he pedido a Daisy que lo impida.

–Creo que los dos niños han marcado sus territorios y sus límites

–observó él y la miró–. Igual que nosotros.

–¿Qué dirías si te sugiriera que modificáramos nuestros límites, Liz?

Ella abrió la boca para preguntarle a qué se refería, pero sabía que no serviría de nada. Lo cierto era que sus límites se habían ampliado por voluntad propia, hacía sólo unas horas.

–P-pensé que todo iba bien –balbuceó ella al final.

Capítulo 7

VA BIEN, Liz –afirmó él con tono seco.

–No irá bien si seguimos… –dijo ella y se interrumpió.

–¿Deseándonos? –adivinó él.

Liz le dedicó una mirada irónica.

–Querida Liz, no siempre eres fácil de comprender –señaló él–.

Por ejemplo, cuando llegué a tu jardín esta tarde, estabas fría como el hielo conmigo… como si quisieras mantener las distancias al máximo.

Como si estuvieras dispuesta a… sacarme los ojos si me acercaba demasiado.

Liz soltó un grito sofocado.

–¡Eso no es cierto!

Él se encogió de hombros.

–Pero estabas tensa.

Ella no pudo negarlo.

–¿No crees que ya es hora de que admitas que eres humana? –

sugirió él, observándola con atención–. Ya sé que sufriste una terrible traición, ¿pero no te das cuenta de que no puedes seguir rechazando cualquier atracción que sientas durante el resto de tu vida?

–¿Acaso… acaso…? –repuso ella con voz temblorosa–. ¿Acaso crees que estoy siendo melodramática o ridícula?

Por primera vez, Liz suprimió los formalismos y, sin siquiera darse cuenta, habló a su jefe de tú.

–Yo no he dicho eso, pero me parece que debes enfrentarte a ello. Lo único que quiero decir es que seas valiente.

–¿Y tenga una aventura contigo? –replicó ella con un nudo en la garganta–. Yo…

–Liz, yo no voy a dejarte embarazada y abandonarte –aseguró él–. No podemos seguir así. Yo no puedo seguir así. Te deseo. Sé que dije que no lo haría, pero… –añadió y se interrumpió, frustrado.

–Lo estropearíamos todo.

–¿Por qué?

Ella se humedeció los labios.

–Bueno, tendríamos que llevarlo en secreto y…

–¿Por qué diablos? Tú eres la única que no cree que pueda salir bien –señaló él, arqueando una ceja–. ¿Por qué crees que nos han dejado solos en un jardín a la luz de la luna?

Liz abrió los ojos como platos.

–¿Quieres decir que la señora Preston y Daisy…?

Él asintió.

–Las dos me han dado a entender que tú y yo hacemos buena pareja.

–¿Te lo han dicho así? –preguntó ella, estupefacta.

Cam meneó la cabeza con gesto divertido.

–No, pero a la menor ocasión aprovechan para alabar nuestras cualidades. Y lo mismo le pasa a Bob. Hasta a Harmish –aseguró él, refiriéndose a Harmish, el jardinero–. Me ha dicho que no estás mal para ser una chica. Eso es todo un cumplido, viniendo de él.

Liz apretó los labios, pensando en lo que debían de haber estado hablando a sus espaldas.

–Y Scout y Archie son demasiado pequeños como para que les afecte –prosiguió él–. Si quieres continuar con tu trabajo desde mi casa, no veo por qué no podrías seguir haciéndolo.

Liz se levantó y comenzó a dar vueltas por el jardín, con los brazos cruzados y el vaso en una mano.

Cam la observó en silencio.

–Liz –susurró él–. Tranquila. Por una vez, déjate llevar. Lo último que quiero es lastimarte –afirmó Cam, dejó el vaso en el césped y se levantó–. Dame eso –pidió y le quitó a ella su vaso de las manos. A continuación, la rodeó con sus brazos y la acercó a él con suavidad.

Liz se puso rígida pero, al mirarle a la cara bajo la luz de la luna, supo que no podía resistirse a él.

Titubeando, ella levantó la mano y le tocó la cara, junto a los labios. Un pequeño gesto que había deseado hacer desde hacía mucho tiempo. Igual que ardía en deseos de lanzarse a las llamas de la pasión con aquel hombre excitante y tentador…

Cam la besó en los dedos y le recorrió la espalda con las manos, luego le acarició las caderas. Con respiración entrecortada, ella se sintió recorrida por los más deliciosos temblores.

Entonces, él inclinó la cabeza y la besó.

Minutos después, Cam la tomó en sus brazos y la llevó al balancín. Se sentó con ella en su regazo.

–Perdona, pero llevaba tiempo queriendo hacer esto –confesó él–.

Y adivino que tú también. Tal vez, deberíamos concentrarnos sólo en eso, ¿no crees? –añadió, tomando la cara de ella entre sus manos.

Liz entreabrió los labios, con los ojos como platos.

Si se había sentido afectada por su presencia en las calles de Sídney, en su coche, en su despacho o en su casa, aquello no era nada comparado con las poderosas sensaciones que la recorrían en ese momento.

Podía sentir cómo su cuerpo se iluminaba al estar en contacto con Cam. Y, perpleja, reconoció la urgencia de echarse a sus brazos, entregarle su boca, sus pechos, todo su ser, para que él hiciera lo que quisiera con ellos.

Liz cerró los ojos y, cuando sintió los labios de él sobre los suyos, le rodeó el cuello con los brazos, acercándolo.

Cam le acarició el pelo y el cuello. Fue una sensación agradable.

Pero, cuando le deslizó la mano debajo de la camiseta y debajo del sujetador, fue más que agradable. Exquisito. Tanto que ella pensó que no lo podría soportar.

Como si lo hubiera notado, Cam apartó la mano y dejó de besarla un momento.

–Esto puede ser un juego de dos, ya sabes.

Liz sonrió y deslizó las manos debajo de la camisa de él.

El contacto le resultó delicioso. Su calidez la inundó al tocarlo. La sensación de intimidad le hizo olvidar todos sus años de soledad. La combinación de sus cuerpos, su intercambio de caricias era un maravilloso preámbulo al acto final que ambos ansiaban con desesperación.

Pero allí residía el peligro y Liz lo sabía. No sólo por las consecuencias que podía traerle… ella nunca dejaría que le volviera a suceder lo mismo que con el padre de Scout. Lo que le preocupaba eran las consecuencias intangibles, el hecho de entregarle su alma a un hombre que, tal vez, iba a deshacerse de ella después.

Liz titubeó entre sus brazos.

–¿Liz? –dijo él, levantando la cabeza. Sonrió–. No eres una dama de hielo en absoluto. En todo caso, lo contrario.

De golpe, ella se apartó y se puso en pie.

–¡Liz! –llamó él, intentando capturarla–. ¿Qué pasa?

Ella evadió sus manos y se recolocó la camiseta.

–Lo dices como si estuviera acostumbrada a hacer estas cosas.

–Yo no he dicho eso.

–No hacía falta –repuso ella, pasándose los dedos por el pelo.

–Liz, no seas ridícula –rogó él y se levantó también del balancín–.

Mira, sé que tienes razones para dudar de lo que los hombres puedan pensar de ti, pero…

–¡Claro que sí! –exclamó ella y dio unos pasos atrás–. Lo siento,

¡pero yo soy así!

–¿A pesar de que te enciendes como una bengala entre mis brazos? No –dijo él, mientras ella soltaba un grito sofocado–. No voy a disfrazar las cosas porque tú hayas tenido una mala experiencia.

–Haz lo que quieras, no me importa. ¡Me voy a casa! –gritó ella y salió corriendo.

Cam no hizo amago de seguirla.

A la mañana siguiente, Liz se miró en el espejo del baño y se encogió. Tenía ojeras, estaba pálida y parecía… atormentada.

Se dio una ducha caliente y se puso unos pantalones cortos azules y una camiseta blanca. Ni siquiera tenía a Scout para distraerse, pensó, mientras se hacía el café y se servía una taza.

Después del café se sentiría mejor, se dijo para animarse y tomó el teléfono para llamar a la casa grande. Dos minutos después, esperó a

que la señora Preston colgara y estampó el auricular contra el receptor, sin importarle lo más mínimo si el aparato no volvía a funcionar nunca más.

Se llevó el café a la mesa de la cocina y, para su espanto, se puso a llorar otra vez. Se limpió las lágrimas de los labios, intentando decidir qué hacer.

Su plan había sido ofrecerle su dimisión a Cameron Hillier por teléfono y no aceptar un no por respuesta. Sin embargo, eso no era posible, porque él se había ido de Yewarra la noche anterior, según la señora Preston.

¿Le había dejado algún mensaje? ¿Instrucciones? ¿Había dicho cuándo iba a volver? No, no y no, habían sido las respuestas de la señora Preston. Lo único que había dejado había sido una nota, diciendo que se iba.

Era típico de un hombre arrogante como Cam, reflexionó Liz con amargura. ¿Cómo podía haber ignorado que, con aquella sencilla observación, la había hecho sentir barata la noche anterior? ¿Cómo podía no saber que, cuando se entregaba a un hombre, no era sólo para tener sexo? Ella se entregaba en cuerpo y alma. Así era y la difícil experiencia que había vivido se lo había demostrado.

Por otra parte, ¿acaso tenía derecho su jefe a estar enfadado con ella?

Intentando detener sus pensamientos, Liz se puso en pie y se acercó a la ventana de la cocina. La mañana estaba nublada, tan gris como ella se sentía. No sólo gris, sino hundida y… sin esperanza.

¿Qué habría pasado si no se hubiera apartado de él? ¿Se habría pasado la vida temiendo que lo suyo se acabara y que Cam se fuera con otra mujer?

Encogiéndose por dentro, reconoció que no podía volver a sentirse segura con un hombre nunca más, aunque no fuera una decisión racional. Formaba parte de ella. Para Liz Montrose, no había término medio, admitió con amargura. ¿Podría cambiar algún día?

Siempre habría algo que se lo impediría. A menos que…

Mirando absorta por la ventana, Liz se dio cuenta de algo. ¡Claro!

Era su reputación lo que la inquietaba tanto. ¿Podría alguna vez soportar el hecho de vivir una relación informal con un hombre?

Además de eso, la situación no le daría la seguridad que necesitaba en caso de que el padre de Scout, que estaba sólidamente casado, quisiera reclamar a su hija.

Liz se abrazó a sí misma, intentando con desesperación encontrar alguna solución.

Si no aceptaba tener una aventura con Cam Hillier, ¿qué diablos podía hacer? ¿Irse de allí? ¿Dejar a Scout sin aquel lugar idílico?

¿Separarse de Archie? ¿Volver a vivir con su madre, que sin duda

había encontrado pareja y estaba disfrutando como nunca de su trabajo de diseñadora de moda?

¿Pero cómo podía quedarse?

Tomando el teléfono otra vez, marcó el número de móvil de Cam Hillier. No podía dejarlo colgado sin más. Tal vez, debía avisarle con una semana de antelación, para que pudiera organizarse.

La contestó el buzón de voz, informando de que ese día Cam Hillier no estaba disponible y que, si era algo urgente, debían contactar con Roger Woodward. Ni siquiera era su voz. Era la de Roger.

Liz apretó los labios mientras dejaba el teléfono. ¡De acuerdo! No le quedaba otra posibilidad más que seguir trabajando allí… al menos, por el momento.

Varios días después, Cam miró a su alrededor en su despacho.

Estaba ante un problema grave y lo sabía.

Acababa de firmar el documento de compra de otra compañía y no le importaba ni un pimiento.

Peor aún, odiaba haber añadido otra carga a su vida… una vida que ya estaba sobrecargada y llena de insatisfacción. Había tenido razón cuando se había preguntado qué pasaría si no pudiera tener a la única mujer que quería tener.

Se había convertido en un adicto al trabajo, más que nunca.

Se había transformado en un monstruo. Y…

Sumido en sus pensamientos, Cam lanzó el bolígrafo en la mesa y apretó los dientes. No había conseguido conquistar a Liz. Sabía que ambos sentían atracción física, que no era sólo por su parte. ¿Pero cómo podía convencerla de que había mucho más? ¿Cómo podía hacerla ver que la necesitaba?

Encogiéndose de hombros, pensó que Liz Montrose se había instalado en su corazón desde el momento en que la había sorprendido escalando por la pared de su casa. Así había sido y no había nada que él pudiera hacer para cambiarlo.

Y lo más irónico era que Liz amaba Yewarra y a Archie…

Cam regresó para hacer una fiesta en la casa.

Era una fiesta que había estado prevista desde hacía tiempo y se le había pasado por alto cancelarla. Liz y la señora Preston sólo habían sido avisadas con dos horas de antelación para prepararlo todo para seis invitados que se quedarían a pasar la noche.

En cuanto a sus problemas personales, es decir, cómo enfrentarse a Cam Hillier, Liz no tenía ni idea de la solución. Pero se consoló pensando que, al menos, podía quedarse tras bambalinas, como solía hacer siempre que él estaba con sus invitados.

Una hora antes de que se sirviera la cena, Liz se enteró de que ni siquiera tendría ese respiro.

Recibió una llamada urgente de la señora Preston con la noticia de

que Rose, la camarera que solían contratar para esas ocasiones, se había cortado una mano y no podía trabajar. El ama de llaves le pidió que dejara a Scout con Daisy esa noche y ocupara su lugar.

Liz titubeó un momento pero, por el tono de voz de la señora Preston, adivinó que la cocinera estaba muy agobiada.

–Claro –contestó Liz–. Deme media hora.

Liz se duchó, se puso un vestido corto negro y zapatos planos.

Dudó un momento delante del espejo del baño, se recogió el pelo en un moño apretado y no se maquilló. Pensó en ponerse gafas en vez de lentillas, pero decidió que no necesitaba llegar a esos extremos.

Luego, corrió a la casa grande con Scout y todo lo que necesitaba. A Archie le encantó el plan inesperado y salió a recibirlas muy contento.

Liz se agachó delante de él y le rodeó con su brazo. Scout se acercó y abrazó a su madre por el otro lado. Ella los besó en la frente.

–Buenas noches a los dos. ¡Que durmáis bien! –les deseó y los abrazó–. Los he llevado a correr por los pastos esta tarde y a ver a los potrillos, así que seguro que van a caer rendidos –le comentó a Daisy.

La señora Preston estaba parada en medio de la cocina, tiesa como una estatua, con los puños apretados y los ojos cerrados.

–¡Señora Preston! ¿Qué ocurre? –preguntó Liz al entrar y sorprenderla así–. ¿Está usted bien?

El ama de llaves abrió los ojos y estiró las manos.

–Estoy bien, querida. Debe de ser por el poco tiempo que hemos tenido para prepararnos, me he agobiado un poco. Y, por supuesto, me ha afectado que Rose se hiciera ese corte en la mano…

–Dígame qué hacer. ¡Entre las dos, podemos hacer cualquier cosa!

Aunque su voz sonó fuerte y descansada, Liz tragó saliva, admitiendo para sus adentros que no sabía quién estaba peor, si ella o la señora Preston.

–¿Qué delicia ha preparado para deleitar hoy a los invitados?

La señora Preston se esforzó en recuperar la compostura.

–Crema de puerros con picatostes, pato asado con tomates y mi flan de chocolate para postre. La mesa está puesta. Trincharé el pato y lo serviremos con las verduras en la mesa grande, al estilo bufé, para que cada uno se ponga lo que quiera. ¿Puedes ser tan amable de ir a ver cómo está la mesa, Liz? Ah, y lleva los canapés.

–¡A la orden!

La mesa del comedor estaba preciosa. Estaba vestida con un mantel de damasco color crema con servilletas a juego. Un centro de mesa de lirios azules adornaba el conjunto entre dos candelabros de plata.

Liz hizo un rápido repaso de la cubertería, los vasos y la porcelana y le pareció que no faltaba nada y todo estaba correcto.

Luego, llevó las bandejas con canapés a la terraza acristalada.

Había delicados bocados de caviar, negro y rojo, y de anchoas.

También, había aceitunas y pinchos de albóndigas, con una salsa picante en un salsero de plata. Había salchichón picante y pedazos de queso Edam. Y gambas que podían untarse en la salsa verde de un bol de cristal.

Al ver las gambas, Liz recordó que hacían falta servilletas para los canapés. Fue a buscarlas y corrió a la sala acristalada para llevarlas. No iban mal de tiempo, pero tenía la sensación de que cuanto menos tiempo dejara sola a la señora Preston esa noche, mejor.

Al dejar las servilletas, se giró y chocó de bruces con Cam Hiller.

–¡Vaya! –dijo él y la agarró de los hombros, como había hecho en una ocasión en las calles de Sídney.

A Liz le pareció que había pasado una eternidad desde entonces.

–¡Oh! –exclamó ella y, a pesar de su esfuerzo de no hacerlo, se quedó sin habla, mientras su cuerpo se estremecía como siempre que su jefe la tocaba.

–¿Liz? –preguntó él, frunciendo el ceño, con aspecto de no ser inmune a ella tampoco–. ¿Qué estás haciendo?

–Eh… –dijo ella y tomó aliento–. ¡Hola! Estoy sustituyendo a Rose.

Ha tenido un accidente… se ha cortado la mano.

Cam posó los ojos en su moño apretado y en sus zapatos planos.

–¿Vas a hacer de camarera?

Ella asintió.

–No te preocupes. ¡No me importa! La señora Preston necesita que alguien le eche una mano y…

–No –interrumpió él.

–¿No? Pero…

–No –repitió él.

–¿Por qué no? –preguntó ella, mirándolo confundida.

Cam llevaba una camisa blanca impecable y pantalones ajustados color caqui. Llevaba el pelo todavía húmedo de la ducha y Liz podía percibir su loción para después del afeitado con aroma a limón.

–Porque vas a asistir a esta cena como invitada.

Cam le quitó las manos de los hombros y, con una seguridad pasmosa, le soltó el moño de la cabeza y le entregó los pasadores.

Liz soltó un grito sofocado.

–¿Cómo…? ¿Por qué…? No puedes… ¡No puedo hacerlo! –le espetó ella–. No voy vestida para la ocasión –añadió y se quedó

callada, llena de frustración.

–Estás bien así –afirmó él, inspeccionando su vestido negro–. Tal vez, no es un atuendo impresionante, pero puede valer.

Ella se quedó con la boca abierta, cuando Daisy irrumpió en la sala, llamándola.

–¡Aquí estás, Liz! Oh, lo siento, señor Hillier… Estaba buscando a Liz para decirle que tenía razón. ¡Tanto Archie como Scout se han

quedado dormidos al momento!

–Una excelente noticia, Daisy –señaló Cam–. Daisy, tengo que pedirte un enorme favor –añadió–. Al parecer, andamos mal de empleados… ¿Te importaría ayudar a la señora Preston con la cena esta noche? Liz iba a hacerlo, pero yo quiero que asista a la cena.

A Daisy casi se le salieron los ojos de las órbitas, pero reaccionó con rapidez.

–Claro que no me importa. Pero… –comenzó a decir Daisy y miró a Liz con gesto ansioso.

–¿Estoy fatal así? –adivinó Liz.

–¡No, claro que no! –se apresuró a negar Daisy–. Siempre estás guapa. Aunque necesitas peinarte un poco. ¡Iré a por un cepillo! –

exclamó, se dio media vuelta y salió.

Liz se quedó sola de nuevo con su jefe, presa de una mezcla de perplejidad e incredulidad.

–¿Por qué haces esto? –preguntó ella con voz ronca por la sorpresa y la incertidumbre.

–Porque, si aceptas vivir conmigo, Liz Montrose, no quiero que nadie diga que antes eras mi criada. Lo digo por ti. A mí me da igual.

Cinco minutos después, con el pelo cepillado pero sin haberle respondido aún a su jefe, Liz fue presentada a los invitados como encargada de la finca.

Media hora más tarde, estaba sentada a la derecha de Cam, lista para sumergir la cuchara en la crema de puerro de la señora Preston.

La fiesta que había organizado con apenas tiempo estaba saliendo a la perfección.

Los invitados eran dos parejas de mediana edad, una vivaracha mujer de unos treinta años y el consejero legal de Cam. La conversación fluyó sin dificultades mientras se servía el pato y, poco a poco, Liz fue relajándose.

Luego, comenzaron a hablar de caballos, de cría, de carrera, de compra y de venta de animales.

Gracias al programa de ordenador que Liz le había instalado a Bob y su ayuda en los establos, la conversación no le resultaba del todo ajena. Incluso fue capaz de describir algunos de los potrillos que habían nacido en las últimas semanas.

Notó que la mujer vivaracha, cuyo nombre era Vanessa y tenía el pelo corto rubio, labios y uñas pintados de escarlata, figura esbelta y ojos color café, tenía cierto interés en ella. En un par de ocasiones, la había sorprendido observándola con expresión especulativa.

Liz había sospechado que lo que despertaba la curiosidad de Vanessa era su relación con Cam Hillier, aunque ese tema era un misterio hasta para ella misma. Por otra parte, se preguntó qué estaría haciendo allí aquella rubia. ¿Sería otra de sus novias? No, eso no tenía

sentido…

Al final, la velada terminó y los invitados se fueron a la cama.

Liz se retiró a la cocina, que se encontró vacía y reluciente.

Suspirando con alivio, se sirvió un vaso de agua. Sin duda, Daisy había sido de gran ayuda esa noche para el ama de llaves.

De pronto, sintió deseos de salir a dar una vuelta al aire libre.

Salió al pequeño huerto de la señora Preston y paseó hasta un promontorio en el valle, un lugar excelente para contemplar las estrellas. Incluso había un banco allí para tal propósito.

Liz se sentó y levantó la cabeza hacia el cielo, boquiabierta por su espectacular belleza.

Así fue como Cam Hiller la encontró.

–También es uno de mis lugares favoritos –murmuró él, sentándose a su lado–. Te estaba buscando. Deja el vaso –ordenó.

Liz abrió la boca para preguntarle por qué, pero decidió no hacerlo y obedeció. Él le entregó una copa de champán.

–Apenas has probado el vino esta noche. Una copa de esta bebida burbujeante te ayudará a relajarte. ¡Salud! –dijo él, chocando sus copas.

–Salud –repitió Liz, aunque sin mucha seguridad. Lo cierto era que se sentía cansada y no sabía cómo comportarse con Cam Hillier.

–¿Qué pasa?

Liz tomó un largo trago.

–No lo sé. No tengo ni idea. No podría responder a eso. Estoy sorprendida. Preocupada y confusa. Eso es lo que pasa.

Él rió con suavidad.

–De acuerdo, yo sé por qué. Nos enzarzamos en una pelea verbal la última vez que hablamos.

Ella hizo una pequeña mueca. Pero no dijo nada.

–Sí, una guerra de palabras después de un momento encantador, cuando yo hice un comentario desafortunado que te molestó y te encerraste en ti misma. Yo me fui a Sídney en medio de la noche y me quedé allí, también enfadado, varios días.

Tras una pausa, Cam continuó, con un inesperado tono de remordimiento.

–No estoy acostumbrado a que me digan que no… por eso me pongo furioso cuando ocurre. ¿Qué opinas?

–Yo… –balbuceó Liz y se interrumpió, sin poder contener una lágrima. Se la lamió cuando llegó a los labios.

–Lo que quiero decir es… ¿crees que estoy a tiempo de arreglar las cosas entre nosotros? –preguntó él tras un largo instante.

–No puedo… no puedo irme a vivir contigo –dijo ella con la voz empañada por la emoción–. Debes comprenderlo…

–No, no lo comprendo. ¿Por qué?

–Yo… –dijo ella y titubeó un momento–. No sería correcto. Pero da igual… –añadió con frustración.

–Liz, debes de saber que me gustas mucho.

–Pues no se nota –replicó ella, sin poder contener las palabras.

–¿A qué te refieres?

–Antes –respondió ella y se removió incómoda en su asiento, sin saber cómo explicarlo–. Incluso pensé que habías invitado a Vanessa para… provocarme.

–Me gusta pensar que estás celosa de Vanessa –admitió él–, pero está felizmente casada con un jockey que rara vez acude a las cenas, pues está muy preocupado por no ganar peso.

Liz se encogió.

–Lo siento –murmuró ella.

–Toma otro trago de champán –sugirió él–. ¿Qué dirías si supieras que, aparte de querer buscarle las cosquillas a una dama de hielo, no he sido capaz de dormir? He sido un monstruo en el trabajo. No puedo dejar de pensar en lo agradable que es tenerte entre mis brazos. No paro de desnudarte en mi imaginación. Por cierto, ¿tú cómo has pasado estos días que no nos hemos visto?

Liz tragó saliva y recordó cómo se había pasado el tiempo dándole vueltas a la cabeza, debatiéndose entre su enfado y el pensamiento de que, tal vez, él tuviera razón. ¿Sería hora de dejar atrás el pasado e intentar volver a vivir? ¿Estaba comportándose de forma demasiado melodramática? Aunque aquello no había sido lo único que había ocupado su mente durante la semana.

También, había recordado el placer que Cam le había proporcionado. Y cómo podía ser divertido y humilde, cuando no actuaba como un arrogante multimillonario. Le había dado vueltas a la buena conexión que tenía con los niños, a pesar de que ella jamás lo habría sospechado antes de verlo con ellos. Había estado reviviendo todas las cualidades que hacían que Cam Hillier fuera quien era.

–Yo he estado un poco… inquieta –admitió ella al fin en voz apenas audible.

–Bien.

–¿Bien?

–Odiaría pensar que sólo yo lo he pasado mal.

Por alguna razón, aquel comentario le hizo reír a Liz.

–Eres incorregible –murmuró ella y, con un suspiro de resignación, apoyó la cabeza en el hombro de él.

Sin embargo, Liz se incorporó de inmediato y lo miró a los ojos.

–¿Ahora qué? –preguntó ella con tono de preocupación–. Sigo sin poder mudarme a vivir contigo.

–Hay otra opción –repuso él, tomando su mano–. Podrías casarte conmigo.

Liz se puso tensa, sin dar crédito a lo que oía.

–¡No puedo casarme contigo!

–Parece que hay demasiadas cosas que no puedes hacer –

observó él con tono seco–. ¿Qué puedes hacer?

Liz estuvo a punto de levantarse y salir corriendo, pero él la agarró de la cintura y la sostuvo.

–No discutamos, Liz –propuso él–. En una ocasión, dijiste que éramos dos adultos. Tal vez, eso sea lo que necesitemos ahora. Algo de madurez. Así que centrémonos en lo esencial.

Ella abrió la boca para hablar, pero no salió de sus labios ningún sonido.

–Necesito una madre para Archie –prosiguió él–. Tú necesitas un padre para Scout y un hogar estable –añadió y arqueó las cejas–. No podrías encontrar ningún sitio mejor que éste.

Liz lo miró con los labios entreabiertos y los ojos como platos.

–Y mírate a ti –continuó él, sujetándola de la cintura para que no se fuera–. Te has adaptado a Yewarra como si hubieras nacido para ello. Si no te gusta, finges muy bien. ¿Acaso no adoras esto?

–Sí –admitió ella en un susurró.

–¿Y a Archie?

–Quiero a Archie –aseguró ella–. Pero…

–¿Qué pasa con nosotros? –quiso saber él, mirándola con intensidad–. Sé honesta por una vez, Liz. Lo nuestro no sería una aventura de una noche. No sentiríamos lo que experimentamos desde hace dos meses si fuera así.

Ella se humedeció los labios.

–Y estos dos meses han sido de locos, ¿no estás de acuerdo? Han sido una especie de tortura.

–Sí –confesó ella al fin, suspirando–. Oh, sí.

Cam la tomó entre sus brazos.

–Tal vez, lo que necesitamos es pasar un par de días solos… para acostumbrarnos a la idea. ¿Querrías escaparte conmigo un tiempo?

–¿Y qué pasa con los niños?

–Sólo sería un par de días. Archie está acostumbrado y, tal vez, tu madre podría venir para quedarse con Scout.

–Bueno…

–¿Qué?

Liz pensó que uno de los obstáculos que se interponían entre ellos era que no conocía bien a Cam Hillier. No sabía si podía confiar en él o no. Quizá, debiera aventurarse a descubrir qué se escondía detrás de su repentina oferta de matrimonio, caviló.

–Yo… no puedo prometerte nada. Pero has sido muy bueno conmigo –dijo ella–. Así que…

–Liz –le increpó él con seriedad–. Hazlo o no lo hagas, pero que no

sea por gratitud.

–¡Me siento agradecida! –exclamó ella.

–Entonces, retiro mi oferta.

Liz tomó aliento.

–No sólo eres incorregible, sino que eres imposible –le espetó ella.

–No, no lo soy. Sé sincera, Liz. Nos deseamos y la gratitud no tiene nada que ver en esto.

Ella abrió y cerró la boca varias veces, buscando excusas y dándole vueltas a la cabeza, intentando encontrar alguna escapatoria.

Pero, por supuesto, Cam tenía razón. No había escapatoria.

–Es verdad –admitió ella al fin–. Tienes razón.

–Entonces, la oferta está en pie de nuevo.

–Gracias. Yo… iré.

Cam le rodeó los hombros con el brazo.

Ella cerró los ojos y se rindió a la calidez del momento. Al mismo tiempo, era consciente de que acababa de adentrarse en terreno desconocido… Sin embargo, no tenía la fuerza de voluntad necesaria para resistirse a Cam Hillier.

Entonces, Liz intentó refugiarse en un tema más mundano, pues la enormidad de sus sentimientos la estaba abrumando.

–Estoy un poco preocupada por la señora Preston.

Esta noche se ha agobiado mucho.

–Buscaré ayuda para ella antes de que nos vayamos. No te preocupes. Eres peor que Archie –repuso él y, sujetándole la mandíbula con los dedos, la miró a los ojos–. No debes preocuparte por nada. Yo me encargaré de todo –aseguró y comenzó a besarla.

Capítulo 8

TRES DÍAS después, Cam la llevó a la Gran Barrera de Coral. Eso era lo único que le había contado a Liz. El resto, sería una sorpresa.

Volaron a la isla de Hamilton en un vuelo comercial. Ella estaba muy callada.

–Los niños van a estar bien –le dijo él, tomándole una mano.

–¿Cómo sabías que estaba pensando en eso?

–No era difícil de adivinar. ¿Te arrepientes de haber aceptado venir conmigo?

–No…

Cam afiló la mirada ante su titubeo, pero no comentó nada al respecto.

Liz observó maravillada por la ventanilla las aguas relucientes, los arrecifes, las islas de Whitsunday y el puerto. Luego, descubrió que no iban a quedarse en Hamilton, aunque pararon allí para dar un paseo por el puerto, sus tiendas y sus cafés. Alguien se había ocupado de su equipaje.

–¿Has traído sombrero? –preguntó él, al parar delante de una tienda con una estupenda selección de sombreros–. Necesitarás uno cuando estemos en el agua.

–¿En el agua? No, no tengo sombrero. ¿Cómo que en el agua?

–Ya lo verás. Vamos, elijamos uno –propuso él. Liz se pasó media hora probándose sombreros, mientras las dos jóvenes dependientas eran todo risitas y sonrojos ante la imponente presencia de Cam Hillier.

Poco a poco, Liz se dejó contagiar por el ambiente relajado y divertido. Era como si toda la presión de las decisiones difíciles se hubiera disipado bajo el espíritu vacacional de la isla.

Eligió un sombrero de paja de ala ancha y se lo llevó puesto. Se detuvieron en una terraza para tomar un par de cafés helados y compartieron un delicioso pastelito. Luego, tomándola de la mano, Cam la condujo por el embarcadero hasta un catamarán.

Se llamaba *Leilani* y era de lo más lujoso. El interior estaba tapizado por gruesas alfombras y preciosos tejidos. Era de madera, con acabados en bronce, y estaba pintado de un blanco reluciente. El salón principal era enorme, con una cocina americana. Y los tres dormitorios eran también de madera, con suntuosa ropa de cama.

Había dos cubiertas, una salía del salón y la superior estaba detrás de la cabina de control.

Un hombre vestido de blanco llamado Rob les dio la bienvenida a bordo y le mostró a Liz su dormitorio.

Luego, Bob regresó arriba y ella lo escuchó hablar con Cam, pero no entendió lo que decían. Cuando subió a cubierta, habían dejado de

hablar y, para su sorpresa, comprobó que el joven que había pensado que conduciría el barco saltaba a tierra, mientras Cam soltaba

amarras.

–¿No viene? –preguntó ella.

Cam la miró, encendiendo el motor.

–No.

Ella parpadeó.

–¿Tú sabes manejar un barco de este tamañazo?

–Liz, crecí entre barcos –repuso él con una sonrisa–. Claro que sé.

Ella se mordió el labio.

–Cada vez te pareces más a Archie –comentó él, riendo, y sacó a *Leilani* del embarcadero–. Te mostraré cómo llevar el timón si quieres, pero no hoy.

–¿El barco es tuyo… o lo has pedido prestado?

–Es mío.

–¡Me sorprende que no tenga un nombre shakespeariano!

–Ya estaba bautizado cuando lo compré –contestó él–. Se supone que da mala suerte cambiarle el nombre a un barco. Pero da la casualidad de que *Leilani* era un famoso caballo de carreras –explicó–.

Bueno, ahora voy a concentrarme unos minutos –añadió, dirigiéndose a la salida del puerto.

–¿Adónde vamos?

–A Whiteheaven –respondió él–. Estaremos allí a tiempo para ver la puesta de sol. Es maravilloso.

Cam tenía razón.

Cuando el sol comenzó a ponerse en el horizonte, habían anclado en la playa de Whiteheaven. Liz ya había sacado la ropa de su bolsa de viaje y comenzaba a sentirse como en casa. Sobre todo, porque después de apagar los motores, Cam había bajado con ella y la había tomado entre sus brazos.

–Han sido unos días difíciles –comentó él.

Ella asintió. Habían decidido comportarse de manera estrictamente profesional delante de los niños y los empleados en Yewarra… incluso delante de la madre de Liz, cuando había llegado.

–Esto sólo nos incumbe a nosotros –había señalado él–. Les diremos que vamos a hacer un viaje de negocios.

–Pero se morirán de curiosidad… –había respondido ella–. No digo los niños, sino…

–¿Prefieres que te bese cada vez que me apetezca?

Liz se había sonrojado y había negado con la cabeza.

–Eso pensé –había respondido él con un brillo de malicia en los ojos.

Durante los tres días siguientes, Cam había estado en Sídney, atando algunos cabos sueltos antes del viaje. Y Liz se había pasado el tiempo preguntándose por qué habría aceptado, diciéndose que era una locura.

Por una parte, se había justificado a sí misma pensando que le debía a Cam Hillier, al menos, el intento de comprenderlo. Era, en cierta forma, una muestra de gratitud, aunque no pensaba confesárselo a él.

Volviendo al presente, anclados ante la playa de Whiteheaven en aquel hermoso barco, Cam se acercó a ella por detrás y le rodeó la cintura con los brazos.

–Necesitaba esto como respirar –comentó él con voz ronca.

Liz lo miró, sonriendo, y se relajó apoyada en él.

–Yo, también.

Cam la apretó entre sus brazos, haciéndola sentir en el paraíso.

–¿Ya no quieres luchar contra mí? ¿No me consideras una amenaza?

Liz no pudo reprimir la risa.

–No sé qué ha pasado con eso.

–¿Con toda la hostilidad? –adivinó él, acariciándole las caderas.

–Mmm... Podría tener que ver con... ¡La verdad es que es muy difícil resistirse a un hombre con un barco así!

Cuando Cam rió, Liz contuvo el aliento. Era el hombre más atractivo que había conocido jamás y, al verlo tan feliz, el corazón se le aceleró a toda velocidad.

–Te propongo algo –dijo él–. ¿Por qué no te pones algo más cómodo mientras preparo unos cócteles?

Liz se miró las ropas que llevaba puestas: la camiseta y los vaqueros con los que había viajado.

–Me parece bien. Hace calor. ¿Y tú?

–Yo voy a ponerme unos pantalones cortos, pero no tardaré. Una vez que se acerca al horizonte, el sol desaparece rápido.

–¡Voy como el rayo! –dijo ella, chasqueando los dedos y corrió a su dormitorio.

–¡Un vestido largo! ¡Debes llevar un vestido largo!

–le había dicho su madre a Liz al enterarse de que iba a ir a la isla de Hamilton, aunque fuera en viaje de trabajo–. ¡Te traeré uno!

Y, a pesar de haber tenido poco tiempo para prepararse para el viaje, Liz llevaba un precioso modelo largo y vaporoso de color blanco.

No tenía tirantes, llevaba un sujetador incluido y un pañuelo a juego para el cuello, blanco y naranja.

Liz se lo puso y descubrió que el precioso vestido la hacía sentirse ligera como una pluma, joven, bella y deseable.

Con los brazos extendidos, bailó delante del espejo. Luego, temiendo perderse la puesta de sol, se cepilló el pelo, se puso un poco de brillo de labios y, descalza, subió a cubierta.

Cam ya estaba allí. Se había puesto pantalones cortos azul marino y una camiseta blanca. Estaba sentado en el borde de cubierta, con las piernas colgando hacia fuera del barco. En la mesa, a su lado, había dos cócteles blancos y cremosos. También, había una bandeja con canapés

de salmón ahumado, queso y alcaparras.

–¡Eres único, señor Hillier! –exclamó ella, riendo con las manos en las caderas–. ¡No tenía ni idea de que supieras preparar comida!

Él se giró para mirarla y se quedó sin aliento.

Cam pensó que nunca la había visto tan hermosa, tan llena de vitalidad, tan apetecible…

Se puso en pie.

–No voy a mentirte. Yo he hecho los cócteles, pero Bob preparó los canapés y otras cosas. Estás… –añadió, tendiéndole la mano–

impresionante.

Ella se rió, dejando que la abrazara.

–No voy a mentirte yo tampoco. Me siento estupenda. No es que me crea estupenda, es…

–Sé a qué te refieres –dijo él y la besó–. De acuerdo.

Siéntate. ¡Salud! –brindó–. Por el atardecer.

–¡Por el atardecer! –repitió ella y se quedó mirando las bellas vistas que los rodeaban.

El cielo se fue pintando de todos los colores mientras el sol desaparecía en el horizonte. El mar se bañó de tonos dorados, naranjas y violetas.

Cuando el sol al fin desapareció, los demás barcos que había allí anclados encendieron las luces. Cam hizo lo mismo y fue a servir dos cócteles más.

Liz se quedó en cubierta, disfrutando de la serenidad y de la cálida brisa tropical. La mar estaba en calma esa noche.

–Esto podría ser adictivo –comentó ella con una sonrisa cuando él salió con dos vasos en la mano y una suave música de baile comenzó a sonar en cubierta–. ¿Cómo lo sabías?

–¿Saber qué?

–Que, de niña, quería ser bailarina de discoteca. Llevo años sin bailar. Sólo lo hago con Scout. A ella le encanta, también –explicó ella y sonrió–. De pronto, me siento joven.

–Eres joven –afirmó él y acercó una silla para sentarse a su lado.

Jugueteó con el borde del pañuelo de cuello de ella–. La verdad es que a tu lado yo también me siento joven.

Liz lo miró sorprendida.

–No eres viejo. ¿Cuántos años tienes?

Él sonrió.

–Hoy he cumplido treinta y tres.

–¿Por qué no me lo habías dicho? –preguntó ella, incorporándose.

Cam se encogió de hombros.

–Los cumpleaños van y vienen. No significan mucho para mí.

¿Pero qué habrías hecho si lo hubieras sabido?

Liz lo pensó un momento.

–Parece que lo tienes todo, así que habría sido un poco difícil elegirte un regalo. Al menos, te habría escrito una tarjeta de felicitación.

–¿Para ponerla sobre la mesa?

–De acuerdo, no –se corrigió ella–. Ya lo sé –añadió, se inclinó hacia delante y lo besó con suavidad–. Feliz cumpleaños, señor Hillier.

–Muchas gracias, señorita Montrose. Pero espero que eso haya sido sólo el aperitivo.

Liz se estremeció al notar cómo el deseo hacía presa en él. Ella se puso un poco tensa. También lo deseaba, por supuesto… ¿Pero estaba preparada para lo inevitable?

Cam no dijo nada más al respecto, tal vez porque notó su nerviosismo, caviló ella. Se limitó a besarla con suavidad y le tendió el vaso con el cóctel.

–Termínatelo. Nos está esperando un festín para cenar.

Y era cierto. Había una bandeja de marisco con gambas, cangrejo, calamares y dos langostas. También, había una ensalada y vino blanco. Era la clase de comida pensada para ser saboreada y para utilizar los dedos, sin tener demasiados reparos en manchar la copa, a pesar de las servilletas de lino y del bol con agua para las manos. Era la cena perfecta para comer en la cubierta de un barco bajo el cielo nocturno, rodeados de mar…

Era la clase de cena que invitaba a hablar sobre nada en especial y a no sentirse incómodos cuando se hacía el silencio. Entonces, Liz se dio cuenta de que su conexión era cada vez más.

–Estaba delicioso –comentó ella cuando Cam se levantó para recoger los platos.

Liz se levantó para ayudarle a llevarlos a la cocina, luego se lavaron las manos.

–¿Café? –ofreció él.

–Sí, por favor. ¡No me lo creo!

Cam arqueó una ceja.

–Son las once en punto.

–Casi la hora de Cenicienta –bromeó él, sonriendo–. Siéntate.

Hace un poco de fresco fuera. Haré el café.

Liz se acomodó en una silla alrededor de la mesa ovalada de la cocina. Observó desde allí cómo hacía café su jefe… ¿O debería decir su futuro amante?

–Podría haberlo hecho yo –comentó ella.

–A mí se me da bien hacer café –contestó él, sacando la cafetera del armario–. Lo he convertido en una especie de arte. Lo importante es poner siempre la misma cantidad de café y usar para medir una cuchara del mismo tamaño –añadió, sirviendo las cucharadas y el agua hirviendo sobre la cafetera.

Liz no pudo contenerse y se rió.

–¿Así que tienes juegos de cafetera y cuchara idénticos en todas tus casas?

–Sí. Pero sólo tengo dos casas.

–Y un barco.

–Y un barco –repitió él, tomando el azúcar, la leche y dos cucharillas–. En realidad, no es mentira lo que les dije a todos sobre hacer una nueva adquisición en Hamilton. Estoy pensando en comprarme una casa allí.

–Ah. ¿Vas a combinar el placer con un poco de negocios? –replicó ella con tono de broma–. ¿O, más bien, combinarás los negocios con un poco de placer?

–Eso depende de ti.

Liz se puso seria.

–¿De veras necesitas otra casa?

–¿La verdad? –dijo él y sirvió dos tazas de café, acercándole a Liz el azúcar y la leche–. Sírvete tú misma. No, no necesito otra casa. Pero, al menos, no es otra empresa.

Ella lo observó con el ceño fruncido.

–¿Y eres feliz así?

Con la vista gacha, Cam removió su café.

–Hay algunas cosas que no me gustan. Aparte de Narelle y Archie, no tengo ningún pariente vivo, nadie más que pueda beneficiarse del fruto de mi trabajo, por decirlo de algún modo –señaló él y se encogió de hombros–. Nadie que me desee feliz cumpleaños – añadió y, con una sonrisa, levantó la mano–. Eso no me importa, de verdad. Pero sí me importa que mis padres no hayan vivido para ver esto –confesó y miró a su alrededor–. Ni Amelia, mi hermana.

–Entonces… –balbuceó Liz–. ¿Lo que quieres decir…?

–¿Quieres saber si, en ocasiones, me dan ganas de pedir que pare el mundo porque quiero bajarme? ¿Si cambiaría Corporación Hillier por un poco más de vida? La respuesta es sí –admitió él, encogiéndose de hombros.

–¿Y por qué no lo haces?

–Liz –dijo él y la miró a los ojos–. No es tan fácil.

Tengo muchos empleados. Y, de todos modos, no sabría qué hacer con mi tiempo libre.

De pronto, en ese momento, Liz percibió algo distinto a él, un sello de tensión interior en las líneas de su rostro.

–Tal vez, una parte de mí sea incapaz de sentarse a descansar sin más –observó él, encogiéndose de hombros–. Quizá sea inquieto por naturaleza.

–O, igual, no –repuso ella con voz ronca–. Puede ser por las circunstancias que te han tocado vivir –opinó con una mueca–. Como

me ha pasado a mí.

Cam abrió la boca para decir algo, pero algo como una alarma sonó en la sala de mandos.

Liz lo miró con gesto interrogativo.

–Es el fax con el informe meteorológico –indicó él, frunciendo el ceño–. Me lo mandan de manera automática si hay cualquier cambio en el tiempo.

Liz sonrió.

–Ve a mirar. Sé que no vas a descansar hasta que lo hagas.

Pasándose una mano por el pelo, Cam se levantó.

–De acuerdo. A diferencia de lo que piensas de mí al volante de un coche, en el mar soy muy cauteloso. Enseguida vuelvo.

Sin embargo, Cam tardaba. Liz se acurrucó en la silla y apoyó la cabeza en la mesa. Se quedó dormida sin darse cuenta.

Cam volvió con un pedazo de papel en la mano y la noticia de que debían cambiar su ubicación al día siguiente porque se avecinaban fuertes vientos.

Se detuvo en seco al darse cuenta de que ella estaba dormida y dejó el papel sobre la mesa, mirándola.

Observó su grácil cuerpo, su mano apoyada para la mejilla, y pensó que debía de estar muy cansada.

Tal vez, también habían contribuido dos cócteles y un par de vasos de vino. O había sido por la tensión…

Apretando los labios, Cam apartó la mesa y se inclinó para tomarla en sus brazos. Ella murmuró algo, pero no se despertó mientras la llevaba a su habitación.

La dejó con cuidado en un lado de la cama y le colocó un suave edredón de plumas por encima.

–Buenas noches, Cenicienta –dijo él, tras mirarla embelesado durante un par de minutos.

Liz durmió durante horas, hasta que una pesadilla le asaltó y se despertó desorientada, sin saber dónde estaba. Estaba rodeada de sonidos desconocidos y tenía la aterrorizadora certeza de que había perdido a Scout.

Se revolvió en una cama que no conocía, encontrándose con un edredón que no recordaba. Estaba empapada en sudor frío, gritando el nombre de Scout…

–¿Liz? ¡Liz! –llamó Cam, encendiendo la lámpara. Se acercó a ella

corriendo, llevando sólo unos pantalones cortos de pijama–. ¿Qué pasa?

–He perdido a Scout –gritó ella–. ¿Dónde estoy?

Cam se sentó en la cama y la tomó entre sus brazos.

–No has perdido a Scout. Estás a salvo en mi barco. ¿Recuerdas?

Estamos en el *Leilani*, en la playa Whiteheaven. ¿Te acuerdas del

atardecer?

Liz se estremeció con un escalofrío y abrió la boca, sin poder articular palabra.

–Scout está en casa con Daisy y Archie y tu madre, en Yewarra.

Despacio, Liz cerró los ojos, tranquilizándose.

–Oh, gracias a Dios –susurró ella y abrió los ojos de golpe–. ¿Estás seguro?

–Muy seguro –afirmó él.

–Abrázame, por favor. Abrázame –rogó ella con voz apenas audible–. No podría soportar perder a Scout.

–No vas a perderla –prometió él–. Espera –añadió y se tumbó a su lado, sujetándola contra su pecho–. Ya está. ¿Mejor?

Liz se acurrucó a su lado y sintió como el malestar desparecía ante la seguridad y la solidez de su cuerpo, ante la fuerza de los brazos que la rodeaban.

–Mucho mejor –admitió ella, apoyando la mejilla en su hombro–.

¿Todavía quieres casarte conmigo?

–Liz… –dijo él y la miró a los ojos–. Sí, pero…

–Pues hazlo, por favor –rogó ella–. No tengas en cuenta mis tonterías. Puedo ser muy cabezota a veces… No me dejes… ¡Oh!

¡Todavía estoy vestida!

–Liz, para.

Cam la abrazó, mirándola a los ojos, hasta que ella comenzó a calmarse, aunque todavía le recorría algún escalofrío de vez en cuando.

–Sí, sigues vestida –afirmó él en voz baja–. No me aprovecho de chicas dormidas. Y no creo que debamos tomar ninguna decisión importante ahora mismo. Estabas muy cansada y has tenido una pesadilla. Tomemos las cosas con calma –propuso y se apartó un poco.

Liz se encogió porque, al fin, se había dado cuenta de algo sobre lo que ya no le cabía ninguna duda. Cam Hillier era su solución. No por el bien de Scout, sino por su bien. Él era capaz de hacerla sentir a salvo y la atraía como ningún otro hombre…

–¿Es que pretendes que compartamos la cama sin hacer nada? –

susurró ella–. Yo no creo que pueda.

Siempre puedes decir que te he seducido, si no estás convencido…

–¿Si no estoy convencido? –repuso él con respiración entrecortada–. Cenicienta, si tuvieras idea…

–¿Cenicienta?

Él se encogió de hombros.

–Fue alrededor de la medianoche cuando te llevé a la cama.

–Maldición.

Cam la miró arqueando una ceja.

–Había planeado… bueno, había pensado ser tu sorpresa de cumpleaños –confesó ella.

Él se quedó en silencio, tanto que Liz levantó la cabeza para mirarlo, mordiéndose el labio.

–Liz, no soy de piedra.

Ella apartó la vista.

–Ni yo –respondió ella en voz baja y le tocó la mejilla–. Quiero que me abraces y me beses. Quiero que me desees. Quiero demostrarte lo mucho que te deseo. ¿Sabes cuándo fue la primera vez que hiciste que se me pusiera la piel de gallina? Pocos días después de empezar a trabajar para ti, cuando me tropecé en la acera y tú me sujetaste. ¿Te acuerdas?

Liz esperó un momento y se dio cuenta de que él lo recordaba.

–Llevo más tiempo que tú luchando contra la atracción que siento –añadió ella–. Piénsalo.

Con un gemido, Cam la apretó contra su cuerpo.

–Sabía que sería así.

–¿Cómo? –preguntó ella.

Estaban mirándose a los ojos. El edredón se había caído al suelo, junto al vestido de Liz y su tanga.

Tenía el pelo esparcido por la almohada y parecía un hada etérea bajo la luz de la lamparita de noche.

Cam le acarició el pecho.

–Sabía que tu piel sería pálida, de satén, y tu cuerpo esbelto, elegante y hermoso.

Liz le agarró la mano y se la llevó a los labios.

–Yo sospechaba que tú serías el sueño de cualquier chica. En cuanto a tus dedos… me encantan. Han estado a punto de hacerme perder la compostura muchas veces. Como ahora.

–¿Así? –preguntó él, recorriéndole el torso con la punta de los dedos, hasta llegar a sus caderas. Luego, siguió bajando hasta el muslo.

–Sí, así –repuso ella, mordiéndose el labio, mientras los dedos de él exploraban partes más íntimas de su cuerpo.

Liz gimió y le rodeó con sus brazos, recorrida por un mar de deliciosas sensaciones.

–Cam… –jadeó ella, sintiéndose suya en cuerpo y alma.

Los dos se movían al mismo ritmo, sumergidos en una profunda conexión. Liz se deleitó acariciando cada rincón del espléndido cuerpo de él. Le recorrió el torso velludo, como había soñado hacer hacía días.

Se sintió invadida por la más pura felicidad, mientras se tocaban, se saboreaban y se abrazaban el uno al otro. Se sintió deseada e irresistible, incandescente. Y se abandonó sin reservas al placer que él le proporcionaba.

Su unión final la llevó al borde de las lágrimas. Él la guió y la llevó con toda la delicadeza y experiencia que ella había soñado. Él la mimaba y, al mismo tiempo…

–Mmm –gimió él cuando terminaron–. Ha merecido la pena esperar.

Liz lo besó en el cuello.

–Ha sido… No tengo palabras… Ha sido demasiado maravilloso.

Cam le recorrió la boca con la punta del dedo y la miró a los ojos.

–Yo puedo intentarlo. Tú, mi dulce y hermosa Liz, has convertido el mundo en un paraíso para mí.

Ella sonrió y le acarició el hombro.

–Gracias –dijo Liz y soltó una risita–. Pero no podría haberlo hecho sin tu ayuda.

–¿No? –replicó él, riendo también.

–No. Y sabes que no lo digo en broma, ¿verdad? Porque estaba por completo a su merced, señor Hillier.

–No tanto, señorita Montrose. Bueno, podemos decir que el mérito ha sido de los dos.

–Me parece justo –contestó ella y, de pronto, se puso seria al recordar lo que le había dicho sobre casarse.

–¿Liz?

Ella lo miró a los ojos y se dio cuenta de que también se había puesto serio. Durante un instante, estuvo a punto de confesarle que se había enamorado de él de pies a cabeza, que le había sucedido desde hacía tiempo, a pesar de su esfuerzo por impedirlo.

Sin embargo, un resquicio de miedo del pasado le hizo guardar silencio. Debía tomárselo con calma, se dijo Liz. Sí, había vuelto a entregarse a un hombre.

Para ella, había sido mucho más que sexo, ¿pero sería mejor protegerse y no compartir aquella verdad con él?

–Nada –dijo ella y enterró la cabeza en su hombro.

Le quedaban dos días más en el *Leilani*.

A la mañana siguiente, cambiaron de sitio el barco. Lo anclaron en una bahía protegida del viento. Nadaron y pescaron. Se fueron a la playa en una lancha hinchable y se subieron a una colina, desde donde contemplaron vistas panorámicas de Whitesundays. Bucearon en el arrecife de coral. Navegaron en las canoas que había en el *Leilani*.

Liz se pasaba todo el día en su biquini azul. Con una gorra y una camisa de manga larga para protegerse del sol de vez en cuando. O con su sombrero de paja. Reservaba el vestido largo para la noche.

Lo único que no volvieron a hacer fue hablar de matrimonio de nuevo.

A Liz le inquietaba. Por una parte, ella no se atrevía a sacar el tema y, por alguna razón, Cam tampoco lo hacía. De hecho, en un par de ocasiones, lo sorprendió mirándola con el ceño fruncido, como si estuviera decidiendo qué hacer. Ella se había sentido un poco incómoda en esos momentos. Pero él era un compañero tan agradable que, enseguida, a ella se le olvidaban sus reservas y no le costaba nada

disfrutar de su compañía en aquel precioso barco.

Lo que más le gustaba era ver cómo él se relajaba. Cam Hillier necesitaba que lo rescataran de sí mismo. ¿Podía hacerlo ella? ¿Podía ofrecerle una vida juntos tan satisfactoria como para apartarlo de la estratosfera de trabajo que solía habitar?

Al pensar, Liz esbozó una sonrisa de amargura. ¿Cómo sabía que sus propios demonios le permitirían compartir su vida con él?

–No hay nadie más anclado aquí hoy –comentó él de pronto.

Estaban tumbados en las hamacas en cubierta. Liz miró a su alrededor.

–Es verdad –repuso ella y se incorporó, frunciendo el ceño–. Lo dices como si fuera importante.

Cam se subió las gafas de sol a la cabeza.

–Es por una fantasía que tengo –repuso él, encogiéndose de hombros–. Tiene que ver con las sirenas.

Liz lo miró, mientras él tenía los ojos fijos en el agua.

–Sigue. ¿Qué tiene que ver con que no haya nadie más que nosotros?

–¿Podríamos bañarnos desnudos?

Ella contuvo el aliento.

–Pero no somos sirenas.

–Mucho mejor.

–Cam…

–Liz, lo que pasa es que… me gustaría ver tu precioso cuerpo desnudo en el agua.

Liz se miró a sí misma.

–El biquini que llevo no es que me tape mucho…

–Aun así…

Liz miró hacia el agua. Tenía un aspecto muy apetecible, bajo el cielo azul y el sol radiante.

¿Por qué no?

Sin decir nada, Liz se levantó, se quitó el biquini y se tiró al agua

antes de que Cam tuviera tiempo de ponerse en pie.

–Ven –llamó ella–. Está buenísima.

Se estaba de maravilla en el agua, era cierto. Pero no tanto como cuando él se tiró y la tomó entre sus brazos, pensó ella.

–¿A que era una buena idea? –preguntó él, desnudo, mojado y bronceado.

–Muy buena –aceptó ella–. Me siento como una sirena –confesó, flotando boca arriba.

–Pareces una –comentó él, le rozó los pechos y la sujetó de la cintura.

Liz rió, rodeándole los hombros con los brazos. Luego, se liberó de su abrazo y salió nadando con gesto provocativo.

–Nadas como un pez –gritó él–. Y haces el amor como una sirena. Vamos al barco.

–¿Ahora?

–Sí, ahora –afirmó él.

Liz rió y obedeció, nadando hacia el barco.

Cam la siguió por la escalerilla y, cuando llegaron a cubierta, la tomó en sus brazos, chorreando, y la llevó al dormitorio, donde la tumbó sobre la cama.

–Cam, estamos mojándolo todo –protestó ella.

–No importa –rugió él, tumbándose a su lado–. Lo que necesito hacer contigo ahora mismo… es sólo para nuestros ojos.

–No hay nadie más fuera. Además, fue idea tuya.

–Tal vez, pero esto, no. ¿Estás cómoda así? –preguntó Cam, colocándola encima de él.

Liz jadeó, mientras él se colocaba entre sus caderas, moviéndose contra ella.

–No sé si ésa es la palabra adecuada. Es… –comenzó a decir ella, mordiéndose el labio–. Sensacional.

Cam le acarició el pelo, haciendo que cayera una lluvia de gotas de mar. Los dos rieron y se pusieron serios al instante, cuando empezaron a besarse y a frotarse el uno contra el otro con desesperación.

Tras el orgasmo, ambos aterrizaron juntos, jadeando.

Liz estaba perpleja por la fuerza del deseo que los había poseído.

Su respiración todavía era entrecortada cuando se tumbaron uno junto a otro, abrazándose con fuerza.

–¿Y-y esto por qué? –preguntó ella con voz ronca, cubriéndose con la manta.

–Por ti. Porque eres una sirena –repuso él, acariciándole el pelo.

–¿Y tú qué eres? ¿Un sireno?

–No creo que existan.

–Da igual. ¿De verdad crees que soy una sirena? Es la segunda vez que me acusas de algo similar.

Cam se encogió de hombros, aunque no dijo nada. Lo cierto es que a Liz le dio la sensación de que estaba un poco preocupado. Por la forma en que la miraba, parecía estar esperando algo…

Liz se incorporó sobre un codo.

–¿Pasa algo? –preguntó ella, acariciándole los hombros.

–Tienes razón –dijo él, mirándola a los ojos con gesto inexpresivo–. Lo hemos mojado todo. Quitemos las sábanas y hagamos la cama de nuevo. Pero, primero, podemos darnos una ducha –añadió, se destapó y se levantó.

Liz titubeó, sintiéndose como si hubiera entrado en un campo de minas.

Durante un momento, ella se le quedó mirando la espalda, mientras

Cam buscaba ropa limpia en los cajones. Luego, intentando recuperar la compostura, se puso en pie y pasó de largo junto a él, en dirección a su dormitorio. A continuación, cerró la puerta, algo que no solía hacer.

Cam no hizo nada.

Después, hicieron la cama en silencio.

Liz se había puesto unos pantalones cortos amarillos y una blusa color crema y se había recogido el pelo. Él también se había puesto pantalones cortos, con una camiseta negra. La tensión que pesaba sobre ellos era palpable.

¿Cómo? ¿Por qué?, se preguntó Liz.

Antes de que pudiera encontrar respuestas, el teléfono de Cam sonó. Era Roger y, por el gesto de su jefe y las pocas preguntas que hizo, ella supo que se trataba de algo serio.

Ella se llevó la mano a la garganta.

–¿Scout está bien?

–Sí –afirmó él–. Y Archie. Pero la señora Preston ha sido ingresada con problemas de corazón. Le hice que me prometiera que iría a revisarse cuando me contaste lo que había pasado.

Liz bajó la mano.

–Oh –dijo ella con mezcla de alivio y preocupación.

–Y hay más. Daisy está con gripe.

–¡Oh, no! Entonces, ¿quién?

–Tu madre ha tomado el mando con ayuda de la esposa de Bob, pero creo que deberíamos volver cuanto antes.

–Claro –dijo Liz, sintiéndose impotente–. ¿Pero cuánto tardaremos?

Cam marcó otro número en su teléfono.

–Roger va a preparar un vuelo desde Hamilton –informó él a Liz–.

¿Rob? –dijo al auricular–. Escucha, amigo, necesito volver a casa con

urgencia. Prepara un helicóptero para que nos recoja en la playa Whiteheaven. Ven tú en él, luego llevarás el Leilani de vuelta a Hamilton.

Liz se quedó boquiabierta al oír aquellas instrucciones. Pero no tuvo oportunidad de decir nada.

–De acuerdo –dijo Cam–. Voy a levar el ancla. Tardaremos una media hora en llegar a Whiteheaven.

–¿Y si no hay ningún helicóptero disponible?

Cam la miró, como si no diera crédito a lo que acababa de escuchar.

–Pues Rob comprará uno.

–¡Anda ya! ¿No esperarás que me crea eso?

–Créalo o no, señorita Montrose, no sería la primera vez –afirmó e hizo una pausa–. ¿Te importa hacer las maletas de los dos?

Liz se quedó mirándolo y, ante su mirada autoritaria, no discutió.

–Claro –dijo ella en voz baja, dándose la vuelta.

Liz no se percató de que él la miró, apretando la mandíbula, antes de irse.

Ella se quedó parada un momento.

Oyó cómo se encendían los motores. Oyó el sonido metálico de la cadena del ancla subiendo. Sonidos todos que ya conocía.

Sintió la vibración del barco bajo los pies mientras él lo ponía rumbo a la playa…

Liz se lamió un par de lágrimas del labio… porque algo había pasado y ella no tenía ni idea de qué era.

Él había vuelto a llamarla señorita Montrose y, por su tono, no había sido en broma. ¿Por qué?

¿Y por qué aquella terrible urgencia por regresar a casa? Era cierto que, cuando tomaba una decisión, Cam Hillier la ponía en práctica a cien por hora. A ella tampoco le molestaba volver cuanto antes a casa, pero…

¿Ya no iban a volver a estar a solas? ¿Qué pasaba con el modo apasionado con el que habían hecho el amor? ¿Cómo encajaba en todo aquello?

Sumida en su confusión, Liz se tapó la cara con las manos.

Llegaron a Yewarra después de que oscureciera aquel mismo día.

Roger les había preparado un vuelo en un jet privado desde la isla de Hamilton, con un vehículo de un socio de Cam. El socio lo acompañaba, así que Liz y su amante no tuvieron oportunidad de mantener ninguna conversación privada. Y volaron desde Sídney a Yewarra en el helicóptero de la compañía… también en silencio.

Ella no estaba segura de qué pensar.

Tanto Scout como Archie estaba ya dormidos, pero Mary Montrose los estaba esperando. Les informó de que Daisy se estaba recuperando y la señora Preston también, aunque seguía en el hospital.

Liz abrazó a su madre y Cam le estrechó la mano.

–Muchas gracias por ocuparse de todo, señora Montrose –dijo Cam, haciendo que la madre de Liz se sonrojara ante sus encantos–.

Espero que se haya mudado a la casa grande.

–Sí, con Scout –repuso Mary–. Nos mudamos a la zona infantil.

Supongo que tú también te quedarás, ¿no, Liz?

–Bueno… –dijo Cam–. Lo cierto es que Liz y yo tenemos una noticia. Hemos decidido casarnos.

Capítulo 9

¿CÓMO has podido?

Liz y Cam entraron en el estudio y cerraron la puerta. Era una noche ventosa y podía oírse cómo las ramas y las hojas se caían de los árboles afuera. También, se percibía el ruido de algún trueno distante.

Liz estaba perpleja y furiosa, a pesar de que su madre había recibido la noticia con efusivo entusiasmo antes de quedarse en silencio, al ver la expresión de su hija.

–Os dejaré solos –había señalado Mary, entonces, y se había ido al cuarto de los niños.

–Es lo que tú me habías dicho –repuso él, recostándose en la silla delante del escritorio–. Me dijiste que no tuviera en cuenta tus tonterías, pues podías ser muy cabezota a veces. ¿Recuerdas? –añadió, arqueando una ceja con gesto sardónico, y le dio un trago a la copa de coñac que se había servido.

Allí en el estudio de Cam, sentada al otro lado del escritorio delante de él, Liz no pudo evitar que habían vuelto a su antigua relación de jefe y empleada. Y ello la hirió profundamente.

–Me acuerdo muy bien –contestó ella con frustración y respiró hondo–. También recuerdo que hace unas pocas horas nada más estábamos haciendo el amor con pasión, aunque después te hayas empezado a comportar como si fueras de hielo. Lo último que esperaba escuchar era que yo lo hubiera planeado todo para casarme contigo.

–Pero así es, ¿no, Liz? Por Scout.

Liz se puso pálida.

–Eso tú ya lo sabías –susurró ella–. Incluso tú mismo afirmaste que necesitabas una madre para Archie y yo necesitaba seguridad para Scout.

Cam se puso en pie, de pronto, y se acercó a uno de los cuadros que colgaban de la pared. Se quedó mirándolo. Era el de un pesquero con el nombre de Miranda.

–No sabía que me iba a sentir así.

Ella se quedó callada mientras Cam observaba el cuadro con una mano en el bolsillo y el rostro impregnado de tensión.

–¿Cómo?

Él se giró hacia ella.

–Como si me hubiera llevado mi merecido. Después de haber tenido una vida de placer, en lo que se refiere a las mujeres, y de poder disfrutar de ellas sin ningún compromiso, al final, me he enamorado de la que no puedo tener.

–¿N-no me puedes tener? –preguntó ella con los ojos como platos.

Cam sonrió un momento, aunque sin alegría.

–Otra vez haces lo mismo, Liz. Estás repitiendo lo que yo he dicho.

–Porque no puedo creerlo. Tú… me tienes… No sé cuánto más

quieres de mí –replicó ella con lágrimas de frustración.

Cam se sentó delante de ella.

–Pensé que bastaría con tenerte bajo mis propias condiciones, Liz. Por eso, te convencí para que aceptaras el trabajo aquí, en Yewarra. Por eso… incidí en que necesitabas ofrecerle a Scout más seguridad. Y lo que he conseguido es que aceptes casarte conmigo sólo por el bien de tu hija, no por mí. No quería eso.

Liz soltó un grito sofocado y no pudo evitar recordar la primera vez que habían hecho el amor… la primera noche que habían pasado en el barco y la pesadilla que había tenido. Recordó la resistencia inicial que él había mostrado y que ella había preferido ignorar.

–Debiste haberme dicho esto entonces.

–Casi lo hice. Te dije que no era de piedra –contestó él con tono seco–. No fui capaz de admitir que me sentía como un tonto, que no sabía lo que me estaba pasando.

–¿Y qué te pasó esta mañana? –quiso saber ella.

–¿Esta mañana? Lo que quería esta mañana era oírte decir que me querías con locura.

Liz soltó un largo suspiro.

–Lo que no entiendo es por qué le has dicho a mi madre que íbamos a casarnos.

–Me dejé llevar por mi diablo interior. Pero estoy dispuesto a darte la protección de mi apellido si crees que eso te ayudará a proteger a Scout de su padre. Pero será un matrimonio de conveniencia –afirmó él y se encogió de hombros.

–¿Crees que es eso lo que quiero? –musitó ella, pálida.

–¿Me equivoco? –replicó él, arqueando una ceja.

Con labios temblorosos, Liz se levantó despacio.

Quería negar aquella acusación, decirle que no era eso lo que pretendía. ¿Pero por qué no podía confesarle que se había enamorado de él de pies a cabeza?

Tal vez, porque no tenía pruebas, pensó ella. Se dio cuenta de que, desde fuera, podía parecer que lo había planeado todo para pescarlo, por el bien de Scout.

O, quizá, la razón era que todavía no se sentía preparada para desnudar su alma delante de ningún hombre.

–No, no es lo que quiero –negó ella con voz apenas audible–.

Cam. Lo nuestro se ha terminado. No podría funcionar. Hay

demasiados obstáculos –señaló y meneó la cabeza, mientras dos lágrimas le corrían por las mejillas–. En una ocasión, te dije que sería una locura tener algo juntos. Tenía razón. Aunque no te culpo por todo esto… Yo soy la única culpable –añadió y se giró–. Por favor, déjame ir – rogó.

–Liz…

Pero ella salió corriendo del estudio.

Capítulo 10

¿DÓNDE está Archie? –preguntó Scout–. ¿Y dónde está el cachorrito de Nonah? ¿Por qué no puedo jugar con ellos? –quiso saber, mirando a su alrededor en el piso de su abuela, frustrada–. No me gusta esta casa.

Liz suspiró.

Habían dejado Yewarra hacía tres semanas… y había sido para ella el movimiento más doloroso que había hecho jamás.

Todavía podía visualizar a Archie, parado junto a la fuente del delfín, diciéndoles adiós con la mano, con aspecto pálido y confundido.

Y a Cam, de pie detrás de él, serio, mientras Mary, Scout y ella dejaban la finca.

Del mismo modo, podía recordar cada palabra de su última conversación con Cam, en la que él había insistido en pagarle un generoso finiquito.

En concreto, recordaba la urgencia que había sentido de lanzarse a sus brazos y rogarle que la aceptara sin condiciones, a pesar de que no fuera capaz de decirle lo que él necesitaba oír.

Cada vez que pensaba en ello, Liz cerraba los ojos…

No podía sacarse de la cabeza la idea de que Cam necesitaba que lo ayudaran a estabilizarse, ni las ganas que había tenido de ser ella quien lo hiciera.

Durante esas tres semanas, Liz había perdido peso, había dormido poco y no había dejado de darle vueltas a la cabeza. ¿Se habría alejado de un hombre que la amaba sin ninguna buena razón?

O, sin embargo, ¿habría hecho bien, porque él nunca confiaría en ella?

Su madre le había ofrecido todo su apoyo, intentando hacerle lo más soportable posible el dolor de la separación. Pero Liz sabía que tendría que hacer cambios. No podía seguir viviendo con su madre como hasta entonces. Era obvio que Mary se sentía muy apegada a su novio, Martin. Y estaba metida de lleno en el diseño de ropa.

Sin embargo, Liz había tardado una semana en recomponerse y poder empezar a buscar un trabajo y otra casa.

Se había puesto en contacto con la agencia con la que solía trabajar y, por el momento, no le había salido nada, aunque había retomado su antiguo empleo como recepcionista de restaurante en los fines de semana. Lo siguiente que tenía que hacer era buscar piso.

Poco después de que Scout emitiera su queja, sonó el teléfono.

Era la agencia, con una oferta de trabajo de secretaria durante dos semanas que empezaba al día siguiente.

Ella aceptó después de consultarlo con su madre, a pesar de que no le agradaba la idea de volver al mismo ambiente.

A la mañana siguiente, se presentó en las oficinas de Wakefield, una compañía naviera.

Según le habían dicho, tenía que reemplazar a la secretaria del presidente, que se había caído y se había roto una pierna. Era lo único que sabía.

Como siempre para trabajar, se había vestido con esmero, con un traje de chaqueta con falda y una bonita blusa. Se había recogido el pelo en una coleta y se había puesto las gafas.

Le recibió la recepcionista, que según rezaba en su insignia se llamaba Gwendolyn, y la llevó de inmediato al despacho del presidente.

–Aquí está –dijo Gwendolyn de buen humor–. El jefe ha pedido que pases nada más llegar.

Liz respiró hondo y titubeó un momento. El despacho, que se veía desde la puerta, parecía muy distinto del último en el que había trabajado. No había fotos de caballos, ni de barcos y los colores eran diferentes: alfombra y paredes color crema y un juego de sofás de cuero marrón. La mesa estaba fuera de su campo visual. Tras respirar hondo de nuevo, entró y se quedó petrificada por la sorpresa.

Era Cam Hillier quien estaba sentado detrás del escritorio del presidente de Wakefield, una compañía de la que Liz no había oído hablar hasta el día anterior.

Ella se quedó de piedra.

Él se levantó y se acercó.

–Liz, entra.

–¿T-tú? –preguntó ella–. No lo entiendo.

Cam sonrió un momento.

–Es la compañía que compré cuando estabas en Yewarra.

¿Recuerdas?

Con ojos como platos, ella intentó articular palabra, sin conseguirlo. Se quedó mirándolo. Estaba vestido con un traje azul, tan guapo como siempre, aunque también estaba pálido.

–N-no entiendo –balbuceó ella–. Se supone que estoy sustituyendo a alguien que se ha roto una pierna.

–Yo me lo inventé. Y pedí que vinieras tú en persona.

Ella parpadeó.

–¿Me… has traído aquí a propósito? ¿Por qué?

–Porque no puedo vivir sin ti. Te necesito desesperadamente, Liz

–afirmó él y la sujetó del brazo, justo cuando ella parecía tambalearse–.

Archie no puede vivir sin vosotras. Ninguno de los dos podemos. Así que apreciaríamos cualquier cosa que quieras darnos, pero tienes que volver.

–¿Cualquier cosa?

Entonces, tal vez por el shock de verlo de forma tan inesperada, Liz se sintió como si una llave invisible le abriera el corazón y todo lo que

había ansiado decir, comenzó a salirle solo…

–¿No lo entiendes? Nunca me habría acostado contigo si no te amara. Así es como yo soy. Sé… sé que puede parecer que lo hice por Scout, pero no es así. Fue por ti.

Con la cara empapada en lágrimas, Liz empezó a temblar.

–Liz –dijo él y la abrazó, visiblemente conmovido–. Liz, querida…

–No sé por qué no he podido decirlo antes –continuó ella–. Quería hacerlo, pero…

–Lo entiendo –le interrumpió él–. Siempre lo he entendido –añadió con suavidad–. Es que nunca puedo evitar acelerar las cosas.

–Me sorprende que no me odies –señaló ella.

Cam apretó los labios.

–Tal vez, esto te lo confirme mejor que cualquier palabra – murmuró él, le quitó las gafas y la besó en las mejillas, en los ojos y en los labios.

Cuando, al fin, sus bocas se separaron, Liz estaba sin aliento y había dejado de llorar.

–Esto está sucediendo de verdad –musitó ella, mirándolo.

–Sí. Te amo –afirmó él–. Nunca me había sentido así antes, como si por fin hubiera encontrado lo que buscaba, como si el resto del mundo pudiera irse al infierno, siempre que te tenga a ti.

Cam le recorrió los labios con la punta del dedo.

–Nunca te había dicho esto, ni a ti ni a nadie… pero mis padres estaban hechos el uno para el otro y yo llevo mucho tiempo buscando a mi media naranja. Tanto, que pensé que no iba a encontrarla nunca.

Hasta que te conocí a ti.

–No tenía ni idea.

–Si te soy sincero, cuando te vi escalando la pared de mi casa supe que tenías algo especial…

Ella rió.

–No me preguntes por qué. Supongo que así pasan las cosas.

Pero, cuando conseguí que aceptaras trabajar en Yewarra, estaba seguro de que sólo tú podías ser mi media naranja. Lo único que necesitaba era que comprendieras… que confiaras en mí.

Liz cerró los ojos y apoyó la cabeza en su hombro.

–Lo siento.

Cam la besó con suavidad, luego, le tomó la mano y la condujo a los sofás, donde se sentaron abrazados.

–No lo sientas –dijo él–. Lo que tienes que hacer es casarte conmigo.

–Es lo que más deseo, pero… –comenzó a decir Liz y se interrumpió, incorporándose con brusquedad. Lo miró a los ojos con preocupación–. Sé que puedo ser una persona difícil…

–Y yo, también –aseguró él–. Lo he comprobado. Por ejemplo, siempre dices lo que piensas. Y eres peleona. Sin embargo, como yo soy

un modelo de paciencia, calma y tolerancia, creo que podemos complementarnos bien.

–¿Paciencia? ¿Calma? ¿Tolerancia? –repitió Liz, mirándolo con incredulidad, y empezó a reír–. Por un instante, pensé que lo decías en serio. ¡Oh, Cam, puedes ser muy impaciente e intolerante, pero también eres mi héroe y te quiero mucho!

Cam la abrazó como si no quisiera dejarla marchar jamás. Y la magia comenzó a surtir efecto en ella… mientras un irresistible campo magnético los envolvía.

Podían haber estado en la luna, pensó Liz, mientras se deleitaban el uno con el otro. Era como si el mundo hubiera dejado de existir y lo único que importara era lo que habían encontrado en su amor.

Al fin, Cam se apartó un poco.

–Tenemos que irnos.

–Sí –repuso ella y se colocó el pelo. Cam se lo había soltado y había dejado por ahí tirados los pasadores–. Sí. Pero igual… a la gente le parece raro.

–No creo –negó él, la ayudó a ponerse en pie y le recolocó la blusa–. Entraste con aspecto de ser la dama de hielo y ahora estás mucho más guapa. No creo que a nadie le importe.

–Cam –musitó ella, sonrojándose.

Él la besó, luego, la tomó de la mano y la llevó hacia la puerta, para demostrarle una vez más lo impredecible que podía ser.

Había varias personas en la zona de recepción, agrupadas alrededor del mostrador de la entrada. Todos saludaron a Cam con deferencia. Él les devolvió el saludo y llamó al ascensor.

–Gwen, te presento a mi futura esposa –señaló él–. Se llama Liz.

Ah, por cierto. Puede que no vuelva por aquí hasta dentro de un par de semanas o, tal vez, meses. Si hay algo urgente, llama a Roger Woodward. Él lo solucionará.

Hubo un silencio aplastante y a varias personas se les abrió la boca durante unos segundos, hasta que Gwendolyn se levantó de su puesto y se acercó para estrecharles la mano.

–¡Me alegro mucho por los dos! –exclamó Gwen–. ¡Os deseo lo mejor!

Los demás empleados imitaron su gesto y, al fin, la pareja se subió al ascensor.

–Pobre Roger –comentó ella, mientras bajaban al aparcamiento.

Cam la miró sorprendido.

–Es probable que pronto empiece a tirarse de los pelos. Sé cómo se siente –explicó él–. Me disculpo por todos mis pecados anteriores –señaló, tomándola de las manos–. Pero tengo que decirte que hay algo que he estado a punto de hacer delante de todos y no puedo seguir conteniéndome.

Ella lo miró con gesto expectante.

–Esto –repuso él, la rodeó con sus brazos y comenzó a besarla.

Ninguno de los dos se dio cuenta de que el ascensor había llegado y estaba parado con las puertas abiertas, hasta que alguien carraspeó a su lado.

Cuando separaron sus bocas, se dieron cuenta de que tenían un público de cuatro espectadores, uno de ellos con el dedo en el botón de apertura de las puertas.

–Disculpen, pero es que acabamos de decidir casarnos –explicó él, la tomó de la mano y la guió al aparcamiento.

Entonces, su público espontáneo comenzó a aplaudir.

Liz se sonrojó, pero también se rió, llena de amor, mientras se dirigían al Aston Martin.

A la mañana siguiente, cuando llegaron a Yewarra, todos estaban allí esperándolos: Daisy, la señora Preston, incluso el jardinero. Y, sobre todo, Archie.

El niño abrazó a Scout y a Cam y, luego, se quedó mirando a Liz.

–No vais a iros más, ¿verdad, Liz? Esto no es lo mismo sin vosotras.

–No, te prometo que no nos iremos más –aseguró ella, agachándose frente a él.

Satisfecho con su respuesta, Archie se volvió hacia Scout.

–¿Sabes qué? ¡Golly y Ginny han tenido bebés! ¿Quieres verlos? –

preguntó el niño y los dos salieron corriendo juntos.

Semanas después, Liz y Cam se casaron en la playa Whiteheaven. La novia llevaba un vestido de encaje y tul que le había hecho su madre, sin tirantes, y flores entrelazadas en el pelo. Scout y Archie iban vestidos de marineros. Y nadie llevaba zapatos.

Mary Montrose estaba feliz. Narelle Hastings, con un atuendo impecable, le contaba a todo el mundo que ella había sabido desde el principio que estaban hechos el uno para el otro. También asistieron Daisy y la señora Preston, Molly Swanson y Roger Woodward. Todos parecían emocionados y alegres.

Cam y Liz despidieron a sus invitados, que regresarían a Hamilton en uno de los yates de Cam. En el otro, se quedarían los recién casados y los niños, que ya estaban dormidos.

–Ha salido todo bien –comentó Cam cuando se quedó a solas con ella–. Hasta Roger ha conseguido divertirse.

–Sí –repuso ella, riendo–. Ha salido muy bien. ¿Te sientes casado?

–¿Y tú?

–Sí –afirmó ella, mirándolo a los ojos.

Doce meses después, Yewarra estaba espléndida después de la temporada de lluvias. Liz estaba paseando por el jardín, cuando Cam fue a buscarla, después de haber pasado unos días fuera por motivos de trabajo.

Al verlo, tan guapo y atractivo, Liz se estremeció, a pesar de que ya llevaban un año juntos.

–¡Has vuelto!

–Estás tan guapa que dan ganas de comerte –afirmó él–. Sí, ya he vuelto –añadió y la besó–. ¿Me has echado de menos?

Liz asintió y sonrió. Cam había cambiado mucho. Ya no trabajaba tanto y estaba mucho más relajado. Y ella no podía ser más feliz…

–¿Cómo es que estás tan sola? –inquirió él mientras paseaban–.

¿Dónde están los niños?

–Les han invitado a un cumpleaños. Los ha llevado Daisy.

–¿Por qué me da la sensación de que tienes algo que contarme? –

preguntó él, al fin–. Déjame adivinar. Estás radiante y… ¿Es un bebé?

–Es un bebé –respondió ella con gesto serio.

–¿Y qué piensas al respecto? –preguntó él con cautela.

–¡Estoy loca de contenta! ¿Sabes por qué? Porque es la prueba de mi amor por ti. Deseo este bebé con todo mi corazón.

–Oh, Liz –dijo él, mirándola a los ojos, radiante de alegría–. Ven –

pidió.

Y Liz sabía muy bien lo que tenía en mente. Juntos, se dirigieron a casa, de la mano.